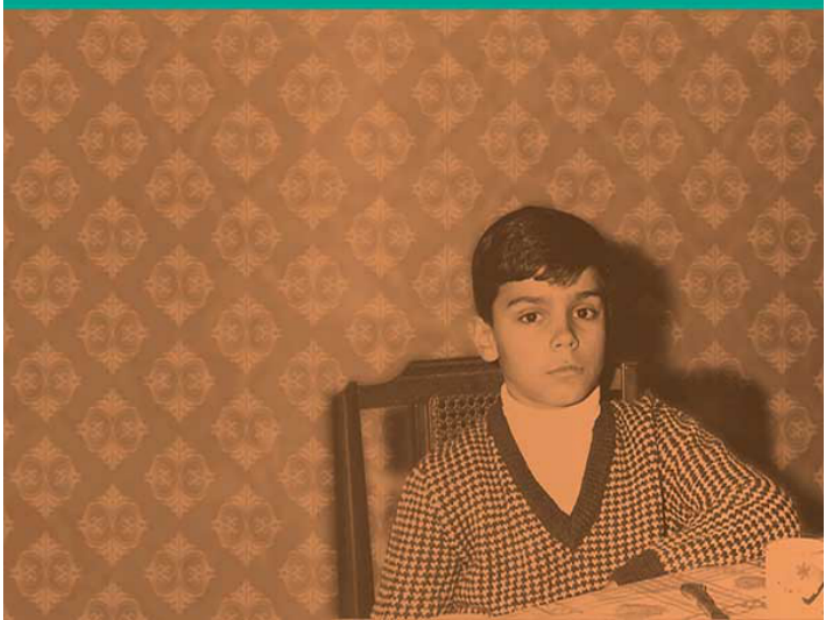
Hernán Migoya

Baricentro



Cuando Hernán vuelve del Perú a casa, en la visita periódica a sus padres, algo ha cambiado. La enfermedad golpea con fuerza a la familia y quizá ya nada pueda ser como fue. Por ello se propone evocar sus años de formación en la periferia de Barcelona, en la ciudad dormitorio de Barberà del Vallès. Volver a la época que pasó a la sombra de un árbol genealógico huraño y al abrigo de un centro comercial protector. Unir entre sí, como una hilera de migas de pan, las experiencias que forjaron su carácter: la pasión por la cultura popular, el aprendizaje de los códigos del barrio, el desconocimiento sexual, la ética del buen hijo ante el sacrificio de una madre. Novela brutal y tierna, Baricentro es una travesía de regreso a los años cruciales. Sin embargo, nadie sale indemne de un viaje así, porque rendir cuentas a la infancia significa enjuiciar a la persona en que nos hemos convertido.

Hernán Migoya

Baricentro

ePub r1.0
Titivillus 11-05-2023

Hernán Migoya, 2020
Imagen de portada: Archivo personal del autor
Fotografía del autor: © Johanna Valcárcel

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A mamá, papá y Jean

baricentro

Del gr. βαρύς *barýs* «pesado, grave» y *centro*.
1. m. *Fís.* Centro de gravedad.
2. m. *Geom.* Punto de intersección de las medianas de un triángulo.

Y allí llegó Conan, el cimmerio, el pelo negro, los ojos sombríos, la espada en la mano, ladrón, saqueador, asesino, de gigantescas melancolías y gigantescos pesares, para pisotear con sus sandalias los tronos enjoyados de la tierra.

ROBERT E.
HOWARD

Esta no es una novela de autoficción. La fabulación sembrada en ella no responde a ningún impulso voluntario ni hay deliberación en su distorsión de nombres, fechas, hechos y lugares. Tampoco son unas memorias, pues mis verdaderos jirones biográficos se hallan pormenorizados en mis anteriores libros, especialmente los de zombis, los de fantasía, los
ci-fi
y los porno. Todos mis crímenes pasados, tanto los célebres como los que están por descubrir, han prescrito.

Tú no estás invitado, pero puedes pasar sin llamar.

Prólogo

—¡Mamá, que me quedan pequeños!

Mi madre está empecinada en comprarme ropa y zapatos. Cree que en el Perú vivo como un gitano, y seguramente lleva razón. Así que cada vez que regreso al pueblo a verla, a ver a mi familia, se empeña en que el sábado la acompañe de compras a las tiendas de la ciudad vecina o al centro comercial de las afueras.

Yo siempre me escaqueo. Me hago el ocupado, el enfrascado en mi nueva novela o en la lectura de algo apasionante. Y entonces ella se tiene que marchar sola al Ceiá o al Hacheyeme o al Carrefur y adquirir a ojo una buena remesa de camisetas, camisas, pantalones y un par de zapatos. Casi nunca se equivoca de talla, y en el gusto tampoco, porque el mío lo conoce bien, ha contribuido a formarlo. No soy un obseso de lo que visto y confío en su criterio. El canon estético de salida de domingo presentable ya me está bien.

Pero esta vez es distinto. Esta vez he venido a decirle sí a todo.

Mi madre tiene cáncer. Cáncer a la médula, lo llaman coloquialmente. Mieloma múltiple, en puridad. Lo busqué hace poco en internet, tentación de la que hasta ahora me había evadido porque no quiero conocer nada de esa enfermedad. Soy un cobarde para esas cosas. Para las cosas reales, quiero decir.

Se lo han descubierto hace nada, aunque lleva más de diez años sometiéndose asiduamente a análisis periódicos de sangre, porque nunca la ha tenido muy boyante. Ya se esperaban algo así. Pero el palo ha sido tremendo.

A mí me ha pillado al otro lado del océano, en la ciudad de Lima, donde llevo instalado casi un lustro huyendo de mí. Vuelvo a España una vez al año como mucho, para visitar a mis padres, pero ahora debo plantearme venir a verlos más a menudo.

Lo que sabemos desde hace algo más de tiempo es que mi padre

está con Alzheimer. La alegría de la huerta es mi familia.

Bueno, por eso no puedo decirle que no a mi madre. Por eso esta vez no me puedo escaquear: hace apenas dos meses que sabe lo del cáncer, ahora se encuentra en pleno tratamiento, y he venido para hacerle toda la compañía posible durante mis tres semanas de estadía (ya digo «estadía» en lugar de estancia: los peruanismos son pegadizos o pegajosos, según se diga allí o acá). Y para ponerla de buen humor, si está en mi mano.

Así que hoy estoy probándome unos mocasines en una de las zapaterías del Baricentro, el centro comercial —¡el primero abierto en toda España!— que hay situado a treinta kilómetros de Barcelona, en las estribaciones de Barberà del Vallès, ciudad dormitorio donde hemos vivido siempre. Nos ha traído Jean en su coche. Es el único que puede conducir: mi madre no sabe, yo tampoco, y mi padre, con el Alzheimer, pues ya te imaginarás. Y eso que mi hermano aprendió a los cuarenta, para poder traer y llevar a sus hijos del colegio desde que no le quedó tan cerca. No hay divorcio que por bien no venga.

Mi padre está regular de lo suyo. Hace poco pasó una revisión donde el médico le pidió que escribiera en un papel lo primero que le viniera a la cabeza. Y mi padre escribió: «Échale guindas al pavo». Debió de ser muy nefasto que escribiera eso, porque el médico dice que su situación mental ha empeorado. Pero yo, conociendo a mi padre, encuentro perfectamente normal que escribiera «Échale guindas al pavo». Vamos, yo hubiera escrito lo mismo sin tener enfermedad alguna.

Los médicos son gilipollas.

Vi a mi madre mejor de lo que esperaba. Aterricé asustado, porque recelaba si me estaban ocultando alguna información grave para no preocuparme, al saberme solo allí en Sudamérica. Mamá es muy capaz de eso. Pero no, no, mi madre está bastante bien. La hemos acompañado a Barcelona, a su examen semanal preceptivo, y le han dicho que en un solo mes de tratamiento su sangre ha mejorado mucho. Digamos que si cuando le diagnosticaron el cáncer estaba a nivel de 30, y la habían empezado a vigilar doce años atrás porque había alcanzado la cifra de 14, ahora lo que sea que miden ha bajado a 20. ¡En solamente un mes! Estamos contentos. Tal vez por eso los he acompañado menos renuente de lo

habitual a comprar ropa.

Pero ahora con los zapatos mi madre se pone otra vez obstinada, como cuando yo era pequeño y me repetía mil veces las cosas o me ponía encima de la mesa el yogur de fresa pese a haberle dicho mil veces que era precisamente el único sabor que detestaba. O cuando no me dejaba alejarme del parque que había delante de nuestro piso por miedo a que me perdiera o, qué sé yo, que me secuestraran. Me dan ganas de gritarle: «¡Jo, mamá, que ya tengo cuarenta y cinco años!».

—Pruébatelos bien, que luego si te quedan mal no vas a querer venir a cambiarlos.

—Ya te dije que me quedan pequeños. Estos me molan más.

Señalo unas alpargatas beis clasicotas.

—¡Cómo te vas a poner eso, si eso es de viejo! ¡Eso ni tu padre se lo pone!

Mi padre sonríe como un bobo al sentirse aludido. Es lo único que hace ahora. Quién se lo hubiera dicho hace veinte años al orgulloso y bronco obrero leonés.

—Llévate estos, que son de piel buena —insiste mi madre, como siempre barriendo para casa. No ha hecho más que barrer toda su vida, la pobre.

Sé que no debo discutir con ella, así que negocio llevarme dos pares que le encantan y uno que me gusta a mí.

Cuando salimos de la zapatería, le pongo una mano sobre el hombro. Hace unos años no me hubiese atrevido a hacerlo, a demostrar desacomplejadamente los sentimientos. Antes los Migoya no expresaban abiertamente su cariño.

El odio, sí.

Pongo la mano en su hombro porque mi madre está sola en esto. Sé que mamá está dolida con mi padre. A pesar de lo sumiso y risueño que le ha dejado la enfermedad, sigue siendo incapaz de traslucir afecto. Sigue siendo tan rudo como siempre.

El día que le dijeron que tenía cáncer, mi madre se puso a llorar en la consulta. A la médico le extrañó que mi padre no cogiera la mano de su esposa, no la consolara con un abrazo. Al cabo, mamá hizo amago de encogerse de hombros, el mínimo movimiento que le permite su artrosis, y trató de sonreír mirando a mi padre, sentado a su lado. Luego, le acercó la mano al rostro para hacerle una caricia,

una carantoña resignada.

La reacción de mi padre fue echarse hacia atrás con un gesto brusco y un rictus de aversión, como si aquella mano le diera asco. La médico se quedó perpleja ante aquel rechazo explícito y se levantó de inmediato para abrazar a mi madre. Mi madre siguió llorando.

El día que le dijeron que tenía cáncer, solamente la abrazó una desconocida.

En los minutos siguientes, durante el descenso por las escaleras y la salida de la clínica, papá siguió sin exteriorizar ninguna señal de empatía con mamá: ni una sonrisa, ni una palmada en el hombro, ni un acercamiento cariñoso. No dio muestras de comprender lo traumático del momento, la gravedad de aquella revelación.

La gente cree que es por su enfermedad. Que le ha afectado tanto que no sabe reaccionar en situaciones donde la familia requiere su implicación emocional. Puede ser. No digo que no.

Pero yo también sé cómo es mi padre. Sé cómo era. Y sé que el papá de hace unos años, el que estaba perfectamente sano y en forma, hubiera podido reaccionar exactamente como el enfermo de Alzheimer había reaccionado ese día. Con absoluta indiferencia y una negativa cerril a manifestar cualquier atisbo de apoyo y comprensión.

Por eso sé que mi madre agradece ahora que su hijo pequeño le rodee los hombros. La siento liviana y frágil bajo mi brazo. Da pena verla así, encogidita como las madres de los corridos mexicanos, esas que esperan toda la noche en vela y en vano al hijo parrandero ya muerto en balacera, con el pelo corto y blanco —ahora se niega a teñírselo, y no le quedan mal las canas—, el pelo corto y espeluchado como el de un pollito mojado, toda huesos, vulnerable y tan poquita cosa como nunca quiso que se la viera.

Pobre mamá. No se ha merecido esta estafa de vida.

Caminamos hacia la salida, mi padre delante, sin esperar ni hacer caso a nadie, a piñón fijo, mi hermano consultando algún mensaje de su nueva pareja.

Algo de pronto se ilumina en mí. Miro a mi madre, que pese a todo sonríe, feliz de tenernos juntos. Miro a mi hermano, que levanta la cabeza ausente, pero que enseguida entiende nuestra sonrisa. Él también lo ha notado. Hasta parece que mi padre haya

sentido lo especial de ese instante y se ha detenido en mitad del pasillo —el mismo en el que se despistó de mamá hace pocos meses, presa de uno de sus primeros síntomas seniles, hasta que los vigilantes del Baricentro lo encontraron tomándose una birra tan pancho en el bar anejo al supermercado—, a mirarnos con su único recurso inasequible a la debacle, su estudiada sonrisa de galán, apenas reconocible ya en el macilento cascarón de un carpintero jubilado del Bierzo.

Sí, todos nos hemos dado cuenta. No hace falta que lo comente en voz alta, esta vez sí el pudor me ganaría. Pero esta certeza es irrebatible: estamos los cuatro juntos.

¿Cuántas veces nos hemos reunido así en los últimos veinte años? Ninguna, excepto para salir a comer a algún restaurante de Barcelona y volver pitando, como asustados todavía de la gran ciudad.

¿Cuánto hacía que no salíamos los cuatro en manada como hoy, de compras de fin de semana, el marido y la mujer junto a sus dos hijos? Sí… más de veinte años. Tal vez treinta.

Y entonces nos vi a los cuatro, en aquellas mismas galerías del centro comercial Baricentro, cuando Jean y yo éramos solamente unos niños y mis padres, Marcelino y Martina, parecían dichosos y eternos.

Y reí.

Volvíamos a ser aquella familia.

Primera parte

La larga marcha

Llevaba ya media hora de caminata y todavía no veía nada de lo que me habían dicho. Las colinas ocultaban cualquier alteración del paisaje con su altura mediocre pero suficiente para obstaculizar la mirada de un niño. El sol me pegaba duro, como todo en Barberà.

Todas las cosas que me importaron de pequeño requerían de una larga marcha. Aún hoy la requieren, puesto que sigo sin saber conducir. Pero de niño eran más largas, con aquellas piernas tan cortas que tenía… Los niños de Barberà éramos niños de Stephen King embarcados en el arca de Noé de la inmigración. Éramos sus niños de 1950 en la periferia española de 1970, porque todos los niños son siempre iguales.

Como los chicos de *It*, siendo aún muy crío me había adentrado con mi hermano en el bosque colindante al pueblo, cerca del restaurante-masía Mas Escayola, allí donde bajo un promontorio decían que habitaba un monstruo dentro de una cueva profunda. La cueva existía, aunque de profunda no tenía nada. El monstruo seguramente fue tan solo la sombra de mi hermano proyectada contra el fondo de la cueva. Pero yo corrí espantado como si acabara de verle los dientes al vampiro.

Años más tarde, a los trece o catorce, emprendería una marcha iniciática en solitaria expedición a la vecina Sabadell con la misión de llegar a un cine decente y ver por primera vez una película por mi cuenta, sin escolta familiar ni corro de amigos. Ciento cincuenta pesetas y cuarenta minutos de caminata eran entonces el precio de cada película.

Pero ese día era todavía más chiquillo, y caminaba en pos de una esperanza, un rumor, ¡una novedad! Me habían asegurado que sí, que era cierto, que estaban haciéndolo. En mi clase no se hablaba de otra cosa.

Pasé bajo un puente, orillando aquello que llamaban río y

parecía más bien un desagüe. El Ripoll olía a rayos al cruzar por allí, los colegas decían que arrastraba residuos industriales, y a mí se me regiraba el estómago al aspirar aquella miasma y contemplar las huertitas que flanqueaban el vomitivo caudal.

También me habían dicho que había que seguir el margen del río y luego subir una loma pelada a la derecha hasta la planicie en cuestión. Me sentía Allan Quatermain remontando y descubriendo rincones ignotos del manso Vallès Occidental.

Tenía que darme prisa, porque mi madre no estaba acostumbrada a que yo llegara tarde a casa. Si no encontraba pronto lo que buscaba me volvería, no fuese a encontrarme a mi regreso con la zapatilla de mamá. Me avergonzaba mucho que mis padres me riñeran o creyeran tener motivos para exigirme explicaciones por una presunta mala acción. Me hacía sentir indigno de ellos.

Abordé la subida de la colina y di por fin con la carretera. Trepé el guardarraíl —cuántas veces a lo largo de mi infancia y adolescencia volvería a hacerlo con el corazón exultante— y avancé hasta avistar el terreno despejado donde se erigía aquella maravilla.

¡Por fin lo tenía ante mí! Apenas un cubo de cemento todavía… ¡pero qué cubo! Reluciente bajo el sol vallesano mientras decenas de hormigas humanas contribuían a su construcción.

Yo no sabía qué significaba aquella presencia maciza que se levantaba sobre la llanura como un novedoso zigurat de la religión capitalista. No sabía que, a partir de su inauguración en abril de 1980, traería consigo muchos puestos de trabajo, muchísima afluencia de vehículos no solamente locales, mucho consumismo y, lo más probable, también mucho dinero bajo mano en pos de ventajismos comerciales.

Yo no sabía nada de eso aún. Era solo un niño de apenas nueve años. Solamente sabía que aquel imponente cubo a medio hacer me había impresionado más que ninguna otra revelación, más que si hubiera aparecido un ovni sobre la misma llanura.

¡Era la modernidad en Barberà!

Hijo de la chulería y la humildad

Parte de mi origen puede rastrearse también en la acometida materna de otra marcha, una mucho más larga.

Cuando mi madre estaba en el séptimo mes de embarazo, mi padre la obligó a tomar un tren desde Barcelona a la provincia de León, para que yo naciera en tierra berciana. Y para que no naciera en tierra catalana, claro.

La metió al tren y él se quedó en casa.

Hacía ya un lustro que habían vuelto de la Argentina —siempre decían así, «la Argentina», para preservar el exotismo en su invocación, imagino, igual que yo siempre digo «el Perú»—, y se habían instalado primero en Barcelona ciudad, donde permanecieron únicamente un año, y a continuación en Barberà del Vallès, una localidad de su extrarradio invadida por la inmigración.

El viaje aquel se las trajo. Mamá se pasó todo el trayecto empotrada en la litera inferior, aguantándome a mí en el vientre y a otro crío de un año en brazos: David, mi primo, al que se había llevado con ella para que los abuelos lo acogieran durante el verano y que se echaba a berrear insomne si mi madre se acostaba. Por si fuera poco, la litera superior, ocupada por mi hermano, estaba ligeramente hundida y le impedía sentarse erguida, un travesaño de hierro cernido sobre sus hombros que la mantuvo en vela la mayor parte de esa noche, inclinada como una anciana con lumbago. El bebé dormido en su regazo, el feto pataleando en su vientre, el latoso bamboleo de un tren de larga distancia. Aquel tardaba unas dieciséis horas en completar su itinerario, yo haría ese mismo recorrido muchas veces a lo largo de mi adolescencia.

Mi madre, que era una sufridora nata y había aguantado toda su niñez el maltrato paterno, en lugar de contestarle a Marcelino que estaba loco por embarcarla sola en aquel traqueteo interminable, consintió en emprender tamaña expedición por no llevarle la

contraria. No era miedo, sino exceso de humildad. Mi madre nunca ha dicho no a nadie.

Así que yo nací en Ponferrada, en una clínica a la entrada de la ciudad, y así mi padre tuvo a gala poder decir que sus dos hijos eran leoneses. Yo de pequeño repetía como un lorito que era «fo'nelín de Ponferada». El fornelo es un dialecto leonés muy parecido al gallego y se conoce que los fornelos son los individuos originarios del cercano valle de Fornela, que no incluye mi población natal, pero sí Guímara, la de mi abuela. Pero eso no lo sabía por entonces, yo solamente repetía lo que me decían, por hacer la gracia.

Creo que fui un buen bebé. Tal vez llorón. Casi con certeza, porque lo sigo siendo.

Lo único significativo que retengo de ese período en blanco me lo relató mi madre una sola vez, hace ya muchos años. A menudo pienso en esa historia. Ella entró un día en mi cuarto, cuando aún yo tenía muy pocos meses, y me encontró en la cuna con la carita embadurnada con mis propias heces. Me había cagado y no se me había ocurrido mejor idea que esparcirme la mierda por la cara y revolcarme en ella. Y así me descubrió, pataleante y rebozado en caca.

Pero eso no es lo importante de la historia. Lo interesante es lo que me dijo mi madre al final:

—Y parecías feliz.

Tiene sentido. A eso me he dedicado el resto de mi vida, sobre todo cuando escribo: a regodearme dichoso en revolver mi propia mierda.

La plaza de la Unidad

En el principio fue la plaza y no tenía nombre.

A ella bajábamos todos tarde o temprano. La plaza que en sus inicios, cuando yo era guaje, todavía consistía en un solar inmenso con áspera broza y tres montículos de arena en tres esquinas: por su irregular terreno trotábamos los críos y aquel fue nuestro primer campo de batalla y de vivencias. Allí convergíamos desde casa y de allá volvíamos antes de que nos camelara el crepúsculo, a ver en la tele sueños blanquinegros llamados *Arturo de Bretaña* o *La isla de las gaviotas* o *La mansión de los Plaf*.

Como acabado de desembalar, aquel prototipo de parque estaba cercado por unas tapias de granuloso cemento que ofrecían varios boquetes por donde ratas y mocosos podíamos penetrar el recinto y dedicarnos al esparcimiento absoluto. Había quienes organizaban sus partidos de fulbito en la zona más despojada de malas hierbas, quienes se revolcaban en las elevaciones de arena imitando a sus héroes televisivos, quienes jugaban a las canicas tras practicar un «gua» (el hoyo donde colar las bolas) en cualquier claro… Aquel solar no tenía mayor intervención humana que su deforestación para permitirnos correr a nuestras anchas y el tapiado para impedir que acabáramos invadiendo la calle de puro entusiasmo.

El elemento humano, por su parte, estaba compuesto por todo tipo de chavalería de clase media baja. Tal vez con lo de media me paso de generoso, pero yo nunca sentí que fuera de clase baja, aunque sí obrera. De ser hijos de obreros estábamos orgullosos todos.

Y casi todos éramos hijos de emigrantes, aunque tampoco nos habíamos enterado todavía.

Fui feliz en aquel entorno, resultado del «desarrollismo»: la llegada masiva a Cataluña de emigrados del resto de España, de los restos de España, como mano de obra. La propia plaza de la Unidad

fue llamada más tarde así como símbolo de unión entre los «indígenas» y los infiltrados provenientes de otras regiones del país, presuntamente más pobres.

Yo de ese contraste de orígenes en los años setenta no sabía nada, porque allí todos éramos de fuera y el que no lo era lo parecía: la diversidad constituía la regla. No tenía ni la menor idea de que existiera un idioma distinto al mío, procedente de aquel mismo lugar que nos había acogido, pero que yo creía también mi lugar legítimo. Al fin y al cabo, había nacido en Ponferrada por el absurdo nacionalismo leonés de mi padre, pero a mis tres meses ya estábamos todos de regreso en Barberà.

Y yo era barberense, mal que le pesara a papá.

De hecho, me sentía un barberense privilegiado, puesto que vivía frente a la propia plaza: mi madre sabía escoger bien los pisos. Nos habíamos instalado en el segundo cuarta de una calle con nombre de pianista, Anselmo Clavé —luego reconvertida a Anselm Clavé, que es como el ilustre sujeto se llamaba realmente—; allí residimos hasta mis veinte años, en un luminoso pisito en propiedad que mi madre mantuvo impoluto con su limpieza obsesiva, «listo para vender», cada puñetero día que lo ocupamos.

Por eso durante mis diez, once o doce primeros años de vida en Santa María de Barbará —el nombre de Barberà del Vallès entre las décadas de los veinte y los setenta—, esa vida consistió casi exclusivamente en un recorrido continuado de casa a la escuela y de la escuela a casa, completado con mis escapadas puntuales a la plaza. Pero nunca me aventuraba más allá de esos contornos. Alrededor, veía los demás edificios de hormigón y ladrillo donde habitaban muchos de mis amigos y compañeros de clase, flameantes esos horrorosos toldos verdes que todavía contemplo boquiabierto cuando regreso al extrarradio barcelonés. ¡Qué obcecación de supervivencia la de esos alerones de lona! El tono ceniza que van adquiriendo al contacto con la intemperie me desmonta el entendimiento. El tipo que obtuvo la exclusiva del entoldado del desarrollismo catalán debería haber sido envuelto con sus telas mortuorias y arrojado en alta mar para dar ejemplo de lo que no se debe hacer con la estética de un país.

En los ochenta se estrenó la plaza como tal, tras una inversión de obra importante en la adecuación del solar: se quitaron los

montículos, se niveló el terreno, se abrieron áreas verdes, se acotó y enlosó una pista para juegos con canastas de baloncesto, se extirpó el tapiado y se sustituyó por setos… y se erigió un peñoncito muy similar al gibraltareño pero a escala, una roca con verdín en el centro de un espacio ajardinado. Como plaza no sé si era muy decente, pero sí nos lo pareció como parque.

Para la inauguración de la plaza trajeron nada menos que al padre del Che Guevara. El mío, que era comunista —que es como la gente reaccionaria de clase humilde se definía entonces—, refunfuñaba: «Pero si el padre del Che siempre criticó a su hijo y renegaba de él: ahora que está muerto, le viene a hacer el rollo…». O sea que, según papá, el burgués de derechas que era aquel atildado caballero agasajado por nuestra alcaldía de izquierdas había decidido amortizar la fama de su hijo, ya fuera en billetes de avión o de banco, y como mínimo disimulaba muy bien que los discursos revolucionarios le causaban repelús. Así que, por mostrarse disconforme con su presencia o simplemente porque a mi padre se la sudaba el mundo, asistimos a la ceremonia desde nuestro balcón.

Vimos el acto como los personajes de Shakespeare ven las batallas en lontananza, sin que el público atisbe un solo mandoble de espada… y los actores tampoco. Transcurría tan lejos que apenas sabría decir si distinguí entre el gentío al señor de cabello gris que presumía de ser el padre del Che. Tal vez se lo inventaron todo y convencieron a uno de Sant Cugat de que se hiciera pasar por el Che Senior, no me hubiese extrañado nada: había muchos catalanes-catalanes poseedores de un cabello lo bastante hermoso y albo como para dar el pego de argentino provecto y culto.

De esa inauguración solo recuerdo la multitud y que desde tan soleada fecha tuvimos en la plaza un peñón con el que ningún niño sabía muy bien qué hacer, salvo reírse y conjeturar que era un mojón que había dejado Dios porque andaba mal de las tripas.

Aquella plaza de la Unidad fue durante mucho tiempo mi universo, el universo de muchos chavales unidos por el destierro.

Jean

Mi hermano se llama Juan Carlos pero todos le llamamos Jean. Así, pronunciado a la castellana. Con jota de tajo.

Conforme fui creciendo, entendía menos el sentido de ese apodo que en realidad era nombre propio francés. Muchos años después mi padre me contó que llamábamos así a mi hermano porque el actor favorito de mi abuela paterna era Jean Marais, pronunciado a lo castizo, como mareáis pero sin la e.

Mi madre, también otra porrada de años después, me explicó que ella quería que mi hermano, su primogénito, se llamase Hernán, porque un niño vecino de su piso en la Argentina se llamaba así y le hacía mucha gracia el nombre. Pero a mi padre no le gustó nada esa opción. No le gustó o no le pareció bien que la idea fuese de mamá, pues cinco años más tarde fue él quien propuso bautizarme de ese modo. El caso es que mi hermano terminó llamándose Juan Carlos y suerte para mí, porque mi nombre me encanta y me hubiera jodido un huevo llamarme Juan Carlos.

Sin embargo, Jean Migoya hubiera estado de fábula, mejor que Hernán Migoya, aunque nadie de mi generación se llamaba ya Hernán en España y eso propició un agradable solipsismo infantil. Por otro lado, ni mi padre ni mi madre ni mi hermano ¡ni desde luego mi abuela! sospechaban que Jean Marais era un homosexual consumado y orgulloso de su condición. De saberlo, a mi hermano lo hubiéramos llamado todos Juan Carlos, obligados por mi padre.

Para más inri, recientemente mi hermano me ha desmentido el tinglado: que no, que ni Jean Marais ni pollas, que lo de Jean venía porque en esos años mi padre fumaba unos pitillos llamados Tabacos Jean y le dio por dirigirse así a su hijo. Al menos tuvo el detalle de quitarle al mote lo de «Tabacos»…

En todo caso, me gusta que solo para nosotros se llame Jean. Ni siquiera para sus tres sucesivas parejas ha sido Jean nunca.

Lo mejor de mi relación con mi hermano es que siempre me he llevado muy bien con él. Lo peor es que no tenemos absolutamente nada en común.

Jean es una persona normal.

A Jean le gusta el fútbol, estudió Historia y ha trabajado de jefe de administración en una facultad de la Universitat Autònoma de Barcelona, primero, y ahora en un instituto público para la investigación de nosequé. Doy por sentado que es un gran trabajador, como también lo han sido mis padres; solo yo tengo la culpa de no saber qué hace mi hermano exactamente.

Tiendo a atribuir la causa de nuestra incomunicación a la barrera de la edad: él me lleva cinco años y fue un chico muy guapo, «pluscuamperfecto», como cantaba Víctor Manuel, pero comedido y poco expansivo, pese a su espíritu franco.

Jean nació en el pueblo de mi padre, Fabero del Bierzo. No quiero saber si también arrastraron allí a mi madre o en esta ocasión el escenario del parto sí respondió a consideraciones prácticas, puesto que Marce y Tina residieron en el lejano Oeste leonés una buena temporada a su regreso de las Américas. Lo único que tengo claro es que Jean ya existía cuando papá y mamá se mudaron a Barcelona y posteriormente a Barberà, a instancias de ella, impelida por el deseo de que su camada dispusiera de mayores opciones de futuro que las ofrecidas por el páramo berciano. Un lustro después llegó el

«fo'nelín

de Ponferada». Esos cinco años de diferencia abrieron un abismo insalvable entre Jean y yo.

Si algo me duele genuinamente de mi niñez es no haber tenido un hermano a mi lado que me contara sus cosas. Las de verdad. Que me explicara qué era lo que le motivaba, lo que le hacía disfrutar, lo que le hacía sufrir. De enanito me hubiera gustado que mi hermano me explicase que la ropa no empequeñecía, sino que era yo el que crecía y por eso un día me encontraba con que ya no me cabía el peto de rombos que llevo puesto en todas mis fotos de lactante. Y en los años sucesivos, me hubiera aliviado mucho que Jean me adelantara lo que era llegar a la pubertad o el trauma del primer amor, lo que eran las desilusiones adolescentes y las poluciones nocturnas, lo que me aguardaba agazapado en el cacho temporal

que me sacaba.

Nunca en toda nuestra vida hemos hablado ni hablaremos de nada de importancia, ni compartimos las confidencias que se supone que los hermanos deben compartir. Cohabitábamos en el mismo cuarto, pasábamos muchos ratos juntos, nos llevábamos de muerte, y sí, nos queremos un montón. Pero nunca me dijo: «Hernán, me siento mal. ¿Sabes lo que es estar jodido por una chavala? ¿Tienes idea de lo mal que se pasa, macho?». Ni yo le dije: «Jean, ¿qué me aconsejas que haga en tal situación? Tío, ¿crees que debería seguir por ahí? ¿Qué me aconsejas tú, hermano?».

Nunca, nunca.

Me parece que simplemente no confiamos el uno en el otro por pura timidez. Dos hermanos tímidos entre sí. ¿Qué demonios es eso, qué clase de hermanos pueden ser así?

De criajo, solo sentía que éramos hermanos de verdad cuando me permitía acompañarle en sus salidas diurnas, con sus colegas del barrio. Me acuerdo mucho del José Luis y del Juanmi. El primero era hijo de un taxista, un chavalote serio y callado, de aspecto ibérico sesentero por su respetable grisura y su impecable pelo abombado, como recién salido del horno con los cruasanes. El Juanmi era el típico andaluz saleroso, mocete jovial con una melena rubia y una sonrisa que me recordaban las de Crispín, el vivaracho compañero de correrías del Capitán Trueno.

Conmigo fueron buenos los dos.

Jean me sacaba con su pandilla, supongo que a regañadientes porque mi madre le insistía, y yo era feliz correteando con los mayores. Aunque no recuerdo haber aprendido nada de sus inquietudes púberes.

Un día salimos los cuatro hasta el Cinema Sabadell, el cine más próximo de la ciudad vecina. Había convencido a mis padres de que mi hermano y sus amigos cargaran conmigo toda la tarde y meterme con ellos a ver una película suponía para mí toda una novedad.

Como trasladarse a pata llevaba su tiempo, llegamos con retraso y los tráilers empezados. La peli programada era *Cavernícola*, la comedia de hombres prehistóricos y dinosaurios protagonizada por Ringo Starr, el único de los Beatles que me cae bien. Pero el tráiler que estaban pasando cuando nosotros entramos era el de

Viernes 13, segunda parte. Lo recuerdo como si fuera ayer porque las pelis de terror me acojonaban vivo. ¿Cómo podían exhibir un tráiler para mayores de dieciocho años delante de una peli apta? Ese detalle ya me hizo temblar de miedo y emoción.

Desfilamos por el corredor central hacia la primera hilera que distinguimos con los asientos vacíos: yo avanzaba hipnotizado por las imágenes proyectadas, mirando aquella sarta de gente muriendo a manos de un asesino sobrenatural que lo mismo colgaba de una soga deshilachada que trinchaba con una horca de afilados dientes… Intentamos acomodarnos a ciegas, confundidos por la oscuridad de la sala y la del propio largometraje anunciado. Por mi parte, tanteé precavido y, al confirmar que tocaba un reposabrazos, me eché atrás para sentarme, maravillado a mi pesar por la proyección: pero detrás de mí no había en realidad ninguna butaca, tan solo el aire, y caí estrepitosamente de culo contra el suelo. Ni mi hermano ni sus colegas se enteraron, porque nadie se rio de mí, pero aun así, con el rostro ardiendo de vergüenza, me levanté como un rayo y esta vez sí logré aposentar el trasero sobre la butaca que me habían cedido, la que iniciaba la hilera.

Después del tráiler de terror llegó la comedia. ¡Y qué genial me lo pasé viendo *Cavernícola* con ellos! Qué peli tan chula, comentamos todos luego, sobre todo el mosquito gigante verde espachurrado sobre la cara del troglodita bueno.

Les pillé mucho cariño a los amigos de mi hermano y cuando, ya veinteañeros, Jean y yo nos mudamos con mis padres a la parte alta de Barberà, los eché mucho de menos.

Una de esas noches, recién instalados, soñé que estaba otra vez en la plaza de la Unidad con el José Luis y el Juanmi y mi hermano, y que sus dos amigos se despedían de él. Desperté llorando como el niño que aún era en el sueño. Con la desaparición de ambos se desvanecía el único puente que habíamos tendido Jean y yo.

Del José Luis nunca volví a saber nada, pero hace cinco años justo, durante uno de mis raros paseos adultos por Barberà, me crucé en la calle con el Juanmi. Estaba gordo y se parecía al obrero maduro tan habitual de la zona, resignado a ser manejado a su antojo por el trabajo mecánico y la vida en cadena. Lo saludé efusivamente, para mí reencontrarle significaba el regalo imprevisto de un trozo bonito de la niñez. Fue muy amable y me propuso que

me pasara algún mediodía a tomar algo por la terraza del bar que frecuentaba.

Creo que no se esperaba que fuera a verle. Uno de esos mediodías me acerqué por la terraza y lo encontré de cháchara con un matrimonio de su edad. Me senté a su lado y nos pusimos respectivamente al día tras pedirme la caña de rigor.

—Me acuerdo de que siempre ibas con un libro abierto en las manos. Yo le preguntaba al Juan Carlos: «Pero tu hermano, ¿por qué lee tanto? Siempre está leyendo el cabrón. ¿Qué es lo que encuentra en los libros?».

El matrimonio se interesó más por mí al conocer ese detalle del pasado y que yo era escritor. Me explicaron la «fastidiosa» experiencia que padecían con su hijo: le pasaba exactamente lo mismo. Era un chico de diez o doce años que solo vivía para leer. Apenas tenía amigos y, eso sí, sacaba las mejores notas de clase. Pero estaban preocupados, porque destacaba demasiado. Había empezado a sufrir acoso escolar: unos abusones lo habían arrojado a un contenedor de basura.

—Lo hemos llevado al psicólogo.

—¿A él? ¿Por qué? ¿Porque es más inteligente que los demás?

—Sí, nos da miedo que no se integre. No queremos que acabe otra vez tirado en un contáiner.

Yo por aquel entonces ya estaba a punto de emigrar a Lima y me alegré de abandonar aquella mierda para siempre. Solo en mi país podía considerarse que el chico estudioso fuese el raro y formar parte de los mediocres, el objetivo deseable. Pensé en todos los esfuerzos que yo había hecho por integrarme en el grupo de los matones de clase para que me dejasen en paz… Maldije España y la falsa solidaridad de sus gentes.

Les solté un sermón rayante en lo cretino sobre el tema y lamenté que su hijo no contase con el apoyo de sus padres. No hubo crispación en la conversación, al contrario, estaban encantados de oír mi opinión. Supongo que les sorprendió que alguien alentara a su hijo a volar.

Luego el Juanmi me comentó que él también era padre. Se le veía jodido, un divorciado con problemas para mantener su trabajo y lidiando con pensiones para los hijos.

Pese a todo, la reunión resultó muy entretenida. Nos vimos un

par de tardes más, y me sentí tan entusiasmado con el reencuentro que a la primera oportunidad convencí a mi hermano de que también quedara con el Juanmi. Poco antes de marcharme del país, le pasé su teléfono.

En una de mis primeras visitas de regreso a España, durante una comida familiar, Jean me sorprendió al sacar a colación al Juanmi:

—Quedé con él un día, pero estuvimos callados todo el tiempo. No sabíamos de qué hablar, no tenemos ya nada en común. No creo que le vuelva a llamar.

Hace muy poco, este mismo mes que me instalé con mis padres, fui a enviar un paquete a Correos y vi al Juanmi cruzando a pie la calle principal de Barberà. Estaba mucho más fondón y desaseado que la última vez. Llevaba una mano enyesada y caminaba derrengado, el vivo retrato de un parado deprimido. Dudé en llamarlo, tal vez mi hermano tuviera razón y la vida realmente nos separaba ya en todo, así que reemprendí la marcha hacia la zona residencial donde viven papá y mamá.

Pero a los veinte pasos me detuve. No estaba siendo justo con el Juanmi, pero sobre todo no estaba siendo justo con mis sentimientos. Con mi pasado. Con aquel sueño en el que los amigos de mi hermano me hacían llorar al decirnos que se marchaban para siempre, aquel sueño que sigo recordando vívido y sobrecogedor.

Di media vuelta y eché a correr: crucé sin mirar la calle donde había visto al Juanmi y seguí hacia la parte vieja. Y al fin lo divisé a lo lejos embocando otra calle. Y grité, grité ilusionado como un niño, necesitando ilusionarle:

—¡¡¡Juanmiiiiii!!!

Se volvió, me localizó corriendo hacia él y sonrió con su sonrisa de siempre.

¡Se alegró de verme, joder!

Se alegró de verme.

1978: mi colegio en el bosque

1978 es la primera cifra que recuerdo escrita en la pizarra.

Arriba, en tiza blanca, bien marcada junto al día de invierno en el que estábamos. En las paredes a los lados, los pósteres pegados de las series de moda, protagonizadas por niños nórdicos de piel lechosa, Pipi Calzaslargas y Miguel el Travieso, de hecho creados por la misma sueca.

Tengo recuerdos escolares anteriores a ese, claro. Entré en parvulitos hacia los cuatro años y enseguida aprendí a leer. De esas jornadas de infancia temprana sin mamá se resisten a ser borradas las caras de algunos críos que serían luego compañeros de primaria, como Pipo, armado con la vena rapaz del pobre que no siente necesidad de disimular modales, un rasgo ausente en mi familia pero habitual en el vecindario. En esas clases de párvulos me quedaba absorto mirando las caras raras, emocionantes, de los otros niños. Algunos de aquellos niños ya parecían viejos, con el mismo rictus básico que se les habrá ahondado ahora, una máscara que no escogemos.

A Jean y a mí la escuela nos quedaba cerca. El Colegio Público Can Planas se levantaba —y sigue en pie— a las afueras de Barberà, lindante con un bosquecito de amables coníferas que, por aquel entonces, no se veía amenazado todavía por la enorme explanada de fábricas y almacenes que ha dado fama a mi pueblo. Lo que para muchos otros niños significaría una excursión excepcional al campo era mi pan de cada día: por eso no se me hacía raro que el colegio de los Ingalls en *La casa de la pradera* fuera una simple casona rural. Mi colegio no era de tablones, pero también estaba en plena naturaleza.

Para llegar a él atravesábamos un centenar de metros de camino polvoriento o, si queríamos, acortábamos por un descampado fértil en malas hierbas y pésimos estudiantes. Allí escuché por vez

primera, de boca del Gerardo, la expresión «hacerse una paja», acompañada de un movimiento espasmódico con el puño. Durante demasiados años deambulé por la vida creyendo que tal actividad consistía en encajar una pajita de trigo en el pene, por la uretra, e hincar el tallo repetidamente hasta que saltara la sangre. ¿Por qué generaría mi cerebro aquella imagen?

Durante bastantes años también creí que todos los colegios estaban ubicados en las afueras. El día que en Barcelona me señalaron una escuela pensé: «¿De verdad las hacen dentro de la propia ciudad? Qué gris, qué deprimente, ¡qué feo!». Siempre me he sentido un privilegiado por haber estudiado en un colegio en el bosque.

Pero la mañana invernal en que miré insistentemente el número 1978 trazado sobre la pizarra por la señu, creo que fue la primera vez que miré el abismo de la vida. Me di cuenta de que el tiempo pasaba.

Ese recuerdo también va asociado a un libro de Ciencias Naturales y su lección sobre la esperanza de vida en los seres humanos y el resto de la fauna. El volumen traía ejemplos ilustrados con varios tipos de animales. En la ficha de la tortuga, el texto indicaba a las claras que podía sobrepasar sin traumas los ciento veinte años de edad.

«¿Quéééé? —pensé yo de inmediato—. ¿Y los humanos solamente vivimos de setenta a ochenta años? ¿Tan poco? ¡Menudo timo ser un ser humano! Tan listos que nos creemos…».

Desde aquel día me dio igual si Dios existía o no: nunca le iba a perdonar esa jugarreta.

A mis siete años aquello fue un hito en el mapa del crecimiento, la referencia que adopté para averiguar con qué rapidez iba a cruzar delante de mis ojos la edad total que Dios hubiera tenido a bien concederme. Me empeñé en poner a prueba la velocidad del tiempo y a partir de esa fecha, siempre que me sucedía algo remarcable, tomaba conciencia y pensaba «Hace dos meses de aquel día en clase», o «Hace un año y medio de aquel día en clase»…

Al final pasaron tantos años, tan veloces, desde aquel puñetero día de 1978 que nunca más quise volver a pensar en él.

Los catalanes-catalanes

Para mí Barberà siempre será un pueblo, por mucho que en los registros oficiales conste como ciudad.

Tiene alma de pueblo, y me gusta que así sea. Pese a que siempre supimos que la población rondaba los veinte mil ciudadanos; ahora ha sobrepasado los treinta mil, parece: estamos que nos salimos.

Sigue siendo un pueblo.

La mayor diferencia que hay entre la Barberà de hace cuarenta años y la de hoy es que, cuando uno antes tomaba el tren de cercanías desde Barcelona a Barberà, lo veía repleto de andaluces y extremeños. Ahora está repleto de negros y moros.

La emigración como sello y estigma.

Casi todos se bajan —los andaluces, los extremeños, los negros y los moros— en la parada de Barberà. Algunos se han bajado antes, en Cerdanyola del Vallès, y un montón lo harán en Sabadell, que, con toda su antigua prosperidad textil y su sofisticación de capital de la comarca, contiene barrios mucho más feos y deprimidos —chungos, especificaríamos los barberenses— que el mío. Los más catalanes seguirán hasta el fondo, hasta Terrassa, que es más peatonal.

En la estación de Barberà nos volvemos a repartir: unos continúan hacia el pueblo, mientras otros, en colorido muestrario del charneguismo vallesano, pasean su palmito y su tipismo por el túnel bajo las vías hasta cruzar al margen opuesto, donde planta sus cimientos la mítica Ciudad Badía, localidad tan legendaria como Hospitalet, Cornellà o Belviche en un imaginario colectivo nacional que las fantasea nido de delincuencia juvenil y forjadoras de «perros callejeros». Un núcleo urbano de trazado y confección precarios para la clase trabajadora más depauperada, nacido de la especulación del terreno, que solo recientemente llegó a ser

municipio independiente, pues no hace tanto su administración caía en alternancia bajo la responsabilidad de Barberà y Cerdanyola, según el año que tocase, como la tutela de un hijo díscolo repartida entre padres mal avenidos y que salen adelante con las justas. Construida además siguiendo la forma y denominación callejera de una España mini, Ciudad Badía —*aka* o acá, Badia del Vallès— lo tuvo todo para perder. Quizá por eso le guardo tanto cariño y la escogí inicialmente como árido paisaje para independizarme de mis padres y, tal vez, del mundo entero.

Pero de momento la mayoría se quedarán, nos quedaremos, en Barberà.

En mi barrio había de todo, sobre todo andaluces y extremeños. Pero también leoneses y gallegos, mañicos y murcianos, castellanos viejos y castellanos manchegos, aunque menos. Madrileños, ni uno, que yo recuerde; ya tendrían Madrid para adocenarse. Gitanos, los que quieras. Y poco más.

Todavía recuerdo el *shock* que me produjo conocer a un catalán. Porque catalanes-catalanes, había pocos en Barberà. Al menos del lado de la carretera de Barcelona donde yo vivía, éramos todos más charnegos que un líder cualquiera de ERC.

Debía de ser jodido ser catalán-catalán allí, entiendo que debía de ser una putada estar rodeado de castellanoparlantes hasta donde abarcara la vista. Además, eran tan pocos los catalanoparlantes presentes que los charneguillos asociábamos al individuo catalán con zonas más ricas de la provincia, los imaginábamos pijos y de familias pudientes, no obreros ni trabajadores manuales. Los catalanes-catalanes eran casi siempre los patronos, los burgueses, los que manejaban el cotarro. Así que cuando conocíamos a algún catalán-catalán de la misma extracción social que la nuestra, nos sorprendíamos. Y lo compadecíamos también. Y claro, más que ninguna otra cosa, debía de ser terrible ser catalán-catalán en mi barrio, en la plaza de la Unidad, debía de crear en ellos un estigma en su sentido de pertenencia: lo vuelven a uno loco con la identidad y ya no sabe qué acaba siendo, si español, si charnego, si catalán… o si catalán-catalán.

Y en la pandilla que formamos los chicos a los diez años, pues había también el que atesoraba dos clichés: Carles era el gordo y el raro al mismo tiempo.

Le llamábamos Carlitos Patata por esa gordura notoria. Pero la rareza no me la acababa de explicar: y es que al chiquillo le daba por hablar un lenguaje muy extravagante, que yo no había oído nunca. Luego supe que es que él sí era catalán «de verdad».

Lo integramos en nuestro pelotón como pudimos, porque casi ninguno por aquel entonces sabía expresarse en el habla territorial: la inmersión lingüística en el colegio todavía no había comenzado, eso llegaría hacia los años 82 y 83 con la campaña de la Norma, un personaje de ficción divulgativa *molt ben trobat*, como diríamos en mi segundo idioma.

Carlitos Patata en realidad también era charnego —en su caso, en una acepción estricta: cuando uno de tus progenitores no consta como oriundo de Cataluña—, un adelantado a nosotros por su bilingüismo y con seguridad la mejor persona de todo el grupo de la plaza. Su madre es de Tarragona y carnicera, y su padre granadino y transportista, gente humilde y cumplidora. De Carles aprendí un poco de sentido común, otro poco de aplomo sereno y, finalmente, cómo aceptar tu propia integridad moral sin necesidad de publicitarla. Bueno, no aprendí nada de eso, pero en él descubrí esas virtudes.

Fue el más moderado y sensato de todos los chicos estrafalarios, exagerados y sudorosos de rabia que pululábamos por aquel barrio popular de charnegos buscavidas y excepciones catalanas.

Y tal vez se tratara del único espécimen masculino con el que trabé relación en toda mi infancia que dio muestras del famoso *seny català*.

Él era el representante de la comunidad siux ortodoxa en medio de aquella reserva de indios de tribus dispersas.

Martina, Marta, Marti, Tina… Petisa

Mis recuerdos de infancia más indelebles son los hostiones.

Juraría que los sentimientos positivos hacia los padres nacen cuando estos procuran alivio y consuelo para esos hostiones físicos que la vida te prodiga desde edad temprana: tropezones y resbalones que traen consigo chichones y moratones. Y esos mismos sentimientos languidecen cuando tienes uso de razón para acusar los hostiones emocionales… para los que los padres no suelen ofrecer consuelo: ahí empiezan las disidencias adolescentes.

Los sentimientos negativos prematuros supongo que germinan en niños que asocian esos hostiones físicos a sus padres: o sea, los maltratados por sus progenitores.

Mi madre fue una niña maltratada.

No sé gran cosa de su infancia ni su origen: los pobres, más que árboles genealógicos, tenemos bonsáis. Martina nació en los Picos de Europa, en un bello paraje situado entre León y Asturias, un pueblo de montaña que ahora pasaría por idílico, por su exuberante entorno y exigua vecindad: Posada de Valdeón.

Desconozco a qué se dedicaba su madre, mi abuela Juana, pero Manuel, el que fue su padre, era barrenador y alcohólico. Es cuanto me contaron de él. Y que metía unos bofetones de campeonato a sus tres hijos. Pero a mi madre a la que más.

Mamá siempre mienta la noche que su padre le pegó un puñetazo en la cabeza de tal calibre que la dejó inconsciente a los pies de la mesa con la cena servida.

Nunca he sentido simpatía por mi abuelo materno.

No conozco a mejor persona que mi madre, pero si hay algo que la ha caracterizado ha sido, junto a su bondad, su miedo. Como niño lo percibí enseguida, cuando conocí a otras madres, a mis propias tías, a otras mujeres de su edad: mamá siempre estaba preocupada, temerosa, angustiada advirtiendo a Jean y Nanín que

no hicieran tal cosa o no se olvidaran de hacer tal otra, siempre supervisando hasta la pesadez, siempre esperando lo peor, que sucediese una tragedia que, en realidad, nunca se dio. Mamá es especialista en detectar la posibilidad nefasta.

Nuestra situación económica, perpetuamente ajustada —pese a que mi madre fue y es muy buena administradora—, quizá constituyera la causa de su continua mortificación sobre un hipotético revés en el futuro inmediato: «Ten cuidado al cruzar, Nan», «Guarda bien el dinero no lo pierdas o te lo vayan a robar», «Nanín, ¿seguro que estudiaste suficiente para el examen?», «A ver si a esta hora te va a pasar algo…». Y, con seguridad, mi principio de paranoia tenga bastante que ver con esa herencia genética o con la cantidad inmodesta de estrés que ella sobrellevó durante mi gestación.

Sin embargo, me niego a presentarla con el aura monocolor de una víctima: mamá siempre ha sabido reír.

Manuel murió reventado de cirrosis cuando su hija Martina estrenaba adolescencia. Su viuda hubo de marcharse a Suiza a limpiar en un hospital y luego, reinstalada en Asturias, alquiló habitaciones en su propio piso. Y mientras su madre se buscaba así la vida, la mía ya había pasado temporadas, y más que pasaría, al cargo de sus tíos Francisca y Teófilo en una casona de Posada de Valdeón, bucólica aldea de caminos enlodados y aire puro, no exento de exquisitos aromas a mierda. Como no podía ser de otro modo con mis antecedentes, adoro el olor a bosta de vaca.

Eso que le debo a Valdeón. Eso y las hermosas caminatas de casi un día junto a mi padre en torno al Naranjo de Bulnes, atravesando con paso prudente y el cuerpo encogido desfiladeros de asombrosas caídas a pico… O mi admiración ante la sabiduría natural de sus habitantes; sobre todo del mejor amigo de mamá, el valdeonés Adelino, a quien adopté por mi cuenta como tío ideal. Me hubiera gustado ser como él, poseer su reloj interior, su zen montañés. Gracias a su influjo, aldeano, pueblerino, camposo, montuno, son cualidades que no me suenan negativas. Soy rural a mucha honra, la última barrera del clasismo racista, porque entre las gentes de pueblo aprendí el respeto. Gentes que no se debaten exasperadas por dictarles a los demás cómo deben vivir mientras se atiborran de antidepresivos.

De hecho, el primer hombre que estrangulé en mi edad adulta (aunque aquí prefiero pasar de puntillas por ese período de luz, irónicamente yermo en productividad literaria) halló la muerte a causa de sus burlas inaguantables a mis orígenes chuscos. Era un periodista esnob de una prestigiosa revista musical capitalina. Troceé su cuerpo y enterré sus pedazos por los rincones más inhóspitos y desolados de las minas romanas de Las Médulas, en pleno Bierzo profundo. Resulta improbable que el tipo tuviera alma o, más improbable aún, una con sentido del humor: de contar con ella, ojalá no le haya pasado desapercibida la ironía.

Pero el destino de la Martina adolescente no aguardaba en las montañas asturleonesas: mi abuela, incapaz de proporcionar sustento a sus tres hijos, terminó por enviarla rumbo a Buenos Aires a inicios de los años sesenta. La acogió su tío materno, Vicente, y la esposa de este, Salva.

Ellos también habían acabado en la Argentina de forma azarosa, por circunstancias de lo más dramáticas. Se trata de una historia, en el fondo, muy común: dos décadas atrás, durante la guerra civil, los republicanos fueron los primeros en ocupar Valdeón; a punta de fusil y con el fin de aprovisionarse, despojaron al padre de Vicente, mi bisabuelo, de sus cuatro vacas. Meses más tarde, cuando ganaron los otros, los nacionales, y entraron al pueblo a imponer su ley, como primera medida de represalia preguntaron quién había colaborado con los rojos: un vecino rencoroso señaló a mi familia… Y mi bisabuelo, al paredón.

Vicente no había cumplido veinte años cuando presenció el fusilamiento de su padre. Luego, sacrificó otros ocho picando carbón en un campo de concentración de la facción vencedora, instaurado en Fabero del Bierzo. Allí conoció a mi futuro abuelo paterno, Eleuterio, también preso, e hicieron buenas migas. El día que Vicente salió libre, no entendía nada del panorama que encontró. Su experiencia vital se reducía a Posada de Valdeón y un campo de prisioneros, dos escenarios conectados sin escalas. Había sufrido la mezquina realidad de las dos Españas del peor modo posible, con el ciego mazazo del absurdo que los acontecimientos históricos suelen asestar a los seres anónimos. Muy juiciosamente, Vicente decidió largarse con viento fresco.

Él fue mi mayor inspiración cuando encaminé mis pasos hacia

América.

Se casó con la hermana de mi abuelo paterno, y juntos volaron de inmediato al Cono Sur. En Buenos Aires, la pareja de «gallegos» prosperó con un restaurante después de años trabajando como excondenados, pero no tenían hijos y eso les movió a ofrecer su nuevo hogar a la sobrina que mi abuela no podía mantener.

Martina pasó en Buenos Aires de los quince a los diecinueve, quizá los años más enriquecedores de su vida, siendo la princesa de la casa en la capital de una sociedad culta, avanzada y cosmopolita, sobre todo comparada con la que había dejado atrás. Con su inseparable prima Alicia, empezó a ir a los bailes y a ensoñar candidatos porteños de palabra fácil, con posibles y sin complejos.

Luego llegó mi padre.

Lo peor que le pudo suceder a Martina fue, casi con seguridad, enamorarse de su paisano Marcelino, o al menos consentir en retornar con él a España. Volviendo de la modernidad americana al garrulismo franquista, mamá no jugó bien sus cartas.

Otro síntoma de la ambivalente relación que mi madre sostiene con su identidad es que odia su propio nombre: a lo largo de su vida la han llamado Marta, sus amigas; Marti, su familia carnal; Tina, su marido…

… Y cuando se pone afectuoso, papá siempre le dice Petisa, un apelativo con mimo: su versión del «chatina» asturiano, trasplantado desde la Argentina.

Al final ese «Petisa» es lo único que mi pobre madre se pudo traer de allá.

Mamá y papá me quieren

Cuando me pienso de muy niño, me gustaría vislumbrarme en una realidad paralela pegando los morros manchados de alfajores deliciosos a los escaparates librescos de la calle Corrientes. Pero en su lugar me contemplo corriendo a todo trapo entre senderos de jardincillos y céspedes maltratados por el parque más señalado de Barberà del Vallès, el que hay frente al Ayuntamiento, muy cerca del Trimiño, la minúscula carpintería local en la que trabajó mi padre durante sus primeros años barberenses. Voy a cruzar una explanada, no sé si jugando con algún niño más o presa simplemente de esa euforia infantil que parece signo de imbecilidad en un adulto, cuando PAM.

Caigo al suelo y veo una niña sentada y que me mira espantada, alejándose de mí hacia el cielo, arriba, arriba…

Me ha golpeado en plena frente el canto metálico de la silla de un columpio: esa chiquilla venía hacia mi cabeza al mismo tiempo que yo corría hacia quién sabe dónde.

Uno de esos hostiones de la niñez. Y tal vez un presagio. En mi engañosa autonomía, por primera vez me siento desvalido.

Pero ahí está mamá, acudiendo presurosa. Me sujeta con la alarma en los huesos. Me pego a su falda, lloro como un descosido. Y ella me consuela tierna y me regaña asustada, en asombroso equilibrio. Yo solo quiero que gane su lado cariñoso. Y que no le dé por descalzarse…

Para escarmentarnos a mi hermano y a mí, mi madre usaba a veces la zapatilla. Casi nunca la usaba de verdad, sino como artefacto disuasorio: con solo agitarla en el aire, yo me volvía obediente y sumiso, porque era un niño muy mimado y quería complacerla. Incidentes como el del columpio ratifican la sobreprotección con que mi madre me envolvía. Su amor siempre ha sido una coraza.

Tal vez por ello mamá nunca entendió por qué mi hermano y yo parecíamos sentirnos más cómodos en la compañía de mi padre y abrigaba a menudo el sordo resquemor de que le queríamos más a él.

Papá, el obrero cazurro, hijo de minero rojo de Mieres y de republicana renegrida de Fornela, ese Marce veinteañero con tirabuzones del color del carbón de Fabero, al que Martina conoció de camarero remiso y «remisio», atendiendo mesas en el restaurante porteño de Vicente y Salva por ser sobrino de esta, otro familiar huido del hambre que todavía no se acababa en la España de Franco. Papá que, ya de vuelta en su país, retomó su oficio original de carpintero, sin que ver mundo pareciera haberle servido de provecho. Papá que, como único rasgo de permeabilidad cultural tras pasar más de un año en Buenos Aires, le seguía diciendo a mi madre «Petisa». Papá el comunista que se reía del pueblo y cuyo lema era un sorprendente y pragmático «yo soy yo y mis circunstancias». Era su modo de decir «qué sabe nadie», bien lo sé. Papá el bravucón que jactancioso afirmaba «cuando yo me muera, por mí el mundo se puede morir también», y no resulta difícil creerle, porque en vida ha terminado sin un solo amigo cerca… Papá que siempre presumía de que nunca sacó a pasear por la calle a ninguno de sus hijos.

Y eso también era cierto.

Y pese a todo, le queríamos con locura. Tal vez porque como padre siempre pudo ejercer de poli bueno.

Para muestra, un botón: en la piscina municipal de Barberà me di otro hostiazo de magnitud.

Era por entonces un renacuajo que no sabía nadar ni hablar apenas, y ese día papá me acercó en brazos a la piscina de los mayores. A los treinta, Marcelino se estimaba un ejemplar gallardo y potable, un Vittorio Gassman versión paleta, con bigote y puede que todavía pelo, con su chistoso y fino —hoy casi pornográfico— eslip negro setentero, el tipo fibroso y esa apreciable forma física que le dejaba el mejor gimnasio que había podido encontrar, una carpintería.

No sé si aún no tenía el dedo corazón decapitado por la sierra del taller; sin duda, traía ya el meñique de su otra mano a medio coser, y un tajo cosido entero bajo el ojo izquierdo, para su

desgracia remendado sin anestesia por un doctor de Fabero convencido de la fama viril de los Migoya. Tampoco sé por qué me sujetaba esa mañana mi padre, al que pocas veces recuerdo haberme cogido en brazos, haberme abrazado.

Yo llevaba en torno mío un flotador blanco con cabeza de pato, Lucas o Donald o común, muy grande para mis reducidas medidas. Supongo que la intención de mi padre era ponerme a flotar en la piscina, pero yo me agarré al peñasco de su hombro porque no veía nada claro todo aquello.

Buscando la protección paterna. Así me recuerdo.

Y entonces se rio, con las carcajadas de Errol Flynn como hacía siempre —aunque él creyese que imitaba a Robert Taylor—, y me arrojó a la piscina sin aviso previo. Volé por los aires y vi volar a su vez, por sobre mi cabeza, el flotador, que desertaba de mí y surcaba el cielo como un platillo volante al que solo le faltaba decir cua. Al ralentí, caí sobre aquella balsa azul y me hundí como un plomo de carne. Entré en pánico.

Y de pronto: la figura de mi padre hendiendo el agua como una centella y rescatándome tras unas breves brazadas. Me sacó enseguida de aquella trampa líquida. Tal vez incluso se rio otra vez, Marcelino era muy aficionado a reírse del apuro ajeno.

Pero yo solo sabía que papá me había salvado.

Sabía que mamá y papá siempre estarían presentes para velar por mí.

El Corte Inglés

El Corte Inglés existía desde antes, mucho antes que el Baricentro. Mis padres me llevaron allí también, cuando todavía no sabía qué era Barberà ni Barcelona ni Cataluña ni España ni el mundo, pero sí sabía decir «soy
fo'nelín
de Ponferada».

Mis padres no salían de Barberà asiduamente. Por ello me han quedado grabadas como uvehacheses mentales nuestras raras excursiones a Barcelona, ya fuera para ver a la tía Amor —la única persona moderna en el clan Migoya, con sus uñas violetas, su pelo de cabaretera y sus retahílas de tacos—, que nos recibía fumando como china en quiebra en su piso del chino, ya para un paseo de compras por El Corte Inglés o un garbeo al Parque de la Ciudadela. Recuerdo cada una de esas salidas juntos como si las hubiéramos emprendido una sola vez. Probablemente, las emprendimos una sola vez. A papá y mamá, explorar el mundo parecía darles miedo, como a los gatos.

Y además, en los setenta, el Baricentro no existía.

No era habitual que mis padres compraran GRANDES cosas. Tenían un estilo de vida muy austero, casi éramos los calvinistas del barrio. Mi padre ganaba un jornal normalito en el taller y mi madre lo redondeaba cosiendo en casa. Papá además hizo muchos muebles para nuestro piso, casi todas nuestras posesiones de madera las había construido él. Y los dos estaban acostumbrados a ahorrar hasta el último céntimo.

Pero con ocasión de vete a saber qué, Marce y Tina habían decidido que, por una vez, invertirían una suma extraída de sus ahorros en regalarse algo especial para completar la armonía hogareña. Y por eso ahí estábamos los cuatro, papá, mamá, Jean y Nanín, la familia unida y feliz en El Corte Inglés. Así nos veía yo.

Es probable que entráramos al anochecer y es muy probable que fuera Navidad. No recuerdo la mole del edificio, solo el interior de su vientre fluorescente, la súbita inmersión en ese océano deslumbrante, un edénico kindergarten de muebles cromados poblado por paquidermos eléctricos. Era como estar paseando por una nave de *La guerra de las galaxias* con su fulgente descarga lumínica, solo que en este caso más amarilla que blanca… y ahora que caigo, *La guerra de las galaxias* no se había hecho aún.

El Corte Inglés también existía antes.

A los ojos de un niño de cinco años, fue una revelación ver por aquellos pasillos a tantos adultos yendo y viniendo, observando y comprobando, a tantas personas grandes que aparentaban saber en todo momento qué querían y cuál era el propósito de todo, conocedores del significado de la vida.

Al fin llegamos a la sección que mis padres buscaban. Miraron, remiraron, cotejaron precios como en una feria de ganado y adquirieron la mercancía que les convenció más.

Y por fin en casa tuvimos un rutilante tocadiscos.

Todavía lo conservan. Ahora lo tenemos puesto sobre otro mueble, no en la mesita de formica original, sino en una cómoda para vinilos, cortesía de las manos callosas de mi padre. Por supuesto, funciona como el primer día.

Para Nanín aquel artilugio fue magia pura. Y encima iba acompañado por un long *play* que sus padres se trajeron como disco de estreno. ¡Nada menos que el homenaje «A México» de Julio Iglesias! ¡Qué discazo! Todas las buenas de José Alfredo Jiménez estaban allí, versionadas con una orquesta del copón.

Esa noche me acosté exultante, ansioso por hacerme grande. Estaba convencido de que, cuando fuera mayor, sabría con certeza el significado de todo. Jamás hubiera sospechado que el misterio de la vida acompañaba también, y lo haría hasta la tumba, a todos esos seres humanos hechos y derechos que se habían mostrado tan seguros de sí mismos, comprando cosas en El Corte Inglés sin casi un segundo de vacilación.

Con creces

Mi relación con los libros es absolutamente escapista: no recuerdo cuándo empecé a leer pero, como dice el Juanmi, desde que comencé a salir solo a la calle raramente se me vio sin un libro en las manos.

El mundo no me gustaba. Mis padres me habían enseñado a temerlo. En el caso de mamá, porque desde niña había recibido los palos de su padre y también las dentelladas del hambre. En el de papá porque, por más que lo disimulara con capas de sorna, había heredado el miedo de los republicanos vencidos: mi abuelo se había escapado por los pelos de ser fusilado durante la guerra, y desde su salida del campo de concentración los trapos sucios se lavaban en casa… Así que crecí en una burbuja, rodeado de violentas novelas para adultos y música popular hispanoamericana.

Mis pinitos como lector están ligados a un rito dominical: como muchas familias de ateos republicanos —aunque mi padre era en realidad un comunista monárquico—, en casa no íbamos nunca a misa. Los domingos mi madre se dedicaba a limpiar, como cualquier otro día, y mi padre se quedaba la mañana entera leyendo en la cama a la buena de Dios.

Y yo me unía a él con mi propio libro.

Papá era obrero de estirpe y con mucho orgullo de clase, procedente de una familia trabajadora y poco dada a las veleidades culturales. Pero ello no le privaba de ser un gran lector: ávido de conocimiento, ya en Fabero había empleado sus primeros ahorros en la adquisición de una enciclopedia a plazos, y desde entonces devoraba todo lo que caía en sus manos. Le apasionaba cualquier libro relacionado con la historia —y si contenía un discurso españolista, mejor—, pero no despreciaba tampoco ningún tipo de novela.

Así que mi pasión lectora y mis lecturas desprejuiciadas se las

debo casi enteramente a mi padre. Mamá leía, pero poco. También es cierto que no paraba nunca quieta, la *probiña*: cuando no cosía, limpiaba; cuando no limpiaba, cocinaba; cuando no cocinaba, cosía. Y de cuando en cuando compartíamos algún volumen: de su estante me tragué entera la autobiografía de Sophia Loren.

Pero antes, mis primeros títulos manoseados fueron los de la colección Historias Selección de Bruguera, aquellos libritos marrones que incluían encartada una escueta versión en cómic y tenían dispuestos en su lomo varios retratos dibujados de los personajes principales, a la manera de un reparto actoral. Obviamente, los grandes nombres de la aventura eran los amos de mi cotarro: Julio Verne, Emilio Salgari, Karl May, Mark Twain, Walter Scott…

El domingo por la mañana, en cuanto me despertaba, tomaba mi libro de turno y corría a la cama con papá y mamá, dejándome mimar hasta que mamá se levantaba y yo ya me estiraba a mis anchas. Y allí permanecía con mi padre, los dos leyendo sin interrupciones durante un par de horas al menos.

De esos días me viene la manía de leer acostado; también mi primera formación del gusto, mi adoración por la literatura de evasión y mi obsesión por las ediciones populares; y, desde luego, mi aprendizaje prematuro de palabras y expresiones inusuales en el habla coloquial de los niños, como «pusilánime» o «singladura»… También recuerdo haber leído en *Norte contra Sur* de Verne cómo uno de los malos blandía su puño contra el protagonista y mascullaba: «¡Me las pagará con creces!».

«¿Qué serán las creces?», me pregunté de inmediato esa mañana en la cama. Me imaginaba, no sé por qué, que se trataba de alguna mercancía de valor o una materia prima relacionada con el cultivo agrario, como las judías o las alubias, con que el villano ambicionaba ver recompensado su sentimiento de agravio.

También en la cama matrimonial sobrevino mi primer ataque de angustia cósmica. Para que te sitúes: el dormitorio de mis padres era muy claro y luminoso, de blancas paredes que, como el resto del piso, terminaron pintadas con relieve estucado, que era como le decíamos nosotros a la técnica del gotelé. Por supuesto, papá y mamá se ocuparon de pintar la casa ellos mismos.

Yo debía de tener ocho o nueve años, y me encontraba solo y

tumbado boca arriba, tal vez aburrido del libro que estaba leyendo, o improvisando una percusión de nudillos en la tapa dura de *Las aventuras del capitán Hatteras*. Empecé a escrutar el cielo raso, pensando casualmente en el sentido de la vida. No entendía cuál era la finalidad de vivir si nos íbamos a morir tan pronto. Como sucede cuando uno mira demasiado rato una superficie plana y el color confunde la delimitación material, se abrió ante mí un abismo visual mareante. La índole de mis penosas disertaciones, junto al juego óptico establecido, se enzarzaron en una terrible combinación que me sepultó bajo un alud de pesadumbre y sinsentido barojianos: allí arriba, en el techo, incrementado por el contraste con el estuco de las paredes, se me compuso un muaré del horror. A traición, cundió en mí el pánico de saberme una mota en un sueño ajeno. Por unos minutos, me vi abocado al precipicio de un cosmos inabarcable.

En ese techo recién pintado comprendí que nadie pintaba nada. Y yo, tan lleno de promesas a mi edad de un solo dígito, aún menos que nadie.

Sin embargo, todavía faltaban más de diez años para que supiera lo que era respirar con el terror metido en mí. No previ que ese techo astral se me caería encima. Ni que el futuro me haría pagar cara la osadía de pretender vivir al margen de la vida.

Con creces.

Mi única patria

Conforme avanzó EGB y me fui convirtiendo en el empollón oficial de la clase, el territorio circunscrito a la plaza de la Unidad se fue haciendo más chiquito que mi curiosidad, así que pronto anexioné a mis rutas cotidianas un segundo lugar de estudio y esparcimiento que llegaría a amar: la biblioteca municipal.

Se llamaba Biblioteca Esteve Paluzie, la abrieron a apenas tres manzanas de nuestra plaza y, a día de hoy, todavía ignoro quién es el tipo que le dio nombre. Y es que la biblioteca de Barberà fue el primer puesto de avanzada que la civilización autóctona estableció en nuestra «reserva dormitorio» en vida mía. Entre sus asiduos podíamos caer y de hecho caíamos muchos charnegos, pues los colegiales del barrio pasábamos por sus instalaciones a hacer los deberes, consultar temarios o a estudiar. Pero la lengua que allí dominaba institucionalmente era ¡oh, sorpresa! la vernácula… y sus embajadoras designadas no tenían una gota aparente de mestizaje en la sangre.

Las tres bibliotecarias eran catalanas-catalanas —o «catalinas», que también así denominábamos su linaje, con un matiz despectivo — y, por tanto, todos en el barrio suponíamos que venían de fuera, que no eran de Barberà. Parecían formar un solo clan, pues cada una pertenecía a una generación distinta: estaba la señora mayor —mayor por entonces significaba que rondaba o agotaba la cuarentena—, la treintañera y la veinteañera. No me imagino qué debían de pensar al ver aquel santuario de cultura frecuentado por tamaño escuadrón vociferante de doceañeros melenudos, descartes de un reparto de José Antonio de la Loma.

La «señora mayor» lucía una cabellera albina primorosamente lacada que ni salida de una serie de la BBC. Siempre la tomé por británica, hubiera dado perfecta como Miss Marple, y es que hay algunas mujeres catalanas-catalanas que parecen importadas de

Londres. Era de las tres, paradójicamente, la más razonable guardiana del templo, y siempre se condujo de manera considerada con los visitantes; si bien ninguna que yo sepa trabó amistad o una relación de calidez con los usuarios adolescentes, ella al menos se ponía manos a las obras con voluntariosa dedicación, respondía a las consultas haciendo uso de una cortesía que era maná en aquellas latitudes y nunca perdió los papeles ante la traviesa chavalada con la que a menudo le tocó lidiar. Recuerdo sus gafas de montura dorada, sus ojos de pestañas traslúcidas y su porte thatcheriano. No podía evitar que me cayera bien. El papel de bibliotecaria allí no era asunto fácil, reconozcámoslo.

Las otras dos bibliotecarias resultaban más insípidas. La treintañera llegaba a cabrearse cuando entraba algún grupo bullicioso y nunca hizo un maldito esfuerzo por simpatizar con el personal. La veinteañera tenía cara de nabo y era más sosa que un cirio: los chicos la llamábamos Carapolla y la verdad es que nunca le guardamos el menor respeto. Alguno gritaba adrede para escuchar su «chissst» y, en cuanto lo pronunciaba, nos lanzábamos a chistarla a modo de imitación en masa, y entonces era ella la que gritaba, fuera de sí.

Aquel trío simbolizaba para nosotros a esa raza de catalanes puros que había más allá de la colonia barberense: decían que uno se los podía encontrar en alguna que otra zona de Sabadell, por Sant Quirze, Sant Cugat, Santa Perpètua y, en general, en lugares santos todavía ignotos para mí.

La biblioteca del pueblo fue un refugio seguro en los peores momentos de mi melancolía crónica y cuando el acoso escolar se puso muy belicoso. Allí, entre sus estantes de conglomerado chapado y el aroma a sabiduría hacinada, con los pasos silenciados por el grosor de la moqueta de estameña que parecía hacerse cómplice así de mi necesidad de pasar desapercibido, pude acceder a cientos de novelas y de autores que juraría habían padecido las mismas penurias que yo.

Allí realicé la mayor parte de mis trabajos escolares. Allí conspiré con otros amigos sobre dilemas amorosos. Allí empecé a escribir mis primeros relatos. Pero sobre todo allí leí. Leí una barbaridad.

Y en esa biblioteca asistí a varias charlas de escritores reales, los

primeros que pude ver y saludar en vivo. Catorceañero presencié la visita de Manuel Vázquez Montalbán, quien pese al intelectualismo con que camuflaba su timidez, encarnó al fin ante mis ojos a un autor reconocido que no ocultaba su condición de enamorado de la cultura popular.

Y a mis dieciséis, nos trajeron de invitado a Eduardo Mendoza, a quien corresponde el ingrato honor de ser el primer escritor profesional que recibió un texto mío. Finalizada su conferencia, me acerqué y le confié, con el descaro de la juventud, unos soporíferos folios titulados «La orilla apartada», rogándole que los leyera y me diera su opinión. El cuento proponía una fuga a un paraíso perdido de amor *fou* para adolescentes, muy influido por la épica de Robert E. Howard y sus delirios de espada sin capa y brujería con capucha. Mi sorpresa fue mayúscula al obtener respuesta escrita de Mendoza pocas semanas después: en una carta mecanografiada, destacaba el pulso narrativo de mi obrita y me animaba con amables palabras a perseverar.

Son muchos los motivos que acumulo para estar agradecido a la biblioteca de Barberà. Años después cambió su ubicación a la misma avenida donde a inicios de los noventa también se habían mudado mis padres, como si el saber siguiera inútilmente mis pasos.

Ahora la «biblio» ocupa todo un edificio. Ahora es mucho mejor. No entiendo por qué no está todo el día repleta de gente.

A mí me siguen encantando las bibliotecas. Casi tanto como los centros comerciales.

Pájaros y culos

Mi mejor amigo en quinto y sexto de EGB fue el Paco.

El Paco era de origen andaluz, como la mayoría allá, un chaval simpático que también sacaba buenas notas. Pero él disfrutaba las cosas sencillas, como llevarse los pájaros a tomar el sol. Nunca entendí a qué venía esa costumbre de colgar en la tapia de un solar las jaulas de tus pajarillos y quedarte de pie «en su delante» como un pasmarote, mirando piar, pío perdido, a tus jilgueros, periquitos y canarios. Me parecía la actividad más estúpida del mundo. Aún sigo sin entenderlo demasiado, aunque encuentro fascinante que ese pasatiempo tan arraigado y masivo en Barberà continúe hoy más extendido que la práctica del ajedrez. Hay algo en ese hábito colectivo que me aterroriza, tiene un cuanto de culto pagano y de cuento de horror. Por eso cada vez que cruzo junto a una congregación de oidores de gorjeos, miro al suelo y aprieto el paso.

Un día acompañé al Paco al campo con sus pájaros. Venía con nosotros el Rafa, otro catalandaluz dicharachero pero más pueril, que terminaría sustituyéndome como inseparable del Paco. Ambos colgaron las jaulas en unas ramas y se sentaron a mirar cómo cantaban sus mascotas.

—Es que oír cantar a tus animalillos te da alegría —me insistía el Paco con la mayor naturalidad.

Y yo asentía y bajaba la cabeza como una esposa engañada que no logra dilucidar qué es lo que las otras dan a su consorte que no pueda darle ella… es decir, yo.

Y seguíamos sentados, porque no quedaba otra, a la sombra de la alameda en la carretera que se desviaba hasta la antigua casa del alcalde, muy cerca del bosque de Can Planas. Ellos relataban movidas y yo aguzaba el oído, más pendiente de las historias que de los piares: el Paco y el Rafa eran más espabilados que el Hernán, sabían más de la vida, tenían más calle.

Una tarde en la piscina municipal nos pusimos a discutir de chicas. Pero no, las chicas no nos gustaban todavía, ninguno podía admitir que le atrajeran. Era como reconocer una debilidad.

Esa tarde rechacé un millón de pesetas por no besarle el culo a una compañera de clase.

—Te doy un millón de pelas si le besas el culo a la Silvia —se reía el Paco, los tres de recochineo sobre una toalla.

—Puagggh —decía yo—. ¡Qué asco! Ni loco le beso el culo a la Silvia. Debe de oler fatal.

—¿Ni por dos millones? —apostillaba el Rafa.

—No, ni por diez. Eso es demasiado asqueroso.

Y los tres nos reíamos.

Lo que no se nos ocurrió entonces es que a lo mejor a la Silvia, la callada y cada día más guapa muchachita morena de la última fila de clase, no le hubiera apetecido que le besáramos el culo ¡ni por cien millones de pesetas! Y quizá hubiera considerado tal acción igual de repulsiva o más que desde nuestra perspectiva.

Las mujeres no solo representaban todavía un misterio para nosotros, sino uno cuya resolución aguardaba agazapada en una dimensión muy remota.

Mi primer amor

Creo que mi fijación por las mujeres latinoamericanas se la debo en gran medida a la tía Balbi.

Balbina era la «parienta rica», por así decirlo, de la rama familiar materna. No por millonaria: simplemente se había casado con un señor suizo y decente, que la trataba con devota consideración, y eso en nuestra familia era lo nunca visto. Vivía —vive— en una ciudad mediana cercana a Zürich llamada Landquart, y con el tiempo he llegado a la conclusión de que estuve enamorado de ella. De la manera descabellada y pura con que se puede enamorar un crío.

En la Asturias de mediados de siglo, mi madre y mi tía no supieron qué eran un par de zapatos comprados en una tienda hasta entrada la pubertad: todavía recuerdan su olor a nuevo. Por eso Balbi emigró a Europa Central muy jovencita, junto a su madre y su hermano, a ganarse el pan como tantos otros españoles de los años sesenta. A los trece pisó suelo suizo por vez primera y a los veintipocos se dejó seducir por un ingeniero educado y conservador llamado Gian y por la civilización helvética. Hoy Balbi es más suiza que los suizos, incapaz de improvisar el plan del día y demoledora si la contrarías en una expectativa. O si desplazas una silla de su salón cinco centímetros.

Ella encarnó mi primer ideal de feminidad sin yo saberlo. Mi embelesamiento cristalizó durante una de sus raras visitas peninsulares, siendo yo muy pequeño. Fuimos a recoger a mis tíos a Barcelona —viajamos en taxi, porque por aquel entonces papá no tenía coche— y durante el trayecto no le quité la vista de encima. A mis reojos de niño, Balbi semejaba una criatura de otra galaxia.

Pese a que decía echar de menos España, Balbi ya era una racionalista desacostumbrada a nuestra falta de vocación de servicio y a nuestra arrogancia iletrada. Lo miraba todo con un aire gélido

de esfinge. A mí me subyugaba. Mi metabolismo infantil percibió que su pulso latía más despacio, hecho a la serenidad de los helvecios y a su callada eficiencia. ¡Qué suntuosas auras las de Balbi y Gian! Tan chiquitajo, y ya me veía como un sobrino descarriado de la princesa Grace Kelly y Rainiero… Un Rainiero flacucho y una Grace Kelly amazónica.

De no conocerla, hoy su dermis canela me hubiera hecho creer que mi tía era sudamericana, aunque su talante altivo la remita a Egipto. Imposible, por tanto, no barajar la hipótesis de que Balbi sea una beldad mestiza que mi abuela concibió en inaudito adulterio con algún aventurero latino, un venezolano vivaz o un hondureño mañoso, un Rodolfo Valentino o un valiente golfo. No puedo creer que comparta genes con sus dos hermanos —también muy guapos, pero muy blancos de piel—, ¡y mucho menos conmigo!

El niño que se sabía todas las canciones mexicanas

Hasta que no cumplí al menos diez años de edad no escuché música que no fuera cantada en castellano, pues papá y mamá gustaban de consumir ritmos folclóricos procedentes de España y Latinoamérica. Y la política doméstica de mi padre pasaba por no permitir en nuestro piso ningún disco en lengua extranjera. De este modo, el pop y *rock* en inglés no penetraron las murallas de mi autárquico hogar durante toda mi infancia, salvo la filtración esporádica de alguna canción radiada de ABBA, alguna casete de Elvis Presley en la que también chapurreaba «Guadalajara» o algún videoclip de los Bee Gees asomando su falsete por nuestro televisor en blanco y negro.

Casi todas mis referencias musicales de los setenta pertenecían a tiempos muy pretéritos para un niño de esa década.

El estilo tradicional que reinaba en casa sin discusión era el de las mexicanadas. Mi padre se reputaba fan irredento de los corridos y no transcurría fin de semana sin que sonara en el tocadiscos un grandes éxitos de Jorge Negrete, Aceves Mejía o Antonio Aguilar. Mi oído se acostumbró enseguida a las tonadas con mariachi, pero no podía comentarlas con ningún amigo, para ellos eran una marcianada. Al parecer, en Barberà las canciones mexicanas solo las escuchaban los inmigrantes leoneses.

Negrete era el ídolo de mi padre y por tanto pasó a ser el mío cuando empecé a imitar sus gustos y a impostar conchabanzas adultas: la presencia del cantante, su voz de barítono y su chulería despectiva no daban lugar a dudas ni a sutilezas. Pronto aprendí que las mejores canciones del «macho de Guanajuato» se enclavaban en dos corrientes estilísticas muy marcadas, propias de los años cuarenta y los cincuenta, respectivamente: por una parte,

los corridos festivos que le confeccionaba el portentoso dúo formado por el compositor Manuel Cortázar y el letrista Ernesto Esperón, creadores de temas jaraneros de una riqueza instrumental embriagante; y por otra parte, los himnos al desamor de José Alfredo Jiménez, sin duda el mayor creador mexicano de estándares sentimentales, solo igualado treinta años después por su evolución lógica, el hoy también llorado hacedor de himnos gay Juan Gabriel.

Ese constituía todo mi bagaje musical a los diez años: en suma, una adoración por el folclore azteca que nadie de mi edad podía compartir y ni siquiera tratar de comprender. Por si fuera poco, la intérprete favorita de mi madre era Rocío Dúrcal, así que además teníamos cubierta la variante de madrileña-cantando-rancheras-con-dejo-andaluz.

Yo también adoraba a la Dúrcal.

El empollón de la clase

Todavía no sé si el niño reservado creó al empollón de la clase o el empollón de la clase creó al niño reservado.

Cada mañana mis compañeros y yo formábamos una disciplinada fila en el patio de Can Planas antes de entrar a las aulas, junto al resto de los cursos. Reconozco que me encantaba formar, porque a mis padres les gustaba el orden y cierta marcialidad ornamental. Y a mí no había nada que me gustara más que complacer a mis padres.

Pese a que las letras se me daban mucho mejor que las ciencias, también me lo pasaba bomba organizando batallas de números en clase de mates. Cogía cada ejercicio de cuentas por hacer y sumaba todas las cantidades, calculando cuántos pares e impares caían como resultado y qué modalidad ganaba.

Desde pequeñajo fui competitivo y un poco maniático de los pares. Hasta hoy me molesta si compro un disco que contiene once canciones en lugar de una cifra redonda, como diez o doce. Prefiero que todo encaje. Y eso siempre trae problemas en la vida real.

Yo por entonces tenía mis libros y con eso me consideraba acompañado… Mis libros y los suéteres y chaquetas de lana que me hacía mi madre. Una temporada llevé puesto un jersey que lucía una inmensa H granate en el pecho. Me sofocaba la vergüenza cada vez que vestía ese maldito jersey con mi inicial. Era como andar esgrimiendo por todo el colegio una bandera que rezara: «Por favor, apedreadme». Apedread a este «hidiota».

El idiota sacaba cada año sobresaliente como nota global porque estudiar para mí suponía el único estilo de vida concebible. El fracaso era una posibilidad inexistente. Aspiraba a ser el alumno más aplicado e irreprochable, no sentía empatía por nadie y tampoco demasiada por mí mismo.

El precio de mi autoexigencia consistió en tolerar las pesadillas

cada vez más recurrentes que me sobrevenían ante un trance muy específico: el trauma de ser evaluado periódicamente con un examen.

De manera progresiva, mi inconsciente generó infinidad de delirios nocturnos sobre controles escolares. La angustia diaria se filtraba en mis sueños y estos me mostraban quintuplicado mi terror a decepcionar a mis padres. Esas pesadillas acumuladas y la tensión del estudiante celoso de su deber me duraron hasta que abandoné la universidad y juré no volver a afrontar una prueba académica más. Y fueron, a falta de mejor explicación, el detonante del cortocircuito en forma de taquicardia radical que sufrí a los veintiún años.

Pero en EGB ni sospechaba que la dedicación absoluta al estudio pudiera acarrear ningún perjuicio. De hecho, para mí resultaba de lo más normal quedarme noches enteras en vela, memorizando el temario del examen que encararía al día siguiente, para llegada la mañana contestar la batería de preguntas sin un solo error y a continuación olvidar todo lo empollado, como un bulímico se deshace automáticamente de lo recién ingerido.

También era normal, por tanto, que un niño como yo despertara antipatía, incluso rabia, en otros alumnos. Dudo que de haberme conocido me hubiera caído bien a mí mismo. Yo simplemente trataba de no meterme con nadie y que el mundo me dejara tranquilo. Tenía mis amigos, claro: los chicos que juzgaba buenas personas.

Estaba el jocoso del Paco, que sacaba también notas óptimas. Y el David, que tenía una mancha de nacimiento en la mejilla y hablaba con una prudencia inusual por aquellos lares. Y el Yus, mi compañero de pupitre en quinto, hijo de extremeños y lo más parecido a un galán rural, honesto, cordial y ¡rubio! Y el Maclina, un flipado del sensacionalismo, perennemente obsesionado con los manuales de supervivencia. Y el Angelito, un chico huesudo y desgarbado y repeinado con raya, con unos ademanes de princesa que nos hacían mucha gracia. Y claro, siempre a nuestro lado, el mejor amigo, Carlitos Patata, el catalán-catalán.

De las niñas me acuerdo de la blanca Helena, con quien coincidí desde preescolar, modosa y ligada en mi memoria a un chubasquero rojo, encarnación primigenia del misterio femenino; la Aceituno, los ojos oliva y en su frasco pequeño el cascabeleo deslenguado del sur;

la Carmen, con cara de muñequita y un *sex appeal* en las pupilas que su hipermetropía solo contribuía a expandir, y que ya concentraba sobre ella las miradas más incorregibles del cole; o la Lidia, mi contraparte femenina en el arte de empollar y la primera en desarrollar un par de contundentes melones que alteraron a casi todos los polluelos de la clase… Pero yo, en ese aspecto, no me enteraba de nada.

Y también estaban los matones del colegio, que en un primer momento jugaron un papel aún más decisivo en mi vida.

El Enclenque y el Tiñoso

En 1979, Televisión Española empezó a emitir la serie de animación *Érase una vez el hombre*, una producción francesa que tenía por objeto la divulgación de la historia de la humanidad para un público infantil. En España no echaron el episodio dedicado a la conquista de América, porque al parecer su enfoque hería la sensibilidad patria sobre los motivos y métodos detrás de la colonización del lejano continente. Pero si saco a colación esta serie no es para atacar o defender la visión antiespañola que ofrece de la ocupación americana, sino porque sus dos villanos principales son el vivo retrato de los dos matones de Can Planas que me hicieron la vida imposible.

El Enclenque y el Tiñoso desempeñan el rol de malos oficiales en la serie de dibujos. El segundo es grandote y robusto, con apariencia de primate y mal humor de gorila, el rostro ancho y una superioridad física que le garantiza poder actuar a su antojo. El primero es pequeño y malicioso, de hombros estrechos y actitud intrigante: un correveidile del Tiñoso, su mano derecha y también seguramente la izquierda, su lacayo y secuaz, su Yago y su «ya llego», su bastón en el puño y nuestro puñal en la espalda, el miserable que hace el trabajo sucio y se regocija de la victoria del mal.

Así evoco exactamente al Trelles y al Bruno. El Trelles era un chulo ignorante que se aprovechaba de su estatura y su corpulencia, un matón de tres al cuarto. Solo tenía un año más que nosotros, pero aparentaba llevarnos cinco: nos sacaba una cabeza y varios bíceps. El Bruno, por su parte, era el cómplice leal en sus tropelías, el que le allanaba el terreno, el que se beneficiaba de la fuerza bruta del otro, el que se reía cínicamente del abuso de poder que ejercían sobre los demás.

No sé cuál de los dos me resultaba más infame. El Trelles

sorprendía a veces por sus rasgos apolíneos, de repente se traslucía bello más allá de su musculatura de abusón y su mirada negra; y el Bruno, con su risa de hiena, en otras ocasiones aparentaba cordialidad y bromeaba con todos y se nos ganaba cuando doblaba su párpado y lo dejaba vuelto un rato, mirándonos chancero.

Pero cuando estaban de malas revelaban su verdadero yo.

Ellos fueron mi primera experiencia con la cobardía de la masa. El primer ejemplo práctico de cómo dos tipos podían imponer excesos y maltratos sobre una mayoría que aceptaba su sometimiento sin rechistar.

Creo que nunca los perdonaré. A menudo he pensado en ellos y he intentado ponerme en paz con el recuerdo de ambos, relativizar y reducir su vil comportamiento a travesuras de chavales, a cosas de críos, al precio que un niño paga por salir al mundo y descubrir la dureza de la vida. Pero no puedo. Me ganan finalmente la impotencia y la indignación al desenterrar todo el dolor que me infligieron.

Por culpa de ellos no me gusta la gente. Desde entonces me considero ajeno al devenir de mi sociedad, porque no puedo sentir simpatía por una especie que desde su estructura organizativa más básica agacha la cabeza ante ejemplares de esa calaña. Los odio, los sigo odiando.

No odio al Trelles y al Bruno actuales. No deseo que les vaya mal. No les deseo la desgracia ni la muerte. Lo que son hoy no fue el motivo de mi sufrimiento.

Odio a los niños que fueron.

Historia de un cobarde

Me he negado a pasarle al Enclenque las respuestas del examen, y sé que eso tendrá un precio.

Cuando retas a un abusón, el miedo a su reacción agresiva es lo que le otorga el poder. Lo que establece y garantiza la impunidad del matón en la clase. Ese terror a la represalia que imaginamos es lo que nos vuelve obedientes ante el pie que nos aplasta con solo haberse levantado un centímetro del suelo.

No hacen falta grandes ostentaciones de violencia, solamente una alusión indirecta: en el Tiñoso la insinuación fatal podía ser un enarcamiento de ceja, una mirada despreciativa, un puño a la vista. En el Enclenque, una risotada incrédula, un insulto a bocajarro, un escupitajo a los pies.

Me he negado a soplarle las respuestas y sé que después de clase me dará una paliza. La imaginación y el miedo no se conforman con menos. Como la mayoría, yo también le tengo pavor al castigo físico, al dolor provocado por los golpes, por más que los propine un alfeñique empoderado. Y a la humillación que conlleva el que te hostien delante de tus iguales.

Estamos terminando el examen y el Enclenque está sentado justo detrás de mí. Como oleadas noto su odio, su furia al toparse con mi espalda por toda réplica a su exigencia de que le garabatee y facilite subrepticiamente las soluciones al examen. A su primera tentativa de susurrarme órdenes, le he mirado de soslayo y sacudido la cabeza deliberadamente: no, no te voy a ayudar.

Yo ejerzo ahora el pequeño poder de que dispongo: el poder del empollón. Yo sé cosas que ellos no saben y que necesitan redactar en esas hojas para aprobar el curso. Ese es mi pequeño poder. Y los matones odian que alguien más aparte de ellos ejerza otro poder, por minúsculo que sea, sin su consentimiento.

Por eso el Tiñoso y el Enclenque me odian. Por eso me la tienen

jurada, porque desde la atalaya de mis libros me meo en lo que ellos representan, como ellos se mean a veces, para hacerse los valientes, en las papeleras del cole. Y ellos sienten ese desaire mío, lo huelen en mi altanería, en mi mirada de repulsa silenciosa.

Percibo su respiración detrás. Está a mi acecho, no me extrañaría que me cayera de repente su puñetazo sobre la espalda, cuando la profe no esté mirando. Tengo la espalda contraída de pura aprensión y alarma.

En mi respaldo está colgada la chaqueta que me tejió mamá. Es una chaqueta de lana blanca un poco absurda, pero cumple su función contra el frío. Y ahora presenta una burda barrera contra mi enemigo: me escurro en la silla para que me haga de biombo.

Noto algún otro movimiento del Enclenque atrás y me temo lo peor, alguna colleja jodida o lapa a traición, un golpeteo a mansalva en los omoplatos. Me crispo de hombros por automatismo, pero no llega ningún manotazo ni coscorrón.

En lugar de eso oigo alguna risilla por los flancos, alguno de los niños más cobardicas, el Loren, que es un colaboracionista, o el Flapi, que es un dos caras, suelta un jiii ante lo que está presenciando. Algo pasa detrás de mí. Algo que está haciendo el Enclenque. Pero no me puedo volver descaradamente a mirarlo, ya no, ya sería mucha osadía. Así que aguanto rojo y concluyo el examen.

Al final de la clase, cuando tenemos que entregar el examen terminado y empezamos a recoger, me atrevo a echar una ojeada atrás, con disimulo y apariencia casual. El Enclenque me mira y sonríe rufián.

¿Qué ha hecho? No parece que haya hecho nada. Pero su sonrisa complacida no se aparta de mí, restregándomela como si ya se hubiese vengado.

Me inclino a recoger la chaqueta para ponérmela de una revolada y abandonar el aula remolcando mi cartera, siempre demasiado pesada, antes de que el Enclenque entregue su examen y le dé tiempo a perseguirme y partirme el alma a guantazos, antes que me acorrale contra un rincón del pasillo y se vengue a leñazos y patadas. Pero mi mano al agarrar la chaqueta palpa algo húmedo en la lana…

Entonces veo la sustancia viscosa y verde y entiendo. Retiro la

mano sucia pero ya es demasiado tarde: ya la mayoría de la clase se está riendo.

Enclenque ha cubierto mi chaqueta con sus mocos y su flema. Me enciendo de ira, no sé cómo reaccionar. Quiero llorar, pero no puedo llorar delante de los demás. Ya lloraré cuando llegue a casa.

Y luego me pondré a leer alguna novela para seguir huyendo de Barberà.

La ley del silencio

Mi último enfrentamiento con el Tiñoso fue muy sonado, porque sucedió a la vista de todos los habituales en la plaza de la Unidad. Y tal vez significó el fracaso más clamoroso de mi primera infancia.

Un resplandeciente mediodía organicé un partido de béisbol en la explanada del parque frente a mi casa. Cada verano se ponía de moda un juego distinto en la plaza: una temporada eran las canicas, otra las competiciones de limas, otra el lanzamiento de peonzas, y otra, irremediablemente, el béisbol jugado a nuestra manera… El niño poseedor del inmenso tesoro que suponía entonces una pelota de tenis, se erigía en organizador del juego y seleccionaba a sus integrantes. Quien podía aportaba algún bate de confección casera: el mío me lo había tallado mi abuelo y era corto y rectangular —en mis fantasías sin rigor histórico evocaba alguna reliquia copta—, y lo empuñaba con la misma solemnidad que un cetro de mando. Aquel día habíamos formado dos equipos improvisados de ocho o diez chavales en total.

Entonces, con la partida ya avanzada, apareció en escena el chulo del vecindario, el diabólico Tiñoso. Nos echamos a temblar, porque cada vez que él se metía en un juego, lo echaba a perder: no tardaba en imponer su ley y sus reglas y obviamente ganaba siempre porque ninguno se aventuraba a cuestionar su inescrupuloso método, a riesgo de recibir un sopapo o esa mirada de asesino con la que nos sometía.

Yo seguía siendo el empollón oficial de la clase, así que él me guardaba especial inquina, porque pese a todo continuaba rebelándome contra su opresión y la de su pelotón de abusicas. Pero solamente me atrevía a llegar hasta el enfrentamiento verbal. Cuando se me acercaba y apretaba sus puños morenos, me veía forzado a recular, tembloroso, y en conclusión volvía a refugiar mi cobardía en los libros. El resto de la clase agachaba la cabeza desde

un principio.

Ese mediodía se presentó en la plaza garboso y chulesco, como de costumbre. Y, tal como temíamos, le faltó tiempo para autoinvitarse al partido.

—¡Venga, con quién voy! —Proclamó por todo saludo.

Me mordí los labios, sabiendo lo que se me venía encima… Aspiré hondo y al fin me adelanté en el grupo, con la intención de exponer claramente mi consigna, una consigna que yo creía que los demás compartían conmigo, mientras trataba de que esta vez no me temblara la voz, de que esta vez no me temblara nada:

—No… no puedes jugar.

Desconcertado ante mi inesperada resistencia a su despotismo, el Tiñoso me miró extrañado y casi divertido, como a un insecto exótico un segundo antes de aplastarlo con la suela.

—¿Quién dice que no puedo jugar? ¿Tú?

—Sí, yo mando en el juego y no quiero que entres.

—¿La pelota de quién es?

—La pelota es mía, y por eso decido.

Esta vez retrocedió él. No había calculado que yo me viese capaz de presentar esa decidida oposición. Mi maniobra le obligaba a usar la cabeza y yo estaba razonablemente seguro de que, en el uso de la cabeza, el Tiñoso no era rival para mí.

Por un precioso momento creí que le vencería. Se revolvió enfurruñado, indeciso, como un líder de la manada que quiere evitar la confrontación a la luz del día o mostrar su debilidad ante los otros chicos: nadie le quitaba ojo de encima, aguardando su reacción, temiendo su agresividad, siempre a flor de piel. Todos sudábamos, todos estábamos inmóviles esperando: todos pensábamos que o me soltaba un hostión y santas pascuas o no tendría otra opción que aceptar el enroque y largarse con viento fresco a abusar de otros niños más apocados.

Sus ojos nos repasaron con desprecio, aclimatándose a una imprevista derrota… y finalmente se posaron en el suelo. Una luz triunfal asomó a ellos. Se inclinó y agarró algo con su manaza.

—¿Esta pelota de quién es?

El Chavi o el Morcu o el Chumi tardó en contestar. Quienquiera que fuese el humilde propietario de esa pelotita de tenis que el Tiñoso exhibía en sus dedotes roñosos debió de agachar la cabeza,

como terminábamos haciendo todos, antes de guturar:

—M-mía.

No recuerdo quién fue el que respondió. Tampoco importa demasiado. Lo que sí recuerdo es la celeridad con que el matón se apropió entonces del escenario y nos anunció su victoria, recuperando su aplomo impune.

Señaló al dueño de la pelota y dictaminó sin pausa ni vacilación:

—Vale, pues jugamos con tu pelota. Hay suficientes bates. Ahora organizo el juego yo.

Difícil también olvidar cómo se volvió hacia mí, como un monstruo liberado de sus ataduras, y me gritó con voz ronca, arrolladora:

—¡Y, ahora, tú no juegas! ¡¡¡TE VAS A LA MIERDA!!!

Miré a los demás, a mis amigos y compañeros. Busqué miradas de apoyo, de valentía, de resistencia. Éramos felices jugando con reglas justas, convenidas en conjunto, seguramente alguien daría un paso al frente y le plantaría cara conmigo. Mis padres me habían enseñado que había que actuar con nobleza en cualquier situación, por peliaguda y riesgosa que se plantease. Que nunca había que rendir la cabeza ante un atropello, y mucho menos ser cómplice de un comportamiento mezquino. ¿Dónde estaban los que darían un paso adelante y apoyarían a ese Espartaco dióptrico, alzándose contra el opresor?

Todos bajaron los ojos y callaron.

Enrojecí de rabia, tal vez se me saltaron las lágrimas. Era lo de siempre. Nadie movió un dedo. Recogí mi bate, mi pelota y mi humillación del suelo y me fui a casa. El Tiñoso se carcajeó y de inmediato siguió profiriendo órdenes con su voz de bruto.

Desde la ventana de la salita podía verlos jugar el nuevo partido y los odié a todos.

A él, al que menos.

Más bruto que un Migoya

—¡A ver si cierras la puerta al entrar, mariconazo!

He ido posponiendo el capítulo dedicado a mi tío materno, Jose.

Creo que inconscientemente lo he relegado porque me cuesta explicar cómo una persona tan bestia y aparentemente insociable —desmedida incluso para el rasero de la rama migoyana— podía ser también alguien tan querido. Ni mi madre le entendía en sus últimos tiempos. Yo nunca dudé de la bondad de su hermano, pero es cierto, podía comportarse como un impertinente del demonio. En pocas palabras y siguiendo la sabiduría popular, era un tío que no se aguantaba a sí mismo de la mala leche que gastaba.

La primera frase que he escrito podría ejemplificar una de sus fórmulas de bienvenida para cualquiera que tomara la loca decisión de meterse en el barcito que Jose regentó durante bastantes años en Zaragoza. Su maltrato verbal, ya fuera dirigido a los que venían de paso, a la clientela fija o a sus propios familiares, manaba sin interrupción. Siempre pensé que se trataba de una espita para su ira innata, la receta que él mismo se aplicaba para desinflar su apabullante temperamento.

En los primeros años ochenta nos visitó más de una vez con mi tía Mari y mis primos David y Manuel, las versiones angelicales de Jean y Nanín. Mari era la mujer más guapa de España, de eso no cabía duda: una Sisí aragonesa. De pelo miel y ojos verdísimos, parecía una condesa a la que, tras abrir la portezuela de la diligencia, uno ya no se atreviera a desvalijar a punta de trabuco. Era la Princesa despojada del derecho al trono por haberse casado con la Bestia. Su única hija, Bea, heredó su gracia esmeralda.

Jose y Mari formaban una pareja perfecta y muy moderna, pese a la coincidencia bíblica de sus nombres. Mi tío ya hacía gala por aquel entonces de un mal genio proverbial, pero yo estaba acostumbrado a papá, no me resultaba difícil comprender que Jose

actuaba así como estratagema para disimular su timidez, su estupor ante el mundo. Tal vez se debiera también a algún golpe recibido en la infancia. En su actitud se adivinaba el forcejeo de una inocencia aplastada y moribunda. Aunque, a decir verdad, él siempre defendió la memoria de su padre. En cualquier caso, amaba a rabiar a sus hijos y conmigo siempre fue tierno y considerado.

Sin embargo, con Martina y Balbi se llevó cada año un poquito peor: él también había emigrado bien mozo a Suiza —de hecho, partió como avanzadilla familiar a los diecisiete años sin ninguna garantía laboral y poco más tarde ya había hallado empleo para Juana y su hija menor—, pero saturado de mentalidades cuadriculadas regresó enseguida y se instaló en Zaragoza tras casarse con la hermana de un compañero emigrante; hasta que no me hice adulto, no comprendí que la relación con sus propias hermanas renqueaba lo suyo, lastrada por continuos desencuentros y torpezas.

Era un fumador compulsivo y en sus últimos lustros vivió un rosario de ingresos hospitalarios, recaídas y dolencias crónicas, por lo que su humor se tornó más y más agrio. Se quejaba de todas las comidas en cualquier restaurante, insultaba a troche y moche por capricho, y sobre todo, usaba la agresividad verbal para poner a prueba a su círculo íntimo, tomándola siempre con la persona más frágil, que solía ser mamá.

Mi madre, delicada y susceptible, encajaba cada vez con menor templanza los reniegos de mi tío. En las reuniones más recientes, no aguantaba ni un asalto de su escalada de provocaciones, que con ella como diana llegaban al ensañamiento… porque su hermano la sabía débil. Quizá porque con el tiempo ya no estaba para sutilezas o gastaba menos paciencia con los suyos tras haberse tragado mil veces el orgullo ante sus suegros, mi madre se fue hartando de los ataques de Jose y llegó a desear no coincidir nunca más con él.

Yo sabía que en cuanto le plantabas cara y te reías de sus retahílas de sapos y culebras, Jose se calmaba y te trataba con normalidad, incluso con afecto. Pero mamá era incapaz de pillar distancia, desmarcarse del exabrupto literal y mandarle a freír espárragos, táctica que él hubiera aplaudido porque quizá en el bárbaro código de su tiempo y estirpe suponía el único modo de sobrevivir. Martina no atinó a ver al niño herido dentro de Jose y él

tampoco le permitió que lo viera.

Al final de lo que dio de sí su cuerda, justo antes de ser desahuciado del hospital a los sesenta y tantos por su vigésimo cáncer, mi madre pudo despedirse de él al pie de su cama prestada. Jose le pidió perdón. Era perfectamente consciente de que se había pasado con ella tres pueblos y varias pedanías durante demasiados años.

—Perdóname, Marti.

Mi madre le dijo que no se preocupara. Con lágrimas en los ojos. Que sabía que en el fondo era muy bueno. Y no supo qué más decirle.

Yo no estaba, ella me lo contó. También me explicó que entonces fue papá el que se adelantó inéditamente y, arrimándose a Jose, le posó una mano sobre el hombro. Y con los ojos arrasados, le dijo:

—Te queremos, Jose, te queremos.

Dudo que mi padre le haya dicho a ningún miembro de su familia carnal esas sencillas palabras. Tal vez se identificaba con Jose más de lo que deseaba.

Yo también quise a mi tío, porque él no sabía comunicarse de un modo que no resultara hiriente y ofensivo para casi todos, pero no lo hacía por maldad.

Lo sé porque llevo su sangre.

El asesinato de mi infancia

—Tenemos que volver, ¿verdad?

Estoy sentada en un banco de piedra blanca, sólida, rugosa y rectangular, en el parque donde está el piso de Jose y su hermanito. Hace sol y los niños juegan al fútbol y a las canicas. Unas niñas se persiguen unas a otras. Las madres están sentadas también en los bancos, charlando juntas y balanceando carricoches. Los padres están metidos en los bares, no les importa el sol, y sus vozarrones y carcajadas nos llegan mientras celebran con cerveza lo mucho que saben de fútbol.

—Por eso te he llamado.

Jose está sentado conmigo sobre el respaldo del banco, se está más cómodo así. El pequeño, Nanín, está sentado abajo y no nos hace mucho caso. Se queda mirando a las niñas corriendo. Parece que a él le gustaría correr también ahora, pero su hermano debe de haberle dicho que se quede con nosotros.

—Mi mamá está enferma y mi mejor amiga me ha atacado. ¿Qué os ha pasado a vosotros?

Jose agacha la cabeza. Es un chico muy tímido.

—Desde que fuimos a la cueva todo va mal. Nuestros papás discuten mucho. Y más cosas raras.

Un perro vagabundo se para frente a nuestro banco. Es grande y peludo, pero está muy flaco. Lleva meses sin que nadie le lave. El hocico sucio y el pelo despeinado en mechones secos y oscuros. Nos mira desconfiado, pero con ganas de que alguien lo acaricie. El pequeño se fija en él y se levanta.

—Nanín, déjalo, no lo toques. No es de nadie y te puede atacar.

El perro mira a Jose. Sabe que habla de él. Agacha también la cabeza y se aleja, pobrecito. También es tímido. Igual se da miedo a sí mismo.

—¿Y qué haremos cuando volvamos a verlo?

Nadie dice nada. Jose me mira, asustado.

—Tenemos que decirle que nos deje en paz. O matarlo.

—Mira, Tete.

Las niñas se han acercado al perro. Son tres, como nosotros, dos niñas grandes y una pequeñita, parece la hermana de una de ellas. Tienen el pelo marrón y largo, y los vestidos apegotados de jugar en la fuente y en la arena. La pequeña lleva gafitas que parecen de juguete. Se acerca al perro con la mano extendida. De vez en cuando se vuelve hacia las otras dos niñas, como buscando su aprobación para seguir adelante. Las otras dos se han quedado a una distancia más segura, son mayores pero en vez de ser más valientes se han vuelto más desconfiadas. O saben más el riesgo que corren.

El perro se vuelve también desconfiado y gruñendo y la niña sonríe histérica, se ha asustado.

—¿Y cómo se supone que vamos a matarlo?

—No lo sé. Pero si lo matamos todo volverá a ser como antes.

—¡Mira, Tete!

El perro se ha revuelto y ha mordido a la niña en la mano. La cría comienza a llorar agitando la mano en el aire, para aplacar el dolor o para que todo el mundo la vea. La mano está sangrando mucho. Las madres se levantan asustadas y corren a llevarse a sus niños. La hermana y la otra niña también lloran. El perro se aleja unos metros ante tanto barullo y se para un poco más allá, mirando el jaleo humano sin entender demasiado.

—Es la hija de nuestro vecino de arriba. La madre no está.

Algunas madres rodean a las crías y le inspeccionan la mano a la pequeña. La palabra rabia rebota varias veces contra ella, aunque el perro se ve muy mansito. Un tipo muy moreno aparece a la salida del bar que queda más cerca. Lleva una mano en el bolsillo y con la otra fuma un cigarrillo, parece satisfecho de lo que ha tomado dentro. Entonces se fija en el grupo de gente y corre hacia el parque, sin tirar el cigarrillo de sus labios.

—Ese es el padre.

El hombre se arrodilla junto a su hija y pregunta qué ha pasado. Las mujeres le informan a la vez y los brazos suben y bajan señalando al perro, que ya se ha distraído y ahora olisquea unos hierbajos en un rincón, buscando comida, supongo, no será tan

bobo para distraerse ahora con un meado. El hombre observa la mano herida de su niña y se levanta muy sereno, como si no hubiera bebido nada en el bar. No vuelve a mirar a la hija y echa a caminar en dirección al perro.

Va muy tranquilo. No sé qué quiere hacer.

—¿Qué va a hacer?

—No tengo ni idea.

El hombre sabe perfectamente lo que va a hacer. Se acerca muy decidido al perro, pero muy normal, muy sereno, sin odio en los ojos, sin enfado ni pasión. El perro le ve venir, pero no huye, porque lo ve tranquilo. Incluso al final se le acerca unos pasos, manso, por si le trae comida. El hombre se agacha frente al perro y le coge una pata delantera, luego de la otra. El perro empieza a ladrar, intentando atacar, pero está demasiado sorprendido y el hombre no le deja tiempo para reaccionar. Lo levanta por las patas, lo hace girar por el aire y golpea su lomo contra el respaldo rectangular de un banco. Un banco exacto al nuestro, de piedra blanca, sólida, rugosa y rectangular. El perro se queja casi sin querer, solo del golpe que le expulsa todo el aire de dentro. El hombre le vuelve a lanzar por el aire y a golpear el cuerpo contra el banco, sin soltar sus patas. Otro quejido. Otra voltereta. Otro quejido. La cuarta vez que lo levanta y lo golpea contra el banco ya no suena nada, un acordeón desbaratado. Lo vuelve a golpear una quinta. Luego lo arrastra por el suelo, el animal ya obediente, el hombre andando aún muy tranquilo, hasta el contenedor de una esquina del parque, y levantándolo de las dos patas de nuevo tira al perro muerto dentro del contenedor, como un muñeco roto, la lengua rosa etiqueta de peluche, como un muñeco muerto que hace ¡plof!

Fragmento de mi novela *Observamos cómo cae Octavio*, de 2005. La narradora es inventada, Jose es mi hermano y Nanín soy yo. Ocurrió en la plaza de la Unidad de Barberà del Vallès.

Lo vi todo a unos escasos diez metros, con los ojos de un niño de diez años escasos.

Ya no me atrevo a revisitar el episodio y ponerlo por escrito de nuevo. Prefiero que quede consignado así, envuelto en el hojaldre de una fantasía, semiahogado en las ambiguas aguas de una ficción

que siembre la duda en ti, y con el tiempo tal vez en mí mismo, sobre si aquello realmente sucedió.

Se lo merece

No recuerdo la inauguración del Baricentro ni sabría decir cómo transcurrió el día que me estrené como visitante. Mi primera memoria de aquella gran superficie en pleno funcionamiento se resume en que allí dentro conocí a mi primer famoso. Se trata, por tanto, de una reminiscencia feliz y del inicio de mi idilio incondicional con los centros comerciales.

Sí recuerdo ir caminando de la mano de mi madre, fascinado por aquellos amplios corredores y peceras tubulares, los escaparates abarrotados y multitud de tonalidades asaltándonos a cada volteo de cara. Sí recuerdo la sensación de que aquel sitio estaba LLENO DE COSAS NUEVAS Y CHULAS. Maná para los ojos de un crío de extrarradio que no supo qué demonios era un desodorante hasta el final de la adolescencia.

El Baricentro suponía, sencillamente, el mejor lugar de esparcimiento que nadie podía proponer a niños y mayores. Había de todo: tiendas de ropa, de discos, librerías, electrodomésticos, zapaterías, ¡máquinas de videojuegos! Por no hablar del hipermercado Continente, con sus hileras infinitas de alimentos.

En el Continente, vi por primera vez en persona a alguien que solo había visto a través de un televisor.

De muy pequeño, pensaba que los locutores y personajes de la televisión te veían lo mismo que tú les veías a ellos, como si estuvieran asomados a una ventana. Resultaba de lo más común que mis padres me encontraran tirado en el suelo mirando hacia la pantalla, algo atribulado, creyendo que el señor de las noticias me podría reprender por no sentarme como era debido mientras él hablaba. Como en *El televisor* de Chicho Ibáñez Serrador, un episodio de la serie *Historias para no dormir* que despertó el pánico en mí de chaval, yo también tenía la convicción de que los indios y vaqueros podrían escaparse de su barrera de cristal para

acribillar a balas y flechazos a los incautos telespectadores.

Fue precisamente a un famoso del entorno de Ibáñez Serrador al que contemplé en carne y hueso aquella mañana sabatina en el Baricentro. Se trataba de Joe Rígoli, actor y comediante argentino que había alcanzado notable popularidad en la España del posfranquismo y la Transición, gracias a interpretar para la tele personajes bufos de su invención, como un tal Felipito Tacatún. Lo de Felipito Tacatún lo rescato aquí como un nombre familiar de la infancia, pero no sé más de su marchamo. Yo lo que recuerdo de Rígoli son sus intervenciones humorísticas hacia 1981 en la actualización a color del concurso de Chicho, el emblemático *Un, dos, tres… responda otra vez*. Ese mismo año nos enteramos de que ofrecía una actuación en el Baricentro y por eso mi madre me llevó.

El escenario consistía en un tablado de unos nueve metros cuadrados que más bien parecía un fortín improvisado de retorcida fantasía, porque lo cercaban mostradores repletos con bolsas apiladas de cruasanes, nuestra versión hortera en tiempos de paz y prosperidad del parapeto formado por sacos de arpillera en tiempos de guerra.

Sí, Joe Rígoli era de verdad y le habían contratado para contar unos cuantos chistes y sortear unos cuantos cruasanes entre unas cuantas señoras… Yo estaba alucinado, pero no por los cruasanes, sino por Joe… ¡El tipo existía!

Mi fascinación con la fama comenzó aquel día. Si un sujeto como ese, que contaba chistes malos y era más feo que Picio, podía estar subido ahí arriba siendo objeto de fervor por parte de todas las damas de mi estrato social, ¡¿qué gloria no me esperaría a mí, que iba a ser el mejor escritor del mundo?!

No retuve la mecánica exacta del sorteo, solo sé que a nosotros no nos tocó nada y que no me importó. Lo que sí me quedó inserto hasta el tuétano fue un particular registro sonoro de aquel acontecimiento. La música de fondo con que Joe entregaba cada bolsa de cruasanes era la misma sintonía que acompañaba sus números en el *Un, dos, tres*, una festiva grabación que entraba a todo volumen con un coro femenino cantando desatado: «¡Se lo merece! ¡Se lo merece!».

Y todos seguíamos la tonadilla con palmas y ladeos de cabeza, niños y madres y algún señor mayor.

Joe ponía cara de disfrutar aquella pantomima y, para un chiquillo como yo, resultaba todavía imposible concebir que aquel hombre tuviera su sentido del tedio y del ridículo.

Yo en ese entonces solo pensaba: «Qué suerte ser famoso… Yo también me lo merezco. ¡Me lo merezco!».

Segunda parte

Alba

Toca relatar otra manida historia sobre el descubrimiento del amor y el desamor.

Tópico número uno: me enamoré de la chica nueva de la clase.

La entrada de Alba en nuestro curso del Can Planas me impresionó. De hecho, creo que impresionó a todos los niños presentes. Estábamos en quinto de EGB y quien la introdujo en el aula fue nuestro tutor, el Vicente, un señor bigotudo, calvo y cincuentón con traje gris verdoso, idéntico de nombre y facha al Superintendente de *Mortadelo y Filemón*.

Alba irrumpió ante nuestros pupitres como una princesa de película. La piel muy blanca, los labios frambuesa, ojos verdigrises, cabello rubio, ceniciento y lacio como el de las heroínas de las series extranjeras, un poco Inma de Santis, otro poco Sigrid de Thule… Era injuriosa tanta belleza envuelta en un halo de santidad. Nos percatamos enseguida de lo especial de esa niña. Y a todos los chicos se nos notó por cómo lo camuflamos.

Yo me esforcé más que nadie, pero al cabo de una semana no hacía más que pensar en ella. Y lo tuve peor que cualquier otro para dejar de lado mi obsesión, porque el día que la conocimos volví a encontrármela de regreso a casa… ¡en el mismísimo rellano frente a la puerta de la vecina, sonriéndome como si me esperara!

La vecina, una señora gorda y catalana-catalana llamada Ramona, muy quejumbrosa y encantadora, había acordado con los padres de Alba, una familia adinerada de Sabadell, que diariamente se encargaría de recoger a la niña del colegio y cuidarla hasta que, al anochecer, pasaran a llevársela. Aquello ya me pareció un artificioso complot, una retorcida solución de folletín, como si a Dios no se le hubiera ocurrido otra manera más rebuscada de hacerme sufrir que colocar a la causa de mis suspiros a cinco metros de mi morada, en el piso de enfrente, para que no pudiera

quitármela de la cabeza en todo el día.

Tampoco podía por las noches.

Acostado en la cama, abrazaba mi almohada imaginando que se trataba de Alba. Con once años tampoco podía imaginar que hacía mucho más que abrazarla. Pensar en ella desataba en mí todo tipo de inesperadas ternuras.

Lo más sorprendente de aquel primer enamoramiento fue que nunca, en ningún pico de devoción solitaria, albergué la ilusión de que la niña nueva de clase pudiera corresponderme. Desde el principio mi amor estuvo destinado al fracaso: sabía que ella jamás se fijaría en ese muchacho asustado y de piel grasienta. Dudo que la causante real de mi abatimiento fuese ella. Yo sentía que en el fondo algo no funcionaba correctamente en mí. Y que tampoco tenía ni idea de cómo funcionaba el mundo. Que era un niño con tara para un ser mágico.

Estaba condenado a adorarla en silencio y a ejercer de Bécquer de pacotilla en torno a su sombra. Ni siquiera me figuré que pudiéramos hacernos amigos. Yo no sabía ser amigo de ninguna chica, no las entendía, ignoraba qué demonios pretendían, así que cómo iba a acercarme a ella y proponerle amistad.

Cada vez que la veía en la escalera de mi edificio me ponía a temblar. Cada vez que la veía en clase o en la media hora del recreo hacía un esfuerzo titánico por ignorarla y que ella se diera cuenta.

Todos en nuestra aula tenían clarísimo que ella pasaba de mí y que yo, en consonancia, la despreciaba manifiestamente.

En un documental que vi hace años sobre un escritor llamado Julio Cortázar, este explicaba cómo la mayor herida abierta que le había tocado soportar fue una infligida durante la niñez, el día que su madre no se creyó que él era el autor de un cuento con el que había ganado un concurso escolar. Que su madre desconfiara no ya de su talento, sino de su sinceridad, fue algo que marcó al pobre Julito y tal vez le convirtió en el mito que es.

Curiosamente, mi caso resulta similar, aunque ese trauma haya supuesto para mí una fuente mayor de miserias que de glorias literarias… y lo haya debido compensar en paralelo con una enjundiosa carrera criminal y delictiva. Mi madre me traicionó en lo más sagrado que yo atesoraba entonces, que era mi amor por Alba. Y esa traición me pilló por sorpresa.

Habían transcurrido meses desde la llegada de Alba al Can Planas y yo me había mantenido firme en mi aparente desprecio a su divinidad. Sin embargo, muchos otros alumnos veneraban sus cualidades y ella se había erigido en líder natural de sus compañeras.

Una tarde, en la plaza de la Unidad, me senté sobre el respaldo de un banco a matar el rato. A mi lado estaba el Julianín, un chico maño al que llamábamos con ese diminutivo porque él era diminuto, muy pequeñín incluso para nuestra edad. De repente, Alba pasó trotando frente a nuestros ojos, seguida por una cohorte de amigas y admiradoras, jugando al corre que te pillo o al escondite, que eran, respectivamente, el juego al que me hubiera gustado jugar con ella y el que en verdad practicaba en su presencia.

Recuerdo la rugosa textura de aquel banco de piedra y la luz anaranjada que inundaba la plaza cuando se ponía el sol, pero no el motivo que me llevó a confesar al Julianín, a la quinta pasada rasante de Alba y sus sacerdotisas, que yo la quería. Así, con esas palabras: «La quiero». Como un niño idiota y baboso que cavara su perdición.

Al minuto siguiente el que corría era yo. Y es que al Julianín se le iluminaron los ojos en cuanto le descubrí mi secreto.

—¡Se lo voy a decir a la Alba, se lo voy a decir!

—¡No, no se lo digas o te mato!

Pero tan pronto confirmé que el Julianín se acercaba hacia Alba al galope con intenciones obvias, salí escopeteado de puro terror desde mi banco hasta el otro extremo del parque. Y, evidentemente, en cuanto Alba oyó lo que el Julianín —¡Dios lo encoja en su gloria! — tenía que chivarle, reunió a sus amiguitas y arrancó a su vez en mi busca. Eché mano al recurso de los cobardes: volví a correr a toda pastilla, efectuando un rodeo a la plaza hasta meterme en casa, a resguardo de sus risas y dedos acusadores.

Meses después, otra tarde común y anodina me hallaba solo en el piso tras volver de la escuela. Mi madre había salido a comprar y mi padre no se presentaría hasta la noche, ahora trabajaba en un taller de Barcelona-Barcelona. Fui a picar algo a la cocina y, al pasar por delante del recibidor, un objeto en el suelo llamó mi atención: un sobrecito blanco y bien cerrado que alguien había

deslizado bajo la puerta.

En él estaba escrito mi nombre, con una letra grande y femenina. El remite anónimo lucía plagado de corazones rotulados en tinta roja. El mío empezó a timbalearme en el pecho. Intuyendo de qué se trataba, me encerré en el lavabo y me senté en una banqueta mientras rasgaba el sobre. Los dedos temblorosos, el aliento atorado, los latidos en mis labios entreabiertos.

Dentro había una sencilla postal, pero eso sí, rebosante de más corazoncitos, una escuadrilla escarlata que se expandía como murciélagos sedientos de cariño. Y en el centro, una declaración de amor: «Hola, Hernán, soy Alba y estoy locamente enamorada de ti. Te quiero, te quiero, te quiero».

Tal vez eso de te quiero lo decía solamente una vez, pero en mi cabeza lo escuché repetido hasta la saciedad: ¡ME QUIERE, ME QUIERE, ME QUIERE!

Me entregué un rato a cierta dramatización romántica: ensayé escorzos frente al espejo, los ojos humedecidos, pensando lo increíble que era que ella sintiera lo mismo por mí. ¡Qué maravilloso, nada mejor me podía suceder en la vida! Espejito, espejito, ¿quién es el niño más feliz de toda Barberà?

La burbuja duró cinco minutos. Diez, a lo sumo.

Así seguía, refocilándome en mi dicha, cuando oí abrirse la puerta principal y que un vendaval de animadas conversaciones se desencadenaba a la entrada. Reconocí la voz de mi madre. Reía y otras voces celebraban sus frases. ¿Me estaba llamando?

Me sequé los ojos, destrabé la puerta del lavabo y acudí a su encuentro, tratando de asumir en ese breve recorrido una desenvuelta despreocupación para que no se me notara demasiado mi nuevo yo. La risa de mi madre resonaba por encima de las otras, al parecer ese día los dos teníamos motivos para estar radiantes. ¡Qué alegría, a ella también le debían de haber comunicado muy buenas noticias!

En cuanto salí al recibidor vi a mamá, a la vecina Ramona ¡y a Alba! contemplándome sonrientes, como si acabaran de cometer una travesura las tres juntas. Una travesura contra mí… Mi yo de siempre, mi anciano yo en un cuerpo puro y sin cicatrices, presintió la magnitud de la tragedia.

No retengo las expresiones de la Ramona ni de Alba, que a fin de

cuentas fue quien me rompió el corazón. Pero sí conservo en algún pliegue de mi pesimismo crónico la risa incontenible de mi madre al verme aparecer.

Mi madre burlándose de mi corazón roto… No, imposible, no puede ser…

Pero sí sucedió.

Mamá me falló. Por primera y única vez.

Si siempre hay una génesis del monstruo, ¿cuál si no esta?

Maquinitas

Mi madre y yo tomábamos el bus que salía de Barberà en dirección a Cerdanyola y nos bajábamos frente al Baricentro.

Mamá me dejaba meter una moneda de veinticinco en el candado de un carrito para liberarlo de la manada del aparcamiento y, acto seguido, nos adentrábamos en esos pasillos siempre aireados, flanqueados de mil y una fecundas tiendas. Me fascinaban en especial las dedicadas a útiles fotográficos, sus escaparates sembrados de despampanantes modelos recortadas en perecible papel cuché de la revista *Hola* o el *Semana* y enmarcadas en metales grises o dorados. Me pasaba admirándolas un buen rato, preguntándome siempre por qué alguien querría comprar imágenes de esas chicas, muchas veces maniquíes desconocidas. Tardé años en darme cuenta de que lo que estaba a la venta era el marco.

La planta superior del Baricentro me gustaba porque respondía al esquema de un lujo protoburgués de periferia al que no estaba acostumbrado. Visitar sus variados establecimientos era como si unos primos ricos nos permitieran pasear por los salones de su hacienda en «San Quirico».

Ciertamente podía deambular por alguna zapatería y flirtear con la idea de pillarme unas bambas, pero la mayoría de esas mañanas acabábamos en la planta baja, incorporándonos sin queja al flujo de matrimonios con carritos que acudían cada semana al hipermercado Continente. Éramos Jean y yo los que acompañábamos a mi madre casi siempre.

A menudo aguardaba en el pasillo, frente a las cajas, a que mi madre terminara la selección de provisiones. Me sentaba, obediente, en el sardinel de un parterre artificial y observaba los acuarios que se cernían sobre mí, gigantescas columnas de cristal que encerraban toda suerte de peces y animales subacuáticos, como si me encontrara en la sala de espera de un Nautilus de ocasión. Sin

embargo, lo que a mí me motivaba quedaba arriba, en la sección de las maquinitas…

En aquellos primeros ochenta, no había nada que admirara más que a un jugador de videojuegos diestro. Y es que yo era un auténtico inepto. Mi sentido de la coordinación resultaba nefasto y albergaba hacia cualquier aparato electrónico la misma desconfianza y terror que Conan el Bárbaro hacia la magia.

No me decidía a jugar casi nunca, temeroso de mi torpeza y falta de reflejos. Cierto es que tampoco poseía una mísera moneda que desperdiciar en una partida… Y de haberla tenido, me hubiera asaltado enseguida el remordimiento, por derrocharla en tan frívola y «viciosa» actividad.

¡Pero qué alucine mirar cómo jugaban los demás! Años antes de descubrir las tentaciones del erotismo gráfico, fueron las *arcades* de videojuegos las que me convirtieron en un mirón de tomo y lomo. Y el Baricentro presentaba una ocasión idónea para contemplar esos juegos virtuales y a esos chavales que, aferrados a una palanca, superaban todas las pruebas y pantallas que se les ponían por delante. Mi capacidad de maravilla y entusiasmo como único espectador de sus hazañas valía la de toda una entregada platea.

El catálogo de máquinas en la galería del Baricentro era tremendo. Primero, la de la supernave en el espacio, que consistía en un mero triangulito con láser presto a destrozar meteoritos poligonales; segundo, el Comecocos, que me estresaba de lo lindo cuando debía regresar pitando a la base con los fantasmas pegados a sus inexistentes talones; y tercero, cualquier videojuego de coches: nunca entendí cómo se podía conducir a tal velocidad, aunque se tratase de una pista imaginada.

Concatenaba horas y horas presenciando cautivado cómo los ases del barrio se daban su tute con las maquinitas, hasta que mi madre subía a buscarme para volvernos a casa. En verdad pasaban solo unos minutos, tres cuartos a lo sumo, pero salía de allí enardecido.

La otra oportunidad de perderme en el virtuosismo de los videojugadores llegaba cada mediodía, cuando mi madre me pedía que fuera a comprar el pan. Me entregaba una moneda, la bolsa de tela y yo emprendía rumbo a la panadería de nuestra misma calle, trayecto de una manzana y media que me permitía meterme a la

vuelta en un local de parroquianos a mirar varias partidas si veía a algún chaval sacándole humo a la máquina recién instalada. No recuerdo el nombre de ese bar, estaba más allá del Andalucía, que es el que había debajo de casa y cuya oferta lúdica se restringía a sobadísimas mesas de futbolín y billar.

Nunca consumí ni un Fruco allí dentro, pero la máquina nueva me traía loco: hasta hace poco creía que era la de *Donkey Kong* pero, investigando sobre ella, he descubierto que el juego en realidad se llama *Crazy Climber*. El intríngulis radica en manejar a un tipo al que no se le ocurría otra idea que trepar la fachada de un interminable edificio. Durante su escalada a pulso, el monigote se encontraba una calamitosa serie de dificultades plasmadas con gracia pixelada: ventanas traicioneras que se abatían sobre sus manos, individuos embozados que se asomaban a lanzarle macetas, cigüeñas arteras que le soltaban huevos y le cagaban encima y, finalmente, un gorila gigante que desde la azotea se desvivía por lograr que el jugador no completara la pantalla ni su muñeco se agarrara al helicóptero que acudía al rescate.

Me identificaba al cien por ciento con ese escalador anónimo, quizá porque aparecía de espaldas y podía ser cualquiera. A lo tonto, empleaba una hora entera en babear junto al «maquinero», jaleando con mi silencio a los campeones que coronaban el reto. Y, cuando advertía que agotaba el plazo concedido por mamá, regresaba campante a casa, comiendo por el camino el currusco de la barra de pan. Mi madre siempre me regalaba el currusco.

Nunca me echó la bronca por llegar tarde desde el bar.

Por fin, en mi pubertad, mamá consintió en comprarme un videojuego: ya los hacían de uso portátil. Con gráficos resultones, detallaba la ascensión de un monito por un paisaje selvático, perseguido por unos pájaros que lo acosaban sin darle tregua. Aún hoy me acompaña como un sueño febril el ruidito repetido que emitían los pajarracos al recibir el impacto de los cocos que yo les arrojaba cuando me veía acorralado. El agobio por su hostigamiento alcanzaba tal frenesí que en los estertores de la partida terminaba por permanecer inmóvil para que me mataran de una vez y se acabara el suplicio de querer seguir con vida, como hacía Kirk Douglas en *El compromiso* de Kazan, cuando alzaba las manos del volante y se dejaba aplastar en los bajos de un camión.

¡Qué respiro dejarme morir!

El Club del Misterio

Mi vida cambió cuando llegó a Barberà, como un circo ambulante de flameantes colores… ¡el Club del Misterio!

Hasta entonces había leído libros de todo pelaje, de *Manon Lescaut* a *Genoveva de Brabante*, arrancados de la biblioteca, si se le puede llamar así, de mi padre. También de la municipal, en ese caso volúmenes de fantasía —por ejemplo, desacomplejadas novelizaciones como *Tiburón 2*— y los primeros en catalán que abordé por gusto, como *Història de mort de Andreu Martín*. Siempre leí de todo. Y solo *El perfume de la dama de negro* escamó a mamá y generó en ella ansiosas preguntas, ante la aparente morbosidad del título, sobre la idoneidad del contenido de la novelita criminal de Gaston Leroux para un crío tan tierno. Su temor era el posible erotismo, no lo sangrienta.

Sin embargo, ninguna de esas pepitas doradas fueron comparables al cofre del tesoro que se abrió ante mis famélicos ojos cuando descubrí la existencia del Club del Misterio.

Pasaba con mi madre por la calle Nemesi Valls, una de las miniarterias pavimentadas que comunica la plaza del Ayuntamiento con la de la Unidad. Allí se alineaban los principales comercios, la librería Suárez, el estanco, el bazar de electrodomésticos ElectroIván, también el Casal de Cultura y, ocupando la esquina aledaña a la carretera de Barcelona, la Palau, papelería que hasta entonces no me había atrevido a pisar. Pero esa tarde, volviendo de la practicante —la adusta señora que ponía inyecciones y vacunas vivía por la «zona bien»—, mi madre y yo cruzamos frente al pequeño ventanal que ejercía de escaparate y unos colores chillones, primarios como los del parchís y mis orígenes, captaron de inmediato mi atención: dos portadas, una roja y otra amarilla, ¡a cuál más emocionante y sensacional! Salir de la asepsia verde

penicilina del cuarto de la practicante y tropezarse con ese estallido polícromo causó en mí todo un impacto.

En el dibujo de la primera portada, un gángster con la cara de Adolfo Suárez sostenía una Thompson en un tris de soltar una ráfaga de metralla contra los lectores. La otra portada —también de producción propia, obra del catalán Isidre Monés— mostraba a Sherlock Holmes a punto de ser apuñalado en la espalda por una sombra acechante. Ambos señuelos gráficos dispararon mi imaginación más allá del cielo encapotado de mi pueblo. Insistí, peleón y lloroso, para que mamá me comprara esa oferta de dos novelas por una.

El Club del Misterio cambió en efecto mi vida y también mi rutina infantil: cada semana aparecía un nuevo título a cien pesetas y convencí a mi hermano de que nos alternáramos en su compra con la paga que mamá nos daba. Luego, yo devoraba cada novela en la soledad de mi cuarto, avanzando un buen pedazo por noche hasta terminarlas al mismo ritmo en que eran publicadas. Dashiell Hammett, Ruth Rendell, Jean-Patrick Manchette, James M. Cain, Patricia Highsmith, Giorgio Scerbanenco… ¡El Santo, James Bond, Nero Wolfe, Mike Hammer, Travis McGee, Arsenio Lupin! La selección de estos clásicos adultos probablemente no resultaba muy recomendable para un niño de apenas diez años, cualquier psicólogo se llevaría ahora las manos a la cabeza, horrorizado al conocer el abanico de violencia, tiroteos, crímenes, violaciones y demás barbaridades incluidas en aquellas historias. Pero, claro, la mayoría de psicólogos no poseen un mínimo de inteligencia, sensibilidad, audacia, decencia ni mucho menos sentido de la cultura *pulp*.

Así empezó mi inclinación por los contenidos extremos, rezumantes de sangre y fechorías, y así empezó también mi miopía galopante, a la débil luz de mi lamparita en la cómoda: pasé a ganarme una dioptría por año y el Club del Misterio tuvo mucho que ver en ello. Durante meses adquirí ochenta novelas, que se convirtieron en diez volúmenes con las tapas que la colección regalaba. La propia señora Palau se encargó de realizar todas las encuadernaciones. Yo recogía feliz el tomo resultante y en casa leía alguna contribución atrasada en el pesado ejemplar abierto sobre mis escuchimizados perniles.

Ese apasionante ciclo de muertes por resolver constituyó mi fuente de goce fundamental de los diez a los doce años.

El melodrama, sin embargo, siempre andaba al acecho. Una tarde acudí a la Palau para obtener la novela de la semana. Al ir a pagar, no traía el dinero en la mano: yo hubiera jurado haber posado las cien pelas sobre el mostrador, pero la señora Palau lo negó, afirmando que no había visto ni recibido de mí ningún billete o moneda. Incapaz de procesar tamaña contrariedad, me eché a sollozar, aterrorizado por la hecatombe que supondría volver a casa para anunciarle a mi madre que había perdido mi paga, pérdida que abriría sin duda la funesta perspectiva de un castigo, tal vez un zapatillazo o irme a la cama sin cenar. Debió de ser tal y tan sincero mi llanto, que la señora Palau se conmovió y me comunicó benevolente que por una vez no reclamaría el dinero, que me llevara la novela y que ya lo encontraría. Marché aliviado y contento, restablecida mi fe en la bondad humana, tras haberme sentido por varios embarazosos minutos tan incomprendido como un monstruo de Frankenstein cualquiera.

A la señora Palau y su pequeña librería les debo mis mejores lecturas, las que me hicieron lo que soy: las antinormativas. Más adelante compré allí otras series por entregas, pero los tiempos del Club del Misterio fueron los más memorables.

La Palau desapareció en algún período impreciso. Hoy, cuando paso por aquella esquina, solo deslucen la puerta y persiana de un establecimiento cualquiera, una agencia de viajes o un local de venta de lotería.

Ni me fijo, aposta.

El abuelo fue picador

—¡Aparta, que no servís para nada!

Así nos decía la abuela Rosalía a los nietos cuando alguno tenía la mala fortuna de atascar el wáter con su zurullo. Casi siempre le tocaba ese infortunio a mi primo Sergio, que era el gordito del clan, y que se quedaba como los demás, apollardado sin saber qué hacer cuando el agua no circulaba en la taza.

Pues allá que se iba mi querida y nervuda abuela, arremangándose desde la cocina su vestido de batalla a topos. Se arrodillaba, sumergía su brazo larguirucho hasta el desagüe del retrete y espanzurraba con la mano el mierdón. Listos, ya transitaba otra vez libremente la descarga de la cisterna.

También me acuerdo de cómo me duchaba, cómo me restregaba por todo el cuerpo el duro jabón casero, frotándome la piel como si me pasara un pedrusco, cómo me aclaraba con el agua y luego me aupaba a pulso para sacarme de la bañera. Yo siempre quedaba asombrado con su vigor y con ese olor a sarmiento o a espliego o a cosa natural que la abuela exudaba y que me hacía sentir bien.

Rosalía era del valle de Fornela, en la región leonesa del Bierzo, y más fea que un demonio: mi abuela, no la región, que es bastante bonita. No hay mujeres que me recuerden a mi abuela, siempre me vienen hombres a la cabeza si debo buscarle un parecido. De joven se parecía al cantante Roberto Carlos, tenía sus mismos ojitos negriaguados y una napia redonda como el remate de un carámbano. De mayor, y conforme encanecían sus cejas, se fue pareciendo cada vez más a Boris Karloff, por el desgarbo, la piel de cuero y el rostro impasible.

Mi abuela Rosalía vivía con mi abuelo Terio en una agradable casita alquilada —«la casa del Gaucho», su arrendador—, sita en el requiebro de un camino que nacía de la orilla del Sil, en plena Ponferrada. El sendero estaba sembrado de cantos enormes, como

lomos de dinosaurios mal enterrados. En aquel tramo reseco solo había una calleja transversal donde habitaban «los gitanos», con los que nunca tuvimos contacto alguno, y la casa mencionada, de una sola planta, precedida por un muro de argamasa repleto de grietas y avispas.

Cada verano viajábamos a casa de los abuelos para hacerles compañía un mes entero. A mí me gustaba estar con ellos, pero mi madre lo pasaba mal, la ninguneaban con un machismo de tiempos bíblicos y, por el contrario, se creían que su hijo era la última Coca-Cola del desierto. Mamá, justamente resentida, se veía obligada a transigir cada agosto con los suegros…

Tampoco se mostraban mis abuelos muy cariñosos con casi nadie, puede que solo con Felipe González. Habían pasado la guerra y la tenían muy presente, eran socialistas acérrimos. Cada mañana mi abuela, plumero en mano, sacaba el polvo a las fotografías de la salita y le estampaba un beso a la del presidente, cuyo retrato figuraba junto a los de los familiares más estimados.

A mí me agradaba la vida asilvestrada de Ponferrada. Solos gran parte del largo día, mi hermano y yo jugábamos a guerras de hormigas entre las piedras: Jean escogía el bando de las hormigas rojas —eran grandotas, con la cabeza reluciente de una ciruela— y yo el de las hormigas negras —más apropiadamente pequeñas—, y matábamos el rato machacando a pedradas todas las que viéramos del bando contrario. ¡Qué felicidad!

Mi tío Isaac también nos llevaba a disparar a algún gorrión con la escopeta de perdigones. En el camino de vuelta, me subía además a hombros. A veces incluso nos llevaba al Plantío, el parque para niños que había en la parte alta, cerca de la clínica donde nací. El Plantío era un parque de verdad, con jardines bonitos y canchas de tenis, y quioscos con tebeos de Mortadelo y monturas mecánicas. Eso era un parque y no lo que teníamos en Barberà delante de casa, por mucho cariño que le guarde.

Yo quería mucho a Isaac, porque al ser el tío joven nos entendía mejor. Tenía una simpática cara de turco, que se complementaba a la perfección con las facciones libanesas de su hermana Mita y las arábigas de papá. Isaac siempre estaba de broma y nos dejaba ver con él pelis alquiladas para mayores de dieciocho, aunque en su

caso las veía con los ojos cerrados y roncando, después del trabajo.

Los abuelos sí eran un poco hoscos conmigo. Terio me reprochaba de continuo que me llamara Hernán: «¡Tienes nombre de asesino de masas!», refiriéndose a Cortés, claro. De los cinco nietos, sus preferencias recaían sobre el benjamín, Róber, muy renacuajo entonces y muy guapín. Era el hijo de Isaac y Rosi, ella toda una Cenicienta que a saber qué pecados habría cometido en vidas pasadas para terminar integrándose en nuestra familia de ogros.

Róber parecía un querubín, el niño más bueno de la casa, pero lo recuerdo mimoso y llorón, y por eso me metía con él, por celos… porque yo también era mimoso y llorón. El caso es que alguna bofetada me gané por hacerle llorar.

La bofetada mayor me la despachó mi abuelo el día que le dije que quería hacer la comunión. Fue una decisión motivada por la envidia, al observar los relojes de pulsera y balones de fútbol que les regalaban a mis amigos. Pero al transmitirle a Terio que deseaba recibir la Eucaristía, me cayó un hostión que me hizo ver las estrellas y a Dios no, de milagro. Al final, acabé haciendo la comunión, y aparte de esa bofetada solo me dieron una taza de desayuno con la estampa de Juan Pablo II. ¡Tremenda estafa!

Terio practicaba otra costumbre tosca pero algo más afectuosa, su única manera de plantear un rato de esparcimiento con los nietos, que era preguntarnos qué habíamos comido. Jugábamos a que lo adivinara y para ello nos golpeaba con los nudillos sobre la coronilla y fingía olerlos. Evidentemente, acertaba a menudo.

Él mismo cocinaba muchas veces algún animal del pequeño corral que había bajo la casa. Una mañana me enseñó cómo mataba un conejo: lo colgó del voladizo y lo degolló sin un segundo de duda. Luego, pimpante y meticuloso, estiró la piel del animalito hacia abajo, hasta dejar a la criatura más desnuda que Norma Duval sin sus visones en el *Interviú* del tío Isaac… Me admiró que ese hombre mostrara tal naturalidad mientras sacrificaba y desollaba al espasmódico conejo, que más tarde nos zampamos encantados de la vida.

Con todo, lo que más recuerdo de mi abuelo es la bolita de mineral que tenía metida dentro de los pliegues del pulgar y que movía de un lado al otro del nudillo, retozante bajo la piel, para

epatarnos: un *souvenir* de sus tiempos de minero. «El mejor minero de la cuenca de Mieres», oíamos siempre a la parentela. Y es que mi abuelo era asturiano.

Eleuterio Migoya fue el hijo ilegítimo de un señorito de Gijón que no le dio ni su amor ni su hogar, apenas el apellido. Eso lo supe de mayor. De crío solo sabía que el abuelo había estado en una cosa llamada Revolución de Asturias y que en la Guerra Civil había combatido en el bando bueno, hasta que lo apresó Franco y lo sentenciaron a muerte. Luego le rebajaron la pena a prisión y allí conoció a Rosalía, que era otra brava republicana. Y sí, volvió a convertirse en el minero más apreciado y mejor pagado de aquellas tierras.

Ya en democracia, mis abuelos nunca perdieron la fe en el puño y la rosa. Marcelino fue el único hijo que, por llevar la contraria, se desmarcó del fervoroso credo de Rosalía y Terio. A mi padre le gustaba cuestionar el idealismo que reinaba en la casa y discutía de política por deporte, noche tras noche, burlándose del fundamentalismo sociata de sus consanguíneos. También le gustaba contar lo duro que le abofeteó Terio una vez que de niño había visto marchar a unos falangistas por la calle y le había confiado a su progenitor que de mayor se apuntaría a esa movida uniformada, por narcisismo y por la chulada estética. Mi abuelo no demostró piedad y le giró la cara de un guantazo, como a mí por lo de la comunión, dejándole el hocico cara al sol del bofetón.

Mi padre amaba a sus padres, pero a menudo se comportaba mal con ellos, con su mismo desabrimiento. Sobre todo con Terio. Una temporada que mis abuelos pasaron en Barberà, papá decidió celebrar la ocasión desempolvando una botella de vino, comprada hacía años en algún perdido pueblo de Castilla. Era aquella una botella muy especial, pero no por su añejo contenido, un tinto vulgar, sino porque la llamativa etiqueta portaba impresa la bandera española preconstitucional, y encima, superpuesto, un retrato del Generalísimo.

A la hora de la comida y con todos ya sentados, plantó la botella recién abierta sobre la mesa, justo delante de los cubiertos de mi abuelo, la etiqueta a un palmo de su cara. La expresión de Terio se trastocó, empezaron a retemblarle las manos, su piel se tornó colorada, el semblante desencajado:

—Mecagoendiós, mecagoendiós… Que mi propio hijo me haga esto… —mascullaba enfurecido sin apartar los ojos de Franco.

Y entretanto, mi padre se partía de risa, como de costumbre. Aquel vino era peleón, pero más peleón fue siempre papá.

Ahí sentí pena por el abuelo, que ya no estaba para bromas pesadas. Andaba delicado de salud, hacía años que renqueaba para bajar a la huerta. De hecho, lo habían jubilado a los cuarenta y cinco por un principio de silicosis que truncó su continuidad en la mina. Su respiración sonora nos anunciaba siempre su llegada. Ya no fumaba, Rosalía se lo tenía prohibido y pobre de él como lo sorprendiera con un pitillo en la mano. Su mirada castaña era plácida cuando se olvidaba de sí mismo.

Me acuerdo de ambos cada vez que escucho la canción «El abuelo Vítor» de Víctor Manuel, donde el cantautor asturiano pinta un fresco conmovedor de un anciano melancólico que había sido picador allá en la mina (y al que su mujer le escondía el tabaco). Para más inri, Víctor Manuel era del mismo pueblo que Terio, una aldea en el valle de Cuna, por Mieres. «Un redomado vago», decía de él mi abuelito al rememorarle en su juventud.

Claro, como todos los artistas.

Una última afrenta de mi padre a mis abuelos: nunca se comunicaba por teléfono con ellos cuando vivíamos en Barberà. Tenía que ser mi madre la encargada de llamarles y averiguar si se encontraban bien.

—Si no hay noticias de ellos, es que están bien —aducía mi padre, con desfachatada flema berciana.

Mamá tenía que hacer todo en casa y encima debía ejercer de mediadora para mantener las relaciones con la familia política. Llamaba a mi abuela, a mis tíos, a toda la rama de los Migoya. Solo mamá hablaba con ellos. Y a ellos les parecía normal.

—Todo porque al señor no le da la gana de levantar el culo del sofá —se quejaba mamá y con razón, y mi padre sonreía pillo, mientras se prendía otro ducados acogido a su anticuado registro actoral de estrella de los estudios.

La invalidez emocional de papá llegó a su punto crítico cuando a mi abuelo lo ingresaron en un hospital leonés, ya con ochenta y nueve años y un pie en la tumba por problemas respiratorios. Mi madre seguía siendo la que telefoneaba al hospital y se interesaba

por la salud de su suegro para informar a su marido, que en efecto no se movía del sofá, viendo el fútbol o cualquier película.

El día que Terio enfrentaba sus horas finales, Martina se plantó. Se irguió con el auricular tapado en la mano y le pegó un bramido a mi padre:

—¡Pero Marce, ya está bien, ponte que tu padre se está muriendo, coño!

Y mi padre se puso.

Olor a cerrado

—Hay que ver qué deformes son todas las personas de este pueblo.

Quien así habla asomada al balcón del piso de mis padres es la abuela Juana, un ser extraordinario por lo difícil de desentrañar. Ese comentario lo profirió de lo más convencida, al cabo de unos días de instalarse con nosotros y varios meses antes de encomendarse a los cuidados de mi tía Balbi en Landquart. ¡Qué no diría de los suizos!

La abuela Juana deshojó su viudez en Cangas de Onís, *conceyu* donde yo pasaba la mitad de mis vacaciones veraniegas de infancia; y la otra jubilosa mitad, en Ponferrada. No es que Cangas no fuera un pueblo bonito, pero yo lo vivía lúgubre, nublado y mustio hasta decir basta, todo piedra cabezona y añeja, con un aire estatuario de villa medieval concebida para habitantes longevos. Y siempre en sus callecitas, bajo una luz mortecina, esas ancianas de luto perenne que iban y volvían de misa.

Ese es el recuerdo primero que me asalta al pensar en mi abuela y su entorno: una señora de gesto avinagrado, envuelta en rebecas negras sobre vestidos negros sobre amarilleados refajos; metida siempre en su piso oscuro y mohoso, minado de vacíos y, en la penumbra empapada de alcanfor, el destello deprimente de la plata vieja, abundante en las repisas, en forma de dinosáuricas cruces católicas, miniaturas catedralicias, anillos y colgantes, casi todo de una índole pontificia absolutamente ajena a mí y a mi familia.

Cuando estaba con mi hermano, aquello aún era aguantable. Pero cuando me tocaba instalarme varias semanas a solas con la abuela sabía que me aguardaba un decaimiento sostenido y el remolque de una carga de tristeza como quien lleva puesta una trenca pesada. Algún amigo hice, me figuro; una vez me presenté a unos chavales en el parque de enfrente. Ni uno de esos amigos permaneció en mi memoria, así que no debieron de ser importantes

ni incidieron un gramo en mi ocio diario.

Recuerdo más mis paseos solitarios por Cangas, su mercado tradicional en una plaza de adoquines, y vagar al resguardo de un soportal para evitar el olor a cabrales, constatando por arte de magia que la piedra vieja da mejor sombra; o los correteos por el puente romano con su enorme cruz de hierro colgante en el centro, lista en mi imaginación para hacerla caer sobre los piragüistas que descendían el curso del Sella; e incluso alguna callada, bergmaniana incursión a la iglesia de las afueras. También me acuerdo de la señora Norina, una vieja grande y desgarbada, con cara de teleñeco y gafas de santurrona, que era la mejor amiga de la abuela y más buena que el pan.

La abuela Juana no debía de ser tampoco mala persona, pero con su inmutable mohín de estreñimiento crónico imponía una contención que a los niños no podía hacerles ningún bien. Se le quitaban a uno las ganas de jugar, nada más mirarla. Me aburría como un muerto al lado de aquella señora, tan muerta como yo, al parecer, tras el paso de su esposo a mejor vida, que muy buena no se la dio.

Por suerte, cada verano mis padres venían algunos días, que aprovechábamos para hacer excursiones y la inevitable visita laica a la Virgen de Covadonga. Una mañana que desayunamos los cinco en un bar de carretera, pedí a mamá unas magdalenas que resultaron estar más duras que el pedernal. Porfié en abandonarlas en su plato, pero la abuela me obligó a darme un atracón de aquellos cantos rodados: «No está la vida para echar a perder algo que ya se ha comprado». Economía de guerra en tiempos de paz.

No es de extrañar que en mis jornadas astures prefiriera la escolta de papá y mamá a que me confiaran a la veleidad de humores de la abuela Juana y al ritmo somnoliento del pueblo. Con mamá todo era más seguro y con papá más divertido, hasta una vez me llevó con él al cine de Cangas a ver *Moonraker*.

Cuando Jean me acompañó en alguna de esas estancias, lo agradecí mucho, porque mi hermano podía hacer cosas en interés de ambos que a mí solo no me hubieran permitido. Por ejemplo, comprar tebeos de Conán el Bárbaro, que no se vendían a chiquillos.

Nosotros llamábamos al héroe de Robert E. Howard así, Conán,

con acento en la «a». Nos pirraban sus aventuras exóticas y trepidantes, aunque el mayor aliciente lo conformaba el encontrar en alguna que otra viñeta algún que otro seno desnudo de la arrojada espadachina o la avezada bailarina de velos. Pero la gran sorpresa nos la pegamos cuando estrenaron la peli en 1982 y los anuncios de la tele y la radio le proclamaron Conan, con acento tan llano como su carácter. ¡Qué cara de decepción se nos quedó a Jean y a mí!

La abuela se murió cuando yo era un jovenzuelo universitario, desentendido y botarate. Falleció en Suiza, bajo la custodia de mi tía. Mamá encajó la noticia en el teléfono del recibidor, en su piso nuevo, a una hora que me pilló en casa.

La vi sacudir los hombros y me acerqué desde el comedor con el susto en el cuerpo. Nunca había visto llorar a mi madre. Rondé como un robot cortocircuitado en torno a la tiritera de su espalda… y al final me decidí y la rodeé con un brazo y la cobijé como supe, espantado pero deseoso de consolarla. Mi madre apoyó el rostro contra mi hombro adulto y se desfogó en él.

La muerte de mi abuela causó el primer abrazo consciente que yo le di a mi madre.

Mi primera casete pop

A poco de cumplir doce años, tras ser escupido de esa trituradora que es el primer amor no correspondido, abandoné la degustación de la música mexicana y me decanté en mi consumo de canciones populares por otro mito de la modalidad romántica: el bolerista cubano Antonio Machín. Fue sin duda mi primer ídolo de elección propia, no directamente heredado como los anteriores.

Mi incipiente anhelo de amorío y consecuente fracaso me afiliaron a los lamentos melodiosos de este gran calavera. Hice mío su derrotismo cantinero y todas las noches reproducía en mi cabeza sus armoniosos cortes de venas por si los oía mi ángel guardián y se apiadaba. Machín respondía al estereotipo de estrella mujeriega que juega a vender batallas de amor perdidas. Pero en mi caso, me adivinaba incapaz de entablar esas batallas. Yo no podía enamorar ni a las ratas. Era el chico con más ínfima autoestima del barrio.

Mientras tanto, los niños de mi clase estaban en otro nivel.

La Valentina no era la alumna más popular ni empollona, pero sí la más puesta. Siempre nos llevaba la delantera en cuestiones de vestir a la moda, sorprendiéndonos con sus blusas holgadas y fulares coloridos. Por si fuera poco, su altar musical estaba provisto con los jits a la última. El resto de su promoción le iba a rebufo en los gustos del momento y, allá a lo lejos, lejísimos, me hallaba yo, descolgado del pelotón, varado en un universo sonoro que ya nadie transitaba, propio de otra era…

Obviamente, la Valentina y yo no teníamos nunca de qué hablar y ella apenas reconocía mi existencia.

En las listas de éxitos reinaban los Nuevos Románticos y la onda discotequera. Uno de los chicos de octavo, el más hortera del cole —o sea, para nosotros el más moderno—, me comentó un día que su rollo era el *spaghetti dance*. Yo no tenía ni puñetera idea de toda esa movida: apenas había escuchado ninguna canción en inglés,

como para distinguir si el que la cantaba era un solista italiano —o sabadellense, como en el caso de David Lyme— haciéndose pasar por un genuino Lord Greystoke ululando el «Tarzan Boy».

Por suerte, llegaron los primos de Suiza y mi sino aciago cambió.

A Simon, Alexandra y Karin, los hijos de mi tía Balbi y de Gian, les vacilaba la música pop. No nos veíamos desde muy churumbeles y su visita de vacaciones resultó providencial. Simon, un muchacho rubio y con un melancólico desapego en los ojos, se mantenía distante conmigo pese a nuestros pocos meses de diferencia. Alexandra, dos o tres años menor que yo, era la que más interés había heredado por sus raíces españolas, también la más sociable y temperamental, y no apeaba el olé de su vocabulario. Karin, la pequeña, les había salido por el contrario frágil y asustadiza, y se pasaba las horas vigilando con cómica desconfianza a sus familiares visigodos.

La extrovertida Alexandra me regaló una cinta casera con canciones grabadas de una emisora, una colección compuesta por «lo mejor» del año para adolescentes que anhelaban salir del cascarón. Ahí empecé a escuchar gemas teutonas como el «Forever Young» de Alphaville, a Sandra y su «Maria Magdalena», los «99 Red Balloons» de Nena o el «Still Loving You» de Scorpions. También el «I Like Chopin» de Gazebo, que por fin me conectó con el italo disco… Y, sobre todo, ¡el «neorromántico» «The Reflex» de Duran Duran!

Lo imposible se hizo realidad: por intercesión de mi adelantada prima, con solo noventa minutos de chumba-chumba ascendí a la categoría de experto en pop internacional y gracias a ello coseché mi primer triunfo social en la escuela. Hasta la Valentina se puso un día a charlar conmigo y a interesarse por mis preferencias en materia tecno… ¡Una chica interesada en algo concerniente a mí!

Al final de nuestra conversación, su conclusión me dejó encantado: «Pues sabes mucho más de música de lo que me esperaba, te gustan cosas muy guays».

¿Era posible entonces que yo también fuera guay?

Escuché la artesanal compilación como mil veces y todavía hoy, cuando alcanza mis oídos alguno de esos temas vetustos, anticipo de modo inconsciente el momento en que el botonazo del

radiocasete los truncaba a medio terminar para anular la intromisión del locutor.

Aquella cinta casera fue un sólido trampolín: enseguida me acoplé al fluido comercial de los éxitos «actuales», al comprender que como oyente también podía moverme cómodo en los parámetros del pop y encontrar en su caudal tendencias que encajaran con mis gustos. Me enganché a los programas musicales de la tele, en especial a *Tocata*. Su presentador, José Antonio Abellán, encarnaba el modelo de persona en el que yo quería convertirme: un chico corriente y moliente que seguramente bailaba mal, pero que podía ser aceptado entre los modernos.

Un casi guay.

Gracias a la cinta que mi prima grabó para mí, me di cuenta de que yo también podía integrarme y ser alguien normal.

Un casi normal.

El cine te mira

El cine no tardó en llegar, imparable. Un medio de expresión demasiado intrusivo para mi psique apuntalada con palillos.

Y el primer cine me llegó a través de la tele.

Me aterrorizaba todo lo que mi criterio sin hervor no entendiera de aquello que sucedía en la pequeña pantalla: si el habitante de nuestro modesto aparato en blanco y negro era un hombre-lobo, sus desmelenados aullidos me obligaban a esconderme bajo los cojines del sofá, entre cuchufletas paternas. O si emitían las imágenes alucinógenas de una serie en principio inofensiva como *Espacio 1999*, una suerte de horror cósmico fundía mis nervios. Incluso la noche entre semana en que al fin me armé de valor para ver la celebérrima *Drácula* en su versión Hammer resultó desafortunada. A los quince minutos de empezada la peli estaba rogándole a mi madre que me permitiera cenar en la cocina, junto a ella y lo más alejado del televisor: ni la presencia protectora de mamá me calmó, y cada poco alzaba la cabeza del plato de sopa para espiar asustado la puerta abierta al lavadero, convencido de que por ella iba a penetrar Christopher Lee en blanco y negro a chuparme la clavícula.

Las películas de terror me chalaban de muy mala manera. Interiorizaba sus tramas argumentales con excesiva vividez y luego me tiraba noches sin dormir o asaltado por miedos histéricos. Como en el caso de tantos otros chavales, *Tiburón* de Steven Spielberg había mandado a la porra mi paz espiritual en mi más tierna infancia, desde que difundieran a destajo el tráiler por todas las teles de España. No me atreví a verla hasta los dieciocho, pero entretanto, mi inquietud afloraba con todo asunto cotidiano que asociara mentalmente al escualo gigante del filme. Me obsesionó hasta la náusea que el mar pudiera ocultar un bicharraco así…

Y, al mismo tiempo, me atraía lo indecible ese abismo de fatídicas sensaciones.

Un sábado por la mañana me dejó aún más tocado. Los creadores del magazine infantil *Sabadabadá* —presentado por la llorada Sonia Martínez— fletaron un crucero de lujo en torno a las islas Canarias con un pasaje completo de niños. El programa mostró en una edición especial lo fenomenal que los chavalines se lo pasaban, detallando con euforia las actividades organizadas a bordo para su esparcimiento. Como guinda del pastel, a los lumbreras de *Sabadabadá* no se les ocurrió otra idea para divertir a los mocosos que proyectar, en el cine del yate y en pleno trayecto marítimo, el filme *Tiburón 3*.

Aunque los distribuidores españoles la titularan así, no se trata de una secuela oficial, sino de una explotación descarada del clásico de Spielberg, hecha con capital italiano. Como otras películas italosangrientas de la época, *Tiburón 3* era RARA… Y los responsables de ese *show* matinal se encargaron de demostrárnoslo una y otra vez, obsequiando a los menudos televidentes con secuencias íntegras de su sanguinario contenido.

Yo he visto cosas fuertes en la tele española, debido al despiste de los programadores. Menos naves en llamas más allá de Orión, he visto de todo, verbigracia: un anime de Drácula emitido en horario matinal donde la protagonista se masturbaba acariciando bajo la ducha sus notorios senos; o al lampiño Klaus Maria Brandauer revelando el hirsuto pubis de su amante en un avance vespertino de *Mephisto*; también pillé empezada *La montaña del Dios Caníbal*, la italianada con Ursula Andress donde no solo la exhibían amarrada y desnuda a las cuatro de la tarde, sino que por el mismo precio aireaban una alegre castración a golpe de machete. Pero nada, ni siquiera ese pito amputado se compara con los estragos ocasionados en mi cerebro tras ser testigo de escenas enteras de *Tiburón 3* un sábado a las once de la mañana…

Dicho largometraje basa su efectividad en la combinación de un muñeco gigante que apenas mueve las fauces con extractos de documentales submarinos, y al mejunje se le añade un montón de personajes humanos profiriendo alaridos demenciales justo antes de morir seccionados y engullidos. Los impactantes segundos del tiburón de verdad asomando del agua para devorar su carnaza son de una violencia indescriptible para un espectador de diez años. Además, el director ralentizaba la acción para que pudiésemos

admirar el horror de la depredación en toda su magnitud, y cómo ese prodigio del mar cerraba sus ojos negros —esa opacidad ocular se me antoja ahora la mejor definición plástica del terror a lo desconocido— cada vez que le pegaba un bocado al cebo sanguinolento.

Tras presenciar esa oda a la aniquilación, me encogí aturullado en la soledad de la salita. Solo salí de mi inmovilidad física y mental para dar gracias a Dios: al menos, había procesado las imágenes de *Tiburón 3* en blanco y negro y no en el rojo esplendoroso de aquel manantial ingente de sangre, el vivísimo color de la muerte; así como desde el confort y seguridad de mi sofá y no encerrado en aquel yate del infierno, de ruta por las islas afortunadas con sus desafortunados pasajeros… De haberme hallado en aquel barco, hubiera sido capaz de saltar por la borda, llevado por el pánico a caer entre los dientes de ese bicho: me hubiera lanzado al mar para escapar del tiburón.

Desde entonces, me dio miedo hasta bañarme en la piscina. Si me ponía a bucear en sus domesticadas aguas, avanzaba con los ojos cerrados y no me atrevía a mirar a ningún lado, convencido de que el tiburón me rondaba. Y meterme en la bañera suponía una proeza, intimidado ante la posibilidad de que por el desagüe enseñara su morro el majestuoso predador. ¡Ni había charca en el suelo de la que no creyese que fuese a emerger esa criatura asesina! Varias noches sufrí pesadillas alusivas al monstruo: en las peores, el tiburón asomaba sus fauces y era mujer, pese al fálico lomo. A mí me asustaba todo: vaginas dentadas y pollas a un tiempo; ¡Freud se hubiera acojonado de mí!

Hoy no sé si desear la muerte lenta de ese programador desconocido de la televisión pública o agradecerle infinito su loca decisión, porque seguramente influyó lo suyo en mi vocación de regurgitar en letra impresa mis terrores íntimos y nada favoritos.

Con los años, mi aprensión se fue moderando.

Pertenezco a la generación de niños que se sentaban a la mesa familiar cada semana a ritmo de marcha fúnebre, la que preludiaba *La clave*. Esa tertulia televisiva de la «segunda cadena» era una delicia porque, aunque siempre traían de invitados a señores trajeados para debatir rollos patateros sobre cuestiones aburridas, antes del debate emitían una película para ilustrarlo y solía estar

muy bien. Las mejores siempre resultaban ser de terror y las ponían además a horas razonables, cuando mis padres todavía no nos habían obligado a acostarnos. Conservo fresca la huella de espanto dejada por largometrajes espeluznantes como *El enigma de otro mundo* o, sin censura alguna, *No profanar el sueño de los muertos*. Al lunes siguiente nos pasábamos el recreo comentando esas pelis, flipando con su osadía temática y su explicitud visual. Nos regodeábamos evocando las de sangre e higadillos o las de vándalos y sexo.

El cine terminó convirtiéndose en una obsesión tan palpable como la literatura. Apenas veía más cine que el que echaban por la tele porque, aunque a mis padres les encantaba, preferían quedarse en su piso y ahorrar así el dinero que ganaban, él con su trabajo en la carpintería y mi madre en espesas veladas caseras, cosiendo ropa para mayoristas al ritmo abotargador del pedal de la Singer y las fanfarrias del consultorio de Elena Francis. Yo soñaba con crecer lo bastante para disponer de una paga y una edad que me permitieran acceder a las salas cinematográficas.

Entretanto, me contentaba acudiendo a las proyecciones que organizaba mi colegio por un modiquísimo precio. Anunciaban cada nuevo título pintándolo a mano sobre cartulinas de colores grapadas al pizarrón de corcho del muro exterior. Gracias a ese tinglado semanal pude asistir al pase en pantalla mediana de comedias familiares clásicas como *El maquinista de la General* de Buster Keaton y *El padrecito* con Cantinflas. También proyectaban «superproducciones», o eso nos pareció *La tierra olvidada por el tiempo*, una serie B de los años setenta poblada de dinosaurios hechos con cuatro duros y cuyo duro protagonista era otro dinosaurio, Doug McClure, a quien yo conocía como Trampas por el saber televisivo heredado de papá. O aquella chocante coproducción europea con Charlton Heston, *La selva blanca*, que descubrió a mis ojos la nieve filmada a todo color. Definitivamente, una de las que más me gustó fue *Las locas aventuras de Rabbi Jacob*, con su cisterna de chicle líquido en la que me hubiera encantado zambullirme y chapotear pringado de verde como Louis de Funès…

Lo habitual, en el cine de Can Planas, era pasar películas aptas y adecuadas para los críos. Sin embargo, también se cometían

torpezas. La más sonada negligencia del personal escolar llegó con *El triángulo diabólico de las Bermudas*. El filme nutría su endeble factura de un reparto «cosmopolita», encabezado por el vividor de John Huston y el vivales de Andrés García. Otro de los momentos más terroríficos de mi infancia está asociado a ese largometraje mexicano, raro como él solo. Sobresale una escena angustiosa en que la niña protagonista rechaza sobre la cubierta de un yate el ataque de decenas de pájaros exóticos con el único escudo de su muñeca de porcelana. Imborrable ese instante en que la totalidad de las avecillas verdes yace con el cuello rojo, desgarrado, a los pies de la niña, y la muñeca, encarnada por otra niña real, nos enseña su boca ensangrentada… Un pasaje imperecedero más para mi colección de primeros horrores inexplicables.

En el Casal de Cultura municipal también proyectaban películas, en este caso gratis, actividad para la que habilitaron una sala subterránea. Ahí tampoco se cortaban con los títulos seleccionados, razón por la cual hube de abandonar a la carrera en al menos dos ocasiones aquel sótano acondicionado con sillas plegables para la juventud porrera y ociosa. La niñera de Damien saltando por la ventana con una soga al cuello, el último grito en terror, causó mi primera deserción; la segunda, el ricino de extrañeza que supuraba *Xtro*, propuesta que lidia con abducciones extraterrestres. Otras noches programaban filmes más inocuos, pero no era la norma.

Mi primera vulva la avisté en el claustrofóbico sótano del Casal, sumido en aquel éter oleaginoso de niños y adolescentes, apelotonados y sudorosos, con la respiración contenida y al cobijo de la censura paterna. No recuerdo el título, pero era un largo catalán sobre el mundo de las drogas con ribetes policíacos, y seguía la vicisitud de una chica pelirroja y picada de viruela que transita los bajos fondos barceloneses, y a la que unos desalmados asaltan y luego violan aprovechando su desmayo. Qué trastorno me acometió nada más descubrir la maleza roja entre sus piernas. Y, debajo, su rechoncho rasguño genital, insólita muesca de carne para mi virtud miope.

Todas esas imágenes prohibidas, que irrumpían de golpe removiendo la tranquila conciencia de un niño en ruta hacia su torturada vida adulta, las tuve a mi alcance en primicia gracias a programaciones culturales financiadas con fondos públicos, como

las que proveían de contenidos audiovisuales gratuitos a la Casa de Cultura de mi ciudad. Estoy profundamente agradecido a las autoridades de Barberà del Vallès por ello.

La Cooperativa

Era la única sala cinematográfica real que había en toda Barberà. Un cine a la antigua, de doble sesión, con butacas de madera crujiente forradas en raso burdeos. Las entradas estaban impresas en tiras de un áspero papel verdoso que me encantaba llevarme liado a la boca como si fuera un pitillo.

El cine se levantaba en una parcela que daba a la carretera de Barcelona, la vía principal que atraviesa mi pueblo. La sencilla nave despedía por dentro un olor contumaz a telones y tapicerías polvorientos, esa acrimonia en el aire que pide a gritos una remodelación.

En aquellos años de voluntario arresto domiciliario en los que, acatando el mandato materno, todavía no me atrevía a alejarme de casa más de un radio de cien metros, mis más gratos recuerdos relacionados con el cine están vinculados a las excursiones sabatinas al cine Cooperativa.

Comencé yendo con mis padres, a insistencia mía, al pase de la hermosa *El pistolero* de Don Siegel, el último wéstern protagonizado por John Wayne. Lo que más me marcó de su metraje fue la afluencia de sangre falsa en los violentos duelos, y ese aspecto de melaza casi apetitosa con que la elaboraban en los años setenta, que pasaba más desapercibido en nuestra tele en blanco y negro, pero que en pantalla grande y tecnicolor producía un efecto espectacular, de tan abrumador casi romántico.

Poco después empezaron a dejarme ir solo a La Cooperativa en fin de semana. Como te endosaban dos pelis con varias interrupciones por el cambio de bobinas, entre una cosa y otra pasaba allí cinco horas, casi siempre junto con amigos del cole. El repertorio en cartelera respondía también a los más peregrinos criterios: recuerdo un drama criminal de jóvenes pandilleros donde un gamberro italiano se acostaba con una chica y le exprimía una

teta como si quisiese ordeñar de ella un tetrabrik entero. Los chicos nos moríamos de risa ante esta grotesca acción, nos reíamos más fuerte los que no teníamos ni idea de por qué hacía eso. Yo, desde luego, ignoraba qué pretendían esos personajes más allá de restregarse estúpidamente uno contra el otro.

Sospechaba que mis colegas sabían más que yo…

En La Cooperativa casi siempre estrenaban alguna producción más o menos reciente y la completaban con un título antiguo o clásico o ridículo, en calidad de saldo. Por ejemplo, allí exhibieron la relativamente novedosa *Saturno 3* con Kirk Douglas, pero también su *Ulises*. Esta fue la primera película que, de pura ilusión, soñé entera la víspera. Lógicamente, la del sueño no tenía nada que ver con la que vi al día siguiente. Pero más adelante, cada vez que me obsesionaba mucho con el inminente lanzamiento de un filme, la noche previa o cercana a su estreno era capaz de invocarlo dormido. *Ulises* fue la primera de todas mis películas soñadas. Y me gustó en ambas versiones.

En La Cooperativa vi otros péplums y wésterns. Y vi cintas de artes marciales, que a los niños nos volvían locos: en una de ellas, que juraría portaba el título de *Cola mortal*, el villano era un hongkonés con una coleta de pelo negro muy larga y muy fina que usaba como un látigo para golpear a sus enemigos y dejarlos cao. Una escena en particular me descolocó: el coletudo decide castigar a un esbirro que le ha fallado y, para ello, lo tumba boca abajo sobre la grava de un patio; le planta entonces sobre la espalda su pie enchancletado y aprieta, aprieta fuerte con la suela, hasta que oímos los músculos del pobre lacayo desgarrándose y sus huesos chascando, mientras asoma una felicidad perversa en el rostro del vengativo oriental. Recuerdo la sangre en la boca desencajada del ejecutado, los chinos siempre les ponían mucha sangre en la boca a sus personajes cuando agonizaban. Luego, el malísimo se retira a paso sereno, imprimiendo sobre la blanca gravilla huellas rojas de la sangre del fiambre…

Esas cosas jamás se olvidan. Del héroe de la peli, eso sí, ni puñetera idea. No dejó huella en la grava de mi memoria.

Sin embargo, de aquella fase de espectador solitario en formación, el filme del que guardo una impresión más entrañable y espantada es *El legado* de Richard Marquand. Su cartel a las puertas

de La Cooperativa lo anunciaba como un peliculón de suspense. Yo me imaginé que vería algo parecido a *Con la muerte en los talones*, así que asistí a la sesión más contento que unas castañuelas.

Era «una de terror» en toda regla. De hecho se trataba de un producto derivado o nacido al calor del éxito de *La profecía*, la película sobre el hijo de Satán que hoy adoro —la película, no a Satán—, pero que en su día me obligó a esfumarme apenas empezó a verter su maligno contenido sobre la pantalla *amateur* del Casal de Cultura. En *El legado* reunían con cualquier pretexto a varios personajes en una mansión y estos comenzaban a morir de un modo pavoroso. Por ejemplo, la más atlética de los convidados perecía mientras se echaba unas brazadas en una lujosa piscina cubierta: al disponerse a salir a la superficie, la muchacha se encuentra a ras de agua con una lámina sólida y transparente que le impide emerger, y a través de la cual adivinamos la figura distorsionada de su asesino inmaterial, una silueta de connotación diabólica. «Uy, si esto al final no va a ser una de suspense», me decía yo removiéndome en mi butaca. No hacía falta ser un lince para deducir que el filme jugaba desde su arranque con elementos sobrenaturales. Y sabía que por lo general esas películas acaban mal. Y yo peor, tras verlas.

Pero lo que más me impactó de *El legado* fue su secuencia cumbre, una señorial comida que congrega a varios tipos asesinables. Uno de ellos es Roger Daltrey, el líder de The Who, con su eterno aire de chulazo viviendo su mejor momento. Iniciado el banquete, de repente el personaje de Daltrey comienza a gesticular, lanzando por doquier sobreactuados ademanes de angustia: al tragar un pedazo de pollo se ha clavado una astilla en el gaznate. De inmediato, a uno de los comensales se le ocurre la excelente idea de hacerle una incisión en el cuello y practicarle una traqueotomía improvisada. Resultó muy agradable ver morir desangrado, con todo lujo de detalle, a Roger Daltrey. Suspense ¡y un cuerno! Aquello era un mal trago detrás de otro.

En ese punto, el proyeccionista interrumpió la sesión con el fin de efectuar un cambio de rollo y nos fueron concedidos unos minutos de clemencia para salir al patio a comprar pipas y palodules. Hacía un sol de aúpa.

Una vez más, calibré si me quedaban redaños para presenciar la segunda mitad de aquel descenso a los infiernos. Así es como opté

por regresar a casa, restregándome por el camino contra la normalidad barberense como el gamberro italiano contra su ligue, deseando extirpar de mis entrañas la malignidad de otro mundo en la que me habían sumergido sin mi consentimiento.

Los Airgam Boys

Mi madre siempre temía que me pasara algo malo si andaba a mi aire por Barberà: como en toda periferia populosa, en efecto existía alguna posibilidad de robo o violencia inesperada, pero su temor convertía aquellos andurriales en poco menos que Dodge City, así que no tardó en contagiarme esa aprensión a circular solo por el pueblo. Ante la perspectiva de salir a la calle para arriesgarme a caer en las manos de algún maleante o en una discusión de navajeros, y la de quedarme en casa jugando, a resguardo del indómito barrio, esta última resultaba la opción más atractiva…

Desde muy enano me chiflaba jugar con muñecos y fantasear historias para ellos. Me gustaban todos, también los pasados de moda, esos soldados, vaqueros e indios de plástico monocolor que se sostenían por una base plana pegada a los pies como surfistas en tierra firme.

Los más modernos eran los Big Jim. Más que los Madelman, que me parecían su versión Alan Ladd: bajita y poco articulada. Y por descontado más que los Geyper Man, demasiado grandotes y pesados para escenificar la variedad de maniobras que les tenía reservadas. Los Big Jim, en suma, ganaban en sofisticación. Por algo venían de América. El único problema es que se partían enseguida. Se les descalabraba fácilmente el engranaje de una pierna o de la cintura, y como los vendían tan caros, pues apenas vi un Big Jim a lo largo de mi infancia. Es triste, la verdad.

Por eso yo prefería los Airgam Boys, porque eran más de batalla. Si se rompían no perdían su funcionalidad, seguían resistiendo mínimamente operativos, y su sensato tamaño inspiraba escenas más elaboradas y dinámicas en mis manos canijas.

Durante años fui el orgulloso poseedor de una valiosa caja de zapatos repleta de Airgam Boys y sus accesorios —coches, caballos, correajes, de todo y de nada a un tiempo, y lo que no había lo

suplía mi imaginación—, y cada día me encerraba con ellos a jugar sobre mi cama o la alfombra, durante una hora al menos. Me inventaba tramas vaqueriles o policíacas que me facilitaran el poner en aprietos a mis muñecos y hacerles ejecutar acciones violentas, tramas que eran excusas para encajar en sus manitas escleróticas las metralletas, pistolas y demás complementos bélicos de que disponía, recuperados del fondo de mi cofre de cartón. Solía fijarme en las series de televisión de entonces y recreaba algún capítulo, improvisando también episodios nuevos para *Los hombres de Harrelson* o *Starsky y Hutch* o *Los casos de Rockford* con mis intrigas originales. O me sacaba del magín una serie inexistente con personajes y argumentos de creación propia y adaptada a la tullida realidad de mis actores.

Como un Gulliver de frenopático arrojado entre un puñado de liliputienses inanimados, les insuflaba vida con mis garras para protagonizar vibrantes capítulos; pero antes imitaba las cabeceras de créditos yanquis y congelaba a mis airgams en ensalada de violencias, visualizando superpuestos los nombres de mis estrellas, mientras con chasquidos de lengua y vientos nasales emulaba los temas catódicos setenteros —Mike Post era mi referente—. Tenía guestestarrins y todo.

Y, con el tiempo, unos muñecos cada día más desmembrados por el uso: al que no le faltaba una mano, le faltaba el rígido aplique negro o marrón que pasaba por su cabello; el que no carecía de un pie, llevaba despintado un ojo. Ya me estaba quedando seco a la hora de crear justificaciones argumentales para mi perjudicada *troupe*: que si un ladrón cojo, que si un indio tuerto, que si un pistolero abducido por los marcianos y devuelto sin tapa de los sesos ni cerebro bajo el Stetson…

A los doce o trece años, casi un adolescente hecho y derecho, seguía tirándome al enlosado de casa a jugar con los Airgam Boys. No sentía que le hiciera daño a nadie, ni a mí mismo, prolongando esos juegos de infancia. Hasta que un sábado pasé por delante de la salita y vi a mi padre mirando por centésima vez una peli antigua de Tarzán, ritual cansino de la sobremesa española. Me detuve ante la pantalla justo en el instante en que Johnny Weissmuller se agarraba al sobadísimo cocodrilo de plástico con el que simulaba luchar. Experto en muñecos de tanto chupar baldosa, no se me

ocurrió otra temeridad que soltarle a mi padre:

—Jobá, no sé cómo no te aburres viendo esta chorrada siempre. —Y encima añadí—. Es la misma tontería de cada película de Tarzán, está más mal hecho…

La respuesta tajante, implacable de mi padre no se hizo esperar:

—Lo que es una tontería es que a tu edad sigas jugando a los muñecos como si fueras gilipollas.

Mis mejillas ardieron.

Sin decir nada, salí al pasillo y quedé pensativo frente al armario empotrado, rehogándome en el fuego de mi propio bochorno. Luego abrí la puerta del armario, saqué mi caja de Airgam Boys y la tiré al cubo de la basura.

La tuya más

Las pocas veces que probaba a integrarme en alguna pandilla que no fuera la de los sumisos salía trasquilado.

En una ocasión me apunté a la pandilla de los malos (y males) menores, chavalines que eran solo medio gamberros medio normales. Los lideraba, cómo no, el hermano pequeño del Tiñoso, y casi todos contaban con un año menos que yo, lo cual suponía una barbaridad, un curso entero de colegio y tal vez algún estirón de diferencia. El Tiñoso Junior se mostraba más razonable que su hermano, solo porque era esmirriado y su mirada no amedrentaba tanto. Pero la cosa se estropeó el segundo día cuando, a la hora de decidir qué hacer esa tarde, uno propuso subir a casa de algún voluntario a ver una peli. Por mi cabeza pasó la loca idea de invitar a esos piezas a mi piso: la cara que hubiera puesto mamá. Por suerte otro comentó que a su casa ya no llevaba a nadie, porque la última vez alguien de la panda «se robó» un billete de quinientas pelas que su madre había dejado en la mesita del pasillo de entrada.

Yo me quedé alelado. ¿Uno de los amigos de esa pandilla había robado a otro en su propia casa? Si eso se hacían entre colegas… Así que puse alguna excusa y no volví a acercarme a ellos.

Con los que sí me llevaba bien era con el Sátur y el Rulis, dos taruguillos la mar de simpáticos que residían con sus familias en mi escalera. Siempre iban juntos y siempre se peleaban de broma. Y sus peleas verbales, más desbocadas que las de Juanito Valderrama y Dolores Abril, conformaban un *show* de *qualité*.

El modo más efectivo de agredir de palabra a otro chico es mentándole la madre. En ese campo, el Rulis y el Sátur no tenían rival: podían pasarse horas llamándose hijoputa mutuamente de mil maneras creativas, agregando infinidad de variables.

Una de las tardes más divertidas de mi infancia la viví como espectador de su gresca. Habíamos jugado a la pelota varias horas y

estábamos cansados, el crepúsculo nos encontró reposando la espalda contra los pilares de la esquina de la plaza. El Rulis, que siempre era el más cabrón, porque a la mínima te metía un dedo en la oreja o en el ojo solo por joder, se volvió al Sátur:

—Saturnillo, sube a tu casa, que la puta de tu madre ya te está esperando.

—Puta lo será la tuya, Rulis.

—Sube ya y dile a tu madre que esta noche tardaré un poco en subir.

—Sube tú, que va a venir tu padre a comerme la polla.

—Pero si mi padre está con tu padre, comprándole la entrada para poder metérsela a tu madre.

—El tuyo sí que vende las entradas para meternos en la cama de la tuya.

—¡Anda ya! Si tu padre y tú seguro que os la meneáis uno al otro.

—Vete a tomar por culo.

—Bueno, subo a follármela. ¿Quieres que le dé algún recado? —El Rulis siempre ganaba.

Y así podían seguir horas banderilléandose de palique… La puesta de sol añadía un toque triste al escenario, la arena en torno llameaba malva, de pronto el nuestro era un parque en otro planeta. Con la muerte del día, puntual como un almuédano llamando a la oración desde un minarete con toldo verde, asomaba al balcón la Anita:

—¡Niñaaaaa, que subas a casaaaaaaa, que ya es HORAAAAAAAAAAAA!

Berreaba con vigor teñido de desespero, desgañitándose para que la muchacha la oyera desde la otra punta del parque. O desde la otra punta de Barberà. La Anita era la escandalosa genuina del barrio. Y una buena mujer, una granaína muy ingenua. Un día hizo llorar de risa a mi madre al preguntarle qué hacían los maricas para intimar, porque no tenía la menor idea. Cuando mi madre se lo explicó, casi le da un soponcio. Pese a sus talantes dispares, mamá y ella fraternizaron: hoy es la única exvecina de la plaza que llama cada día a la Marta para preocuparse por su estado.

—¡¡¡Que subas te digoooooo!!!

Sabía que también era mi hora de volver a casa, porque a mi

madre no le «prestaba» que me quedara en el parque «después de que se haga de noche», como decía ella. Subí secándome las lágrimas mientras los cachondos de mis vecinos retomaban su riña de mentirijillas.

Yo no necesitaba que mi madre saliera al balcón a llamarme. Me hubiera causado muchísima vergüenza… y a ella más. Antes hubiera bajado a buscarme que despertar así la atención desde nuestro balcón. Pero nunca hizo falta. Mi sentido de la responsabilidad ante mamá obraba tan obsesivo como su instinto de protección.

Éramos gente humilde del norte. Yo en mi vida hubiese jugado a llamar puta de todas las maneras imaginables a la madre de otro amigo.

Putos andaluces. Qué gracia tenían los jodíos.

Quiero ser como tú

Tras quedarme huérfano de Airgam Boys por mi propia mano, me obligué a integrarme en el pedazo de mundo cotidiano que me rodeaba, aunque habitualmente me causara rechazo. Ello pasaba por poner cierto ahínco en socializar con los chicos de la clase, pero también con mi familia.

A la gente normal le gustaban cosas normales, como la política o el fútbol. Y comprendí que para parecer un hombre de verdad estaba obligado a que me gustasen esas cosas.

Pero yo aborrecía la política, a mi juicio la expresión más desalentadora de lo prosaico de la vida. ¡Era la anulación del espíritu humano, de la belleza, del arte! La kriptonita del pop.

Tampoco entendía por qué papá, siendo comunista —su utopía: revolución o nada… y Stalin le sabía a poco—, jamás se preocupaba por el sistema de gobierno ni participaba en ninguna movilización colectiva. Su única manifestación significativa la había hecho unos años atrás, ante su esposa y sus hijos en casa, el día del fallido golpe de Estado de Tejero: el famoso
23-F.
O mejor dicho, al día siguiente: el martes 24 de febrero de 1981.

Yo estaba contentísimo porque nos habían concedido el día libre en el colegio, ante la incertidumbre de lo que pudiera suceder con el futuro de la democracia española. A mis nueve años, lo único que sabía de regímenes políticos era que España también había tenido su villano marveliano a lo Hitler. Durante la comida, probé a sonsacarle a mi padre algún dictamen sobre el golpe. Pero mi padre no hizo comentario alguno. Solo le recuerdo riéndose cada vez que algún locutor o analista expresaba su miedo o preocupación. Se partía de la risa, como siempre, como cuando me lanzó a la piscina, como cuando discutía con sus padres, le encantaba lo que estaba ocurriendo. No soltaba prenda, pero en el fondo, le importaba un

bledo que Tejero ganase o perdiera.

Y lo mismo el país.

Más adelante comprendí que la verdadera opción política de papá era la de joder la marrana. Disfrutaba percibiendo a la gente fastidiada por ese tipo de asuntos mundanos que a él, aparentemente, le resbalaban. La quejumbre ajena le servía de alimento. Desde su perspectiva de carpintero asalariado, papá consideraba que la vida de un individuo de su clase social nunca se vería afectada por quien gobernase: él y los que eran como él siempre permanecerían en el barro y nunca inquietarían al poder, fuera del color que fuese su pelaje.

Mientras la cabeza le rigió, mi padre fue un nihilista. Antes del alzheimer, amó el caos.

Así que ya desde niño, desalentado por el cinismo desenfadado de mi padre, descarté el activismo político como vía para combatir la alienación. Para encajar de una vez por todas en mi entorno no me quedaba más remedio que contemplar la otra actividad que volvía locos a mis amigos y a todos los padres de familia, aquel tema que daba para infinitas conversaciones varoniles desde hacía décadas, tal vez milenios.

El fútbol.

Mi padre era de esos señores del siglo XX que iban por la calle con la señora a un lado y el transistor al otro. Presumía de que nunca nos había sacado a pasear ni a mi hermano ni a mí, pero al transistor sí lo sacaba a menudo, para escuchar el partido de la semana. Tras la muerte de Franco, el fútbol seguía omnipresente en la sociedad española. Sin ir más lejos, Barberà tenía su equipo oficial local, similar al Barça incluso en su uniforme azulgrana, pero con la noción asumida de no ser más que un club. El pueblo también contaba con su propio Espanyol, aunque en este caso el equipo de la oposición, por cuestiones de representatividad, se llamaba Andalucía.

Así que si necesitaba acoplarme a la masa y demostrar que no había diferencia entre mis gustos y los del resto, tendría que hacerme también un forofo descerebrado del fútbol.

Empecé a escuchar al Butanito todas las noches. Fue una buena elección para un niño que, sin saberlo todavía, solo fingía interés en el «deporte rey» y que tardaría poco en admitir que se la traía al

pairo. Pero el espacio radiofónico de José María García presentaba al menos contenidos de «denuncia», llenos de detalles escabrosos y un sensacionalismo capaz de atrapar la atención del ciudadano más indiferente: corrupción, agresiones, tramas criminales de fondo… ¡aquel programa parecía *Dallas*!

Me puse al día de quién era quién en el negocio del fútbol español. Empecé también a leer el *As* «con avidez» y me sumé a todas las discusiones balompédicas entre mi padre y Jean. Mi hermano había seguido el credo sentimental de mi tío Isaac y se había hecho hincha del Athletic de Bilbao, pese a que no teníamos ninguna ascendencia vasca. Yo de niño también le iba al Athletic, pero ahora decidí que me haría del Real Madrid, como papá, para congraciarme con él y que no pensara que estaba criando una nenaza. Qué curioso, ¿no? Tampoco teníamos ningún antepasado madrileño…

Los partidos del fin de semana los veía sentado en el suelo, pertrechado tras una radio con auriculares como un recluta en funciones de avanzadilla, escuchando la transmisión desde alguna emisora importante, sin hacer caso a los comentaristas de la tele. Me parecía que era un seguidor mucho más legítimo así: los comentarios radiofónicos me hacían más antisistema, más rebelde ante la información normativa suministrada por la tele estatal (no había otra). Eso me hacía más listo que los demás. Esperaba que mi padre, repantigado atrás en el sofá, apreciara ese detalle.

Participaba por fin de una santa actividad que se repetía casi idéntica en la mayoría de hogares, el rito más practicado de nuestra religión verdadera: la sagrada reunión familiar frente el televisor para comulgar extasiados ante un partido de liga. Mi madre era la única apóstata de los cuatro y permanecía ajena, bendita sea, a esas carreras arriba y abajo detrás de un balón. El fútbol era como el coñac Soberano: cosa de hombres. ¡Ya me veía hablando con mi padre y mi hermano, con los colegas del cole, de que si Juanito la empalmó de la leche contra la escuadra o si de que Quini dribló superbién al defensa!

—Este año ganaremos —decía mi padre, o mi hermano, o cualquier compañero de clase.

Y yo asentía, claro, pero para mis adentros pensaba «¿Quién te ha integrado a ti en el equipo de jugadores? ¿Y por qué crees que te

representan, si no juegas con ellos y ni siquiera haces deporte? ¿Si ellos no saben quién eres ni tienen nada en común con tu vida? ¿Y qué diantre vais a ganar, si no te van a dar nada, salvo la apariencia de que formas parte de esa victoria?».

Evidentemente, la comedia duró solo unos meses. Al final, como con casi todas las cosas que uno hace para que los demás le acepten, acabó ganándome la sensación de hastío. Tanto afán impostado provocó que la rutina del fútbol sucumbiera por su propio peso. De un día para otro me sentí muy tonto siguiendo la vida y regates de aquellos señores y sobre todo aparentando que me interesaba.

Si bien resignado de por vida a que mi sentido de pertenencia a la comunidad continuara siendo nulo, acepté hace un par de años el encargo de un amigo peruano poco antes de partir a mis vacaciones españolas: quería que le trajera de Barcelona una camiseta del Barça, con un número y el nombre de su hijo en el dorsal. Me dio incluso cien euros, yo pensé que sobraría. El día antes de mi retorno a Lima, me metí en la tienda oficial de la plaza de Cataluña y localicé la camiseta. Costaba cien euros.

Permanecí una media hora inmóvil frente a aquel trapo. Por más que me figurara la impagable sonrisa del niño cuando recibiera la camiseta, sobre ella se superponía la sonrisa pagadísima de sí misma de todos los sinvergüenzas que se llevaban esos cien euros redondos.

No pude hacerlo. Mucho más esfuerzo me costó, en el avión de regreso, pensar un pretexto para el pobre padre. De ser parecido al mío, no le hubiera importado un pimiento aquella decepción, como a papá no le importó que yo dejara de ver fútbol con él.

Pero ningún padre era parecido al mío.

Nochebuenas con mariachis

Los únicos brotes de comunión real que florecían entre papá y yo se daban viendo películas del Oeste los sábados por la tarde y escuchando rancheras mexicanas en Nochebuena.

A mi padre le gustaba el cine, en especial el hollywoodiense, claro, por más que su alma comunista le hiciera abominar de los yanquis y despotricar contra ellos. Se enfurecía de veras cuando en una peli los personajes reaccionaban de un modo específicamente anglosajón —la obsesión del colono estadounidense por reclamar como propia la tierra donde se asienta sin preocuparse de si ya estaba ocupada; la naturalidad con que aplican la ley del talión; la facilidad para poner en peligro de muerte al prójimo; «estos protestantes…», protestaba papá—, pero en el fondo disfrutaba como un crío ejerciendo de reacio espectador de celuloide gringo. Decía que no podía ver ni en pintura a John Wayne porque era muy facha, pero se tragaba cualquier cosa suya que echaran por la tele. Eso sí, prefería que el vehículo a mayor gloria de la estrella de turno tuviera al frente de sus riendas a Kirk Douglas o Robert Mitchum, y a Ernest Borgnine o Walter Brennan en el pescante. Su actriz predilecta era Elizabeth Taylor, pura cerámica esmaltada, en eso mostraba un refinamiento civilizado. Yo prefería a la Angie Dickinson de *Río Bravo* o a la Raquel Tejada de lo que fuera.

Existe una comunicación soterrada entre padre e hijo que no requiere de palabras. La relación con mi madre sí evolucionó, conforme fui perdiendo la timidez para expresarle mis sentimientos. De niño, esa adoración también fue muda, como cuando mamá me plantaba en la mesa de la salita su dedal relleno con jerez, como bajativo de sobremesa. Yo me pasaba una hora observándolo y libando, a sorbitos de pigmeo, racionando el licor en lo posible. Nunca quería más a mi mami que cuando me servía ese dedal de hierro que hacía que me creyera tan mayor.

Con papá, ese conducto indirecto de cariño nunca rebasó la fase del dedal de jerez. Hoy me gustaría decirle a mi padre que le quiero mucho. Fue severo y poco comunicativo, pero no fue un mal padre. No al menos para la época que nos tocó vivir. Y tampoco para el contexto sociocultural del que procedía, donde el machismo y las maneras toscas eran la moneda de uso corriente: mi padre tenía un tío minero que muchas madrugadas volvía a casa ebrio, procedente de la cantina del pueblo, y levantaba a golpes a su esposa para que se asomara al balcón a cantarles a sus amigotes.

A mi hermano y a mí nos educaron en el ascetismo económico y expresivo, con raíz en un ateísmo irremediablemente católico, y lo aceptamos con buen talante. Desde luego, no pasamos jamás hambre ni hubimos de soportar ninguna injusticia o maltrato. No hubo tampoco ningún sesgo religioso o imposición arbitraria en nuestra crianza. Mi madre era puro amor y sacrificó todo goce particular por sus hijos. Y sembró en nosotros una ética de la humildad que a veces nos ha hecho sufrir en silencio y que es nuestra esencia más desamparada y cierta.

A mi padre tampoco puedo reprocharle nada, pese a su incapacidad para dar afecto. Papá fue justo y nos quiso a su manera. No fue rigorista ni nos jodió con discursos de respetabilidad social o intransigencias patriarcales: siempre admitió el albedrío de sus hijos. Y desde la infancia nos demostró con su comportamiento, si no de palabra, que era un buen hombre. Todo esto lo pude ratificar gracias a nuestros vaqueros sabatinos, compartiendo chutes de regocijo y subidones de testosterona frente al televisor.

Y cada año lo ratificaba también al llegar la Nochebuena: después de la opípara cena —en esa fecha comíamos todo el marisco que no podíamos permitirnos el resto del calendario—, los cuatro entreteníamos un rato la tele hasta que mi hermano y mi madre se retiraban. Entonces, papá encendía el tocadiscos e iniciaba la escucha de una larga sesión de canciones mexicanas que solía extenderse hasta las tres o las cuatro de la madrugada. O las cinco.

Yo me quedaba siempre a su lado en el sofá, recitando en mis adentros esas serenatas para nadie que me sabía de memoria, viendo por el rabillo del ojo a mi padre reclinar la cabeza contra el respaldo, fumar un ducados tras otro, tomarse su copa de coñac y

alguna vez tararear un estribillo mientras miraba morir el humo. Cuando la aguja finalizaba su recorrido espiral, se levantaba a voltear la cara del disco o lo cambiaba por el que se le antojara.

En ese terreno del «macho mexicano», de la «bandida aguerrida», de los «amores traicionados», de las «parrandas», la «santa viejita» y las «balaceras», donde el único credo que uno abraza es el de que «el mundo me importa poco» y el mayor interés amoroso estriba en «que tengan hermanos que no sean celosos, que tengan sus novios caras de babosos»… se forjó parte de mi educación emocional.

Creo que lo mismo le sucedía a mi padre: en el folclore de México, que abarca casi todos los palos, la sensibilidad extrema pero torpe se camufla de ostentación viril.

De entre todas las canciones que escuchábamos, mi preferida con diferencia era «De un mundo raro». Compuesta por el maestro José Alfredo Jiménez, su letra constituye la transcripción más cristalina y flagrante de la maldición que los Migoya llevamos dentro, esa maldición que se traduce en nuestra incapacidad para entregarnos y la proclividad a mentir sobre nuestro pasado, a profesar una estoicidad espartana y a no manifestar el dolor. Es el «impriman la leyenda» fordiano del cancionero azteca.

Mucho tiempo después, cuando yo ya no vivía con ellos, una tarde ociosa me comentó mi padre que aquella era su canción favorita, sin sospechar que coincidíamos en el gusto. Me sorprendió, nunca se me hubiera ocurrido pensarlo.

Ahora, con la enfermedad al timón de su voluntad, me pregunto qué pasará por su cabeza ausente y me irrita la impotencia de no poder averiguarlo. Sin embargo, cuando se hallaba bien de salud tampoco me era posible saberlo. Mi padre fue un enigma siempre. La prueba está en que la canción favorita de mi padre —un hombre orgulloso de su masculinidad y su carácter tradicional— consistía en una declaración de derrota sentimental y la admisión de una vida fingida.

Risas y moquetas

El hijo de los panaderos del barrio, el Jere, era todo un personaje, un elemento dudoso que jugaba a dos bandas. Regordete sin exagerar y bronceado sin justificar, arrastrado en el porte y amante de la risa floja, la voz ronca y las amistades por interés… tan pronto hacía de correveidile del Tiñoso y el Enclenque como se colgaba de los hombros de los alumnos «normales», grupo al que aparentemente, a falta de otro, yo pertenecía.

Observado de lejos, la moral del Jere se asemejaba a su manera de caminar: siempre avanzaba levantándose los pantalones, que terminaban deslizándosele culo abajo por la ley de la gravedad y las facilidades presentadas por su físico sinuoso. No era muy de fiar.

Pero en el fondo el Jere me caía bien. Nunca perjudicó del todo a nadie y, como la mayoría de los críos del barrio, únicamente aspiraba a pasar pantalla diaria llevándose la menor cuota posible de bofetones. Además, te partías el pecho con él.

Un día acompañé al Jere a una agencia de viajes situada en la carretera de Barcelona. La clase había decidido, a instancias de la tutora, organizar nuestra primera excursión de colonias, y para reunir el dinero habíamos vendido números de un sorteo. El Jere y yo seríamos los encargados esa mañana de tratar con la agencia en representación de todos los alumnos y averiguar los precios por grupos.

En Barberà, al igual que en tantas otras poblaciones periféricas, abundaban las explanadas de tierra cruda y los senderos de arena o grava. Y la víspera había descargado sobre la comarca un descomunal aguacero: en consecuencia, el camino entero desde la plaza de la Unidad, calle Nemesi Valls adelante, hasta la carretera de Barcelona amaneció colmado de charcos y barrizales. Justo frente a la manzana donde estaba emplazada la agencia y a ras del bordillo de la acera, corría una lengua de lodo negro, desparramada

a causa de las lluvias.

Un paseo de diez minutos nos había conducido al local de marras: entramos en él con discreción y nos quedamos plantados en medio de la sala, calladitos. Y también desconcertados, porque allí dentro no había absolutamente nadie. El Jere y yo estábamos solos. No se veía un solo cliente, pero tampoco a nadie despachando.

Tras unos segundos de indecisión, el Jere tomó la iniciativa: se dirigió al mostrador con zancada firme, miró a un lado, al otro, dio una vuelta al ruedo para comprobar si por algún rincón aparecía alguien, y volvió impotente hacia mí, encogiéndose de hombros.

Para entonces yo ya me había fijado en la fastuosa moqueta gris que cubría el suelo, y en algo más: a lo largo y ancho de su superficie resaltaban impresas las huellas de barro negro procedentes de las suelas dentadas de las zapatillas deportivas del Jere.

Iban y venían por todo el local, delatando el recorrido realizado unos segundos antes: una curva hacia el mostrador, luego una amplia circunferencia en sentido contrario y luego una diagonal de regreso en medio de la sala. Era increíble, ni aposta habrían quedado marcadas de manera tan nítida. Parecían las serpentinas de pasos de los dibujos animados de la Pantera Rosa.

El pánico y la hilaridad —una hilaridad yo creo que también motivada por el pánico— nos alcanzaron al mismo tiempo. El Jere palideció hasta el punto de que jamás su cara flácida lució tan blanca; yo empecé a retorcerme por aguantar la risa.

Lo que me figuraba es que, acto seguido, el Jere y yo saldríamos disparados de allá y adiós muy buenas, antes de que se presentara alguien de la agencia y nos jodiera vivos. Cuando ya pensaba que el Jere secundaría mi propósito de poner pies —negros— en polvorosa, él adoptó una estrategia que define a la perfección la mentalidad de los chavales de mi barrio. Una mentalidad que nunca ha cesado de repelerme y fascinarme. Demostrando una pillería que yo jamás conseguiría dominar, el Jere buscó, con una calma glacial, el único rincón que restaba limpio de la moqueta e impertérrito se desplazó hasta allí para frotar bien duro las suelas de sus bambas, hasta ennegrecer ese retal no hollado y dejarlas impolutas.

Yo seguía retorciéndome del histerismo, pero cada vez más acojonado.

—Joder, Jere, ¿qué estás haciendo?

Y se volvió a plantar, más fresco que una lechuga, que mil lechugas juntas, en el centro de la sala. Permanecí un metro rezagado, sin atreverme a robarle protagonismo, admirado de su jeta. Me temblaban las piernas, me temblaba todo…

… Y al fin asomó la cabeza un dependiente.

El tipo, un hombre de unos treinta años, con bigote rubio o gafas, surgió de una puerta al fondo. Caminaba con la naturalidad y la sonrisa de los vendedores de sí mismos, para recibirnos cumplidamente, quizá algo cohibido por el retraso, hasta que de pronto reparó en la moqueta embarrada. Su semblante se descompuso y los últimos pasos hasta el mostrador los efectuó con mucha mayor cautela, cautela de empleado de banca en territorio obrero. O la de un rostro pálido que se hubiera metido sin querer en un cementerio siux.

—Hola… eh… ¿esto lo habéis hecho vosotros?

—¿El qué? —replicó el Jere.

El hombre señaló pasmado el sindiós del suelo.

—Ah, ¿esto? —continuó mi compañero, como si nada—. Pues nosotros no hemos sido.

Y acto seguido levantó metódicamente un pie y luego otro, mostrándole las suelas al pobre hombre, cuya triste estampa nos parecía ahora merecedora de adopción.

—¿Ve? Nosotros tenemos las bambas limpias.

No sé si el tipo le creyó, o no quiso problemas, o si nos tenía miedo, pero nos dejó marchar, no sin antes proporcionarnos la información que habíamos ido a obtener. Cumplida nuestra misión, caminamos doblándonos a carcajadas y sujetándonos las convulsiones de la panza todo el trayecto de vuelta hasta nuestra reserva india.

La actitud manoletil del Jere reflejaba una idiosincrasia de la que yo carecía por completo. Aquel día de hace treinta y pico años me sentí, por mucho que hubiera reído, un tontaina sin igual.

Veranos Greases

También viví de niño los veranos idílicos de las películas.

El lugar: Vilagarcía de Arousa. El motivo: mi tía Mita, la hermana de mi padre, residía allí junto a su esposo (y padrino mío) Juan Luis y sus dos hijos de mi edad, David y Sergio. Cuando a los doce años viajé con mis padres y Jean a pasar unas semanas en el piso de los Patiño, para mí se terminó cualquier otra posibilidad estival: ni Ponferrada ni Cangas de Onís resistían la menor comparación con aquel edén.

Mi primer recuerdo de Villagarcía es el mar entrando en el portal de mis tíos: una imparable ola atravesó todo el vestíbulo hasta la salida a la calle de atrás. Caminar por la acera y que te sorprendiera ese aluvión de agua, arrollando tobillos de viandantes y llantas de automóviles por igual, era ¡guau! Como estar metido en una de esas películas que mezclan personas reales con mundos dibujados.

Aquello era producto de las mareas, claro, y lo que teníamos a la puerta era una ría, pero para mí no presentaba diferencias con una playa cualquiera. Y en las semanas sucesivas, las arenas villagarcianas se me antojaron un enclave tan paradisíaco como la más preciosa cala caribeña. Qué importaba si sus aguas no despedían tonos esmeraldas y transportaban burbujeantes algas pegajosas: a base de batallas de ahogadillas y guerras de sargazos fui olvidándome hasta de la amenaza de algún posible ataque a traición del gran tiburón blanco…

Aquel verano lo pasé tan bien que cada julio siguiente regresé solo.

Con mis tíos descubrí funciones emotivas que involucraban al núcleo familiar entero, de propiedades ajenas a los sentimientos adustos con que, fuera del ámbito de mi madre, nos manejábamos en Barberà. Recuerdo concretamente un sinsabor bañado en miel: el

infinito cariño que empleó mi tía Mita en despertarme una mañana para contarme que mis padres y hermano habían sufrido un grave accidente de coche. En los Picos de Europa, en una de aquellas angostas carreteras de montaña tan poco seguras, el igualmente poco fiable papá había estampado su primer auto recién estrenado, un flamante Simca 1200, contra un camión que le venía de frente. Por fin averigüé cuál era la función latente de un padrino y por unos segundos temí haber de recurrir a ella de por vida. Por fortuna, papá, mamá y Jean sobrevivieron al choque. No así el Simca.

En cuanto al régimen doméstico de mis tíos, Mita se desenvolvía como ama de casa férrea y eficaz, y el apellido Migoya le garantizaba que el clan bajo su ala fuera poco menos que un matriarcado. Por su parte, Juan Luis fluctuó laboralmente como la pleamar de su localidad natal: en poco tiempo pasó de recibir leches en un barco mercante —lucía una cicatriz en el labio de un machetazo en un motín— a repartirlas por Galicia en un camión de la Larsa. Pero su vocación primera consistía en tocar la guitarra en conjuntos *amateurs*… y la segunda, en perpetrar bromas pesadas. Mi padrino era capaz de introducirse bajo el colchón de la cama de mis padres para meterles un susto en plena noche de bodas; o echar picante en el vaso de vino de la abuela Rosalía para que rabiara de escozor; o dar la bienvenida a mis tíos Isaac y Rosi, recién llegados en coche desde el Bierzo, con un balde entero de agua lanzada desde la ventana.

Sus locuras y trastadas sacaban de quicio a los Migoya, pero a mí me entusiasmaban. Y el niño grande Juan Luis siempre agradecía mis aplausos. ¡Hasta me pasó a escondidas el primer *Playboy* que sostuve en mis manos! Lo protagonizaba la chica que acompañó a Michael Jackson en su vídeo «*Thriller*». Pero era como si Dios me hubiera dado pan cuando aún no disponía de dientes…

Lo cual no significó ningún obstáculo para que incluso mi primer amor correspondido fuera villagarciano: la prima de mis primos, Esther, todo un bellezón púber por quien bebí los vientos en las últimas etapas de mi inopia sexual.

Me costó dos veranos proponerle una cita al cine y para mi sorpresa accedió. En cartelera nos tocó *Los Goonies*, nada menos, filme que desde entonces asocio al sudor irreprimible de manos.

Nunca he aferrado una palma con tal ardor como la de la pobre Esther en esa tarde fantástica, expuestos a los gorgoritos de Cyndi y a los bramidos de Sloth.

Esther fue la última rubia de la que me enamoré. Consintió en que saliéramos juntos, pero nunca la noté muy entusiasmada. O eso, o estaba tan acostumbrado al fracaso de mis deseos, que transformé una victoria sentimental en otra nueva derrota para sentirme cómodo. De algún modo, me sentía más libre si perdía. Para mí, decirle a una chica que la quería y pedirle que me correspondiera conllevaba el final de la película: si me rechazaba, la película continuaba y era libre de respirar a mis anchas. Pero si ella me decía «sí, salgamos juntos», se abría por delante todo un abismo de incógnitas que me traumatizaba. ¿Y después qué? ¿Qué había que hacer luego? Ese terreno inexplorado de una vida cantada a dúo despertaba en mí la mayor zozobra existencial.

Además, Esther resultó mucho más pragmática y sensata que yo. Mi concepto de una relación se basaba en un bucle eterno de «te quieros» y apasionamientos asexuados copiados de las películas. No sabía que no se puede estar las veinticuatro horas seguidas al límite del arrebato. Es como ir cada día al gimnasio y pretender batir invariablemente tu propio récord de la jornada anterior: al cabo de unas pocas sesiones terminarás psicológicamente chafado.

Tras convertirnos en novios oficiales y prodigarnos semanas enteras besitos de dibujos animados, Esther me abandonó por carta durante los meses de barbecho barberense: obviamente, aquello no iba a ningún lado, pobre chica, tener que tragarse casi un año en soledad para ver por fin al tonto de su noviecito catalán que no se caía del guindo ni a la de tres. Uno de aquellos días de separación obligada y para estrechar nuestros lazos, le había prestado por correo un manoseado ejemplar de mi novela de amor preferida, *El arrecife del Escorpión* de Charles Williams, sus páginas crucificadas de ardientes mensajes casi cifrados, escritos a lápiz en letra diminuta y camuflados entre los párrafos impresos con la torpeza de un espía de comedia. Lo más patético: entre los raptos de lirismo y las declaraciones sensibleras, me tomaba el tiempo de recomendarle con trémula caligrafía que no se perdiera *Regreso al futuro*…

En la carta siguiente, Esther me comunicó que me dejaba. Que mejor siguiéramos como amigos, etcétera. Lo lógico hubiera sido

hundirse en la tristeza y de hecho me instalé en ella una temporada, pero al fondo de la consternación no podía evitar escuchar un suspiro de relajación, la relajación que comporta toda renuncia. Fue la primera vez que alguien cortó conmigo y que sentí alivio al instante.

Superada la «ruptura», cada nuevo julio me incorporaba como si nada a la pandilla de mis primos y sus amigos. Nos íbamos a jugar a la orilla de la ría, o de paseo en la barca del padre de Esther, el tío Pepucho, y a la vuelta comíamos un pulpo de muerte de los que preparaba mi tía.

Mi primera teta en vivo la vi en la barca de Pepucho: a Luisa, la vecina que cada tarde se unía a nuestras andanzas, la golpeó una corriente fuerte mientras nadaba en torno al botecito y, al trepar a bordo, no se apercibió de que un seno de nata le asomaba sobre el derrotado biquini. Fue un momento sublime, que atesoro con el fervor de un Rodrigo de Triana al divisar el Nuevo Mundo. Claro que yo no señalé ni grité mi júbilo.

Nadando en torno a esa misma barca a mí me pasó algo peor: me sobrevino un retortijón de los que a veces provoca el destemple en aguas frías y me asaltaron unas ganas insufribles de cagar. Así que me alejé lo que pude de la barquichuela, rezando para que nadie se fijara en mi sospechoso proceder, y retiré por debajo del agua el bañador *slip*, para desalojar mi munición. Así lo hice, el torpedeo fue uno y limpio. Braceé más tranquilo hacia la barca, tras cerciorarme de que mi trasero estaba razonablemente pulcro. Todos se encontraban ya arriba, hablando y riendo como siempre.

Un par de minutos después yo también me consideraba seguro entre ellos, casi olvidado de mi reciente trance y aserenado por nuestras bromas habituales, cuando uno de mis primos dirigió su índice a un punto próximo en la superficie de la ría:

—¡Mirad, un turullo!

Efectivamente, ahí yacía la evidencia del delito, el cadáver que yo había arrojado a la ría, confiado en que su inmensidad lo ocultaría o que, cuando menos, la corriente lo arrastraría de inmediato fuera de nuestra vista, hacia la playa, para que los bañistas se acusaran entre ellos. Pues no, la corriente lo acercó a la barca. Todos explotaron de risa, creo que por suerte nadie pensó que se tratara de un residuo de ninguno de los presentes, y yo me

sumé a las carcajadas con la mayor vehemencia, sintiéndome por dentro como el asesino de alguna de las novelas de Agatha Christie que mi tía, lectora tan voraz como su hermano mayor, me había prestado.

La lección de voyeurismo precoz se prolongó en Villagarcía: aunque el *topless* no fuera muy del agrado de los gallegos, el ir y venir de bañistas siempre nos servía en bandeja resquicios donde la mirada se agarraba. Una tarde en que me hallaba sobre mi cama adoptada con uno de aquellos libros prestados, mi primo David irrumpió en el cuarto y oteó a una chica en la ventana de enfrente que, procedente de la ducha, acudía a contestar el teléfono con el único auxilio de una toalla arrollada al torso: rápido me avisó del hito y ambos nos apostamos a ras de cristal para espiar a la muchacha, a la que enseguida se le deslizó la toalla a los pies mientras conversaba con el auricular en mano. ¡Dios bendiga aquellos calurosos días de teléfonos fijos frente a las ventanas!

Qué sensación contemplar la belleza inconsciente en una dinámica casual y sin el obstáculo del pudor de saberse observada. Qué hermosa experiencia cuando uno todavía no sabe cómo reaccionar a esa belleza. Y es que yo continuaba ajeno a la existencia del pasatiempo onanista, por lo que mi placer se desprendía exclusivamente del acto de mirar la desnudez. El prolongado estímulo visual no despertaba aún el tic adquirido de la paja febril. Hoy aprecio aquel percance como un regalo de la vida.

Aquel espionaje digno de
Porky's
me propulsó a nuevos niveles de deseo, si bien el mío nunca progresó hasta el grado de escarceo serio en tierra gallega. Pese a la fama de sus oriundas de ser sexualmente emancipadas debido a la abundancia de colegios religiosos en la comunidad, nada sucedió allí que confirmara esa teórica correlación. Pero a los quince años me quedé prendado de una chavalita de la vecindad que cada tarde de playa aparcaba su cuerpo rumboso a metros de mi toalla. Nuestras miradas se enredaban por imantación. Mi cuerpo novel deseaba explorar una novia de verdad, tras sobredosis de manitas y besuqueos inofensivos. Y aquella nativa, por lo que decían, cargaba ya con su experiencia. ¡Mejor!, pensaba yo, porque además estaba muy buena.

Una puesta de sol me atreví a hablarle y la cosa prometió: nos saludamos, parloteamos de naderías, observamos que ya refrescaba y convinimos en salir juntos al cabo de tres días. Al despedirnos me dio por preguntarle los años. «Doce», me respondió. Me quedé de piedra: ni su rostro sagaz ni los zepelines de sus tetas sugerían esa edad. Durante los días siguientes me torturé discurriendo qué hacer, si confirmar la cita o dejarla pasar. Al final, me pudieron los remordimientos y nunca me presenté a nuestro encuentro pactado.

Fueron, en fin, mil y una vivencias que aliñaron el cambio inapelable de niño a jovencito y de atontado a pajillero. Porque Villagarcía me aportó mi primera revista erótica, mi primera teta a un palmo de la cara, mi primer desnudo femenino en vivo, mi primera novia y la posibilidad de mi primera amante… pero cuando regresaba a Barberà, seguía siendo el mismo chico pánfilo que no sabía lo que era fornicar ni hacerse una paja. La alegría de vivir y una nueva oportunidad de despabilar los sentidos quedaban aguardando en el Norte.

Por eso, cada vez que veo el prólogo de la película *Grease* en el que se plasma un primer encuentro romántico entre el Travolta y la Olivia, y ambos luego cacarean evocando aquel verano idílico, pienso para mí: «¡Así fueron también mis veranos!».

El diente de más

Desde el punto de vista estético, mi pubertad fue una pesadilla. No solo mi pelo era un completo horror, crespo e intratable al peine por más que quisiera domarlo y lograr un peinado clásico hacia atrás que remedara el de mi padre —cuando papá tenía pelo—, sino que mi aceitosa piel la componía un infierno seboso de granos que se cebaban en especial con mi espalda, convirtiendo en un suplicio cada ejercicio de gimnasia que demandara el acostarnos boca arriba. Cuando el profesor me obligaba a tumbarme así, notaba una dolorosa reventazón en cada omoplato. Las cicatrices aún subsisten.

Físicamente me sentía negro: con mi piel morena y mi pelo ensortijado hubiera podido pasar por un Jackson Sixth en los Jackson Five, uno de pega y numerito en *playback*. Y en mi ingenuidad de pichón me identificaba también con la comunidad nativa americana. Ya por entonces la fisonomía aindiada o andina lideraban tanto mi canon de belleza femenino como el masculino al que aspiraba inútilmente a acercarme. El mundo que me rodeaba estaba a años luz del que yo deseaba, y en él no encajaba en ningún canon.

Pero en mi primera juventud el problema que más me sacó de quicio no podía resultar más básico: ¡la imposibilidad de deshacerme de mi último diente de leche! A los trece o catorce años, mi incisivo central superior izquierdo continuaba siendo el de toda la vida, un recuadrito blanco y ridículo que contrastaba como David junto a Goliath con el pedazo de paleta que había surgido a su lado.

Por más que lo manoseaba, aquel tozudo testimonio de mi vergonzante pasado —la niñez— seguía arraigado en mi encía. Me tenía sumido en la desesperación, porque los compañeros de clase se burlaban todo el tiempo de mi reliquia marfileña. Era como si ellos hubiesen penetrado con pleno derecho en la etapa de la

adolescencia sexual y yo, por un condenado diente de leche, no pudiera disfrutar todavía las ventajas del desarrollo biológico completo.

En casa proponían soluciones de pandereta, ya en alguna ocasión habían usado el cordel y la puerta con alguno otro de mis dientes y sí, funcionó, pero tal era la fijación de este último que no había por dónde atacarlo. Aquel dientito infantil estaba soldado a mí.

Cuando al fin nos dimos por vencidos y reconocimos la anormalidad de aquella testarudez dental, mamá me llevó al sacamuelas como un juguete averiado. Fue mi primera vez en un dentista privado, en la parte alta de Barberà: tanto lujo de oficina y tanta pulcritud de trato me inhibieron por la falta de costumbre. La solvencia de la consulta de pago dio sus frutos y la verdad salió a la luz con la primera radiografía. Sin embargo, no estábamos preparados para un diagnóstico tan alucinante:

—La dentición normal en un niño de su edad es de veintiocho piezas —nos ilustró el odontólogo con expresión de secundario de telefilme de intriga—. Más adelante se añadirán las cuatro muelas del juicio. Sin embargo, en el caso de su hijo, él ahora mismo cuenta con veintinueve dientes, uno más de lo debido. Sin contar el de leche.

La cara de espanto que pusimos mamá y yo no desmerecía un zafarrancho de violines aulladores en plano sostenido.

Con el gesto despiadado de alguien a quien ni le van ni le vienen los sentimientos en juego, el dentista señaló, en la radiografía, la parte superior de mi boca. Una sombra en negativo se alojaba en el maxilar. Más bien parecía un recorte de vacío sobre la masa oscura del área. Un recorte enorme, con anatomía de misil o de… ¡tiburón!

—¿Ven esto? Se trata de ese diente extra. Inexplicablemente, se ha formado en esa zona de la mandíbula superior, y su disposición horizontal obstruye el descenso natural del otro diente que pueden ver aquí.

En efecto, encima de ese «vacío», se observaba la silueta blanca de un incisivo con la misma forma de la paleta que yo ya lucía en el espacio derecho; o sea, su hermano gemelo, que se había quedado atrapado arriba, como la caja de un ascensor averiado. El diente bueno secuestrado por el malo.

Mi madre y yo nos miramos y sé que los dos pensamos lo mismo a la vez: yo era un monstruo. Un futuro hombre con un diente de leche de por vida… ¡De menos había salido un Hitler!

—¿Cuál es la solución? —preguntó la madre del fenómeno—. Porque habrá una solución, ¿no?

—Sí, claro —respondió el médico, feliz de la vida—. Debemos extraer quirúrgicamente ese diente. No es una intervención peligrosa.

—Pero seguro que es cara.

La broma le salió a mamá por treinta mil pesetas, «de las de antes». La operación propiamente dicha no resultó especialmente memorable. Concluida y a punto de irnos, el médico se acercó y me dijo:

—No te olvides esto.

Y depositó un objeto en mi mano.

Era el diente extirpado. Enorme, de al menos dos centímetros de longitud, poseía una estrambótica figura de supositorio abombado con una base de raíces deformes.

Aquello era lo que me había mantenido soldado a la infancia. Y así me marché con mi monstruoso diente a otra parte.

Mi segundo hogar

En los estertores de la infancia, descubrí el Hogar del Libro en el Baricentro y lo convertí en mi segundo hogar.

El establecimiento que esta franquicia inauguró dentro del centro comercial era una coqueta librería con su papelería-quiosco en un extremo. Y en el pasillo posterior se podía acceder sin mucho esfuerzo a unos anaqueles metálicos repletos de semanarios de actualidad, cómics de superhéroes y… revistas de chicas desnudas.

Yo me pasaba el santo día en ese pasillo.

No sé exactamente cómo empecé a tantear la permisibilidad de la dependienta. Supongo que un día me puse a hojear tebeos del primer anaquel y de pronto di con aquellas publicaciones semiocultas, consagradas a la exhibición de la carne y progresivamente más explícitas. Que si el *Interviú*, que si el *Playboy*, que si el *Penthouse*, que si el *Chup-Chup*, todas ordenadas en escala de menor a mayor graduación sexual: teta, teta y coño, teta y coño y piernas abiertas, teta y coño y piernas abiertas y pene embutido.

Allí estaba yo con mis gafas culo de botella, el pelo a lo Boney M, la piel una mezcla pringosa de grasa, sudor y acné. Solo me faltaba untarme Nivea. Y así me podía tirar media hora de mirón con un montón de cabeceras para adultos al alcance de las manos… ¡y nadie en la tienda me decía absolutamente nada! ¿Sería la dependienta mi hada madrina?

Si lo era, su varita mágica tampoco me proporcionó ningún tipo de sabiduría natural. A mis catorce o quince años, desconocía qué era masturbarse. Me alimentaba exclusivamente de la vista para orear la epidermis de unos efluvios eróticos que no hallaban otra vía de escape. Por lo que, abandonados a su suerte, los instintos se maceraban dentro de mi organismo y me brotaban de noche en irreprimibles poluciones trimestrales.

Me transformé en *voyeur* a base de mirar tantas revistas guarras en el Hogar del Libro del Baricentro. No había fin de semana que no me acercara por allá.

Y así, de espaldas a los libreros, me hice toda un hambre.

Tercera parte

Freddie

Con la pubertad, me abrí del todo al pop-*rock* anglosajón. Abandoné a Jorge Negrete, Antonio Aguilar, Antonio Machín o Julio Iglesias en favor de Duran Duran, Paul Young, Sade o Suzanne Vega. La sección de discos del supermercado Continente, ubicado en la planta baja del Baricentro, tuvo mucho que ver en ello. Sus cubetas echaban humo cada vez que me ponía a curiosear en ellas.

Bajo el fulgor amarillo de sus focos, compré a los trece años mi primer disco. Algo en la carátula del *Parade* de Spandau *Ballet* me atrajo hasta el extremo de gastarme en él mi paga de tres semanas para llevármelo orgulloso bajo el brazo, a pie, hasta casa. Por un instante temí que su contenido fuese demasiado raro para mí, que no pudiese llegar a apreciarlo porque no estaba hecho para mis oídos simples, quizá se tratara de un experimento acorde con lo ampuloso de la portada, una de esas en las que no aparece el artista. Nadie medianamente informado hubiera pensado eso de los Spandau, claro, pero yo todavía no les había oído ni calado.

Hasta entonces, aparte de mi primera casete y lo que veía en *Tocata*, en casa solo habían entrado algunos recopilatorios comerciales. En 1983 salió *Monstruo* y en 1984, *Monstruo 2*, típicos ejemplos de antologías con lo más vendido del año en música pop que las casas discográficas solían lanzar en épocas navideñas. Jean y yo los escuchábamos religiosamente y en sus surcos negros descubrimos a Elton John, a Kiss, ¡a Frank Stallone! La edición de cada disco era tan lamentable que ni siquiera había separación entre corte y corte, los fundían uno con otro para ahorrar espacio. O porque les parecía moderno hacer algo así. O tal vez porque estaban pensados para que no «parara la fiesta». Nunca lo entendí.

Los dos *Monstruo* nos flipaban, a qué negarlo. Hasta los

evaluamos por escrito: mi hermano cogía un bic azul y le ponía nota a cada canción al lado de sus créditos y yo hacía otro tanto en rojo. Jean se compró también un doble elepé con *Lo mejor de Simon & Garfunkel*. Se notaba que era muy especial porque en su portada salían los dos tipos fotografiados de lejos. Las primeras veces yo me dormía escuchándolos. También me pasaba con *Lo mejor de Mike Olfield*, así que no me atreví con lo peor.

Pero la adquisición del *Parade* de Spandau *Ballet* supuso todo un acontecimiento. Llegué a casa, lo puse en el tocadiscos y me tumbé en el sofá del comedor para escucharlo de cabo a rabo, como hacía siempre con los elepés de mis padres, acompañando el deleitoso proceso con la lectura de las letras de su cancionero, impreso en la funda de papel: innovación tecnológica remarcable respecto de los austeros discos folclóricos. Lo escuché tantas veces que en unos días me aprendí todas las letras de memoria, aun cuando mi inglés no fuera para tirar cohetes.

Sin embargo, el disco que me sacudió hasta los cimientos fue *Mr. Bad Guy*. Publicado en 1985, supe de él porque me hice adicto al *Tarda Tardà*, el programa radiofónico del crítico musical Jordi Tardà. Este señor solamente solía hablar bien de los Rolling Stones y de los Beatles, dos grupos que a mí me parecían ni fu los primeros y ni fa los segundos; pero por algún capricho del destino un día le dio por estrenar el primer trabajo en solitario de Freddie Mercury. Y para mi trayectoria vital hay un antes y un después de Freddie…

Me encontraba en la habitación de mis padres, estirado en la cama o en el suelo, con el transistor grande al lado. Y cuando sin previo aviso surgió la voz de Mercury cantando «Made in Heaven», se me pusieron los pelos de punta. No tenía la menor idea de lo que aquel tipo estaba diciendo con aquella letra, solo sabía que me estaba cantando a mí.

Y que tenía que poseer ese disco lo antes posible, en cuanto saliera a la venta.

Una semana después, peregriné al Continente del Baricentro y encontré mi objeto de deseo a la primera: un chulesco Freddie me miraba relajado en primer plano, sentado sobre el césped, con unas gafas de sol y una camiseta imperio por toda indumentaria. Sonreía cachazudo. En efecto, el álbum se titulaba «Sr. Mal Tipo».

Algo en mí vibraba cuando miraba a ese mal tipo. Algo en mí se

identificaba a muerte con su facha, su actitud y su voz. Tal vez porque con ese bigotón parecía un solista mexicano como los que me encantaban de niño, pero modernizado al gusto del pop internacional. Tal vez por su mirada de descaro, su pose de pasota descreído ante lo solemne. Por su evidente hedonismo. Desde luego, por su potencia vocal sin par.

Yo no sabía quién era Freddie la tarde que escuché aquella emisión exclusiva. Ignoraba su carrera al frente de Queen y desconocía su aspecto hasta que compré el disco días más tarde. Tampoco sabía que en realidad se llamaba Farrokh Bulsara y que era originario de Zanzíbar; o sea, un charnego inglés, un indio parecido a los que yo admiraba y cuyo concepto de la música reunía todos los ingredientes que los expertos consideraban de mal gusto. La prensa musical le juzgaba un individuo grandilocuente y zafio.

O sea, era alguien como yo. ¡Pero mejor que yo!

Cada tres semanas me acercaba al Continente a comprar más elepés por caprichos compulsivos, toda mi paga se iba en eso. Una mañana vi por la tele un videoclip correspondiente al tema «The Sweetest Taboo» de la cantante británica Sade Adu y, convencido de que debía idolatrar a una artista tan guapa, a los cinco minutos ya estaba corriendo por los descampados que me separaban del Baricentro para hacerme con su disco, aunque no les quedaban y tuve que conformarme con la versión en casete. Y así un montón más…

Paralelamente, fui incrementando mi idolatría a los artistas pop mediante la compra de pósteres. De Sade Adu me traje uno pequeño, enmarcadito y todo, que descubrí en una tienda de *souvenirs* de Salou. De Freddie estuve a punto de comprar otro en el propio Continente, pero no lo hice porque me perturbó demasiado.

El supermercado disponía de su propia sección de pósteres, como tantos otros centros comerciales. Contaban con una buena provisión de láminas, aseguradas en bastidores metálicos y dedicadas a una gran variedad de temáticas, tanto cinematográficas como musicales. Los pósteres de Madonna siempre abultaban un mazo, pero tampoco faltaban las azucaradas estampas con payasos lloricones.

Un finde que pasaba por allí de compras con mi madre, alcé la vista y mis ojos tropezaron con la imagen gigante de Freddie

ocupando el primer póster expuesto: era una instantánea tomada en uno de sus conciertos. Ya llevaba el pelo corto y el mostacho que popularizó en los ochenta, y pese a ello me inquietó lo que no está escrito. ¿Por qué? Solo se trataba de su figura avanzando por el escenario, con el desparpajo insolente de su mejor época y su característico medio pie de micro en la mano. Pero iba desnudo de cintura para arriba, y había algo en su pecho velludo y, sobre todo, en el reluciente sudor que lo recubría de la cabeza al estómago —porque mi mirada se desplazaba de arriba abajo inevitablemente— que me puso muy nervioso.

¿Me excitó esa imagen? ¡Fijo que no y descarado que sí! Lo único seguro es que revolvió lodo en mi subconsciente. Un conato de sexualidad amordazada empezó a desatarse y flotar hasta la superficie. Discerní un matiz en mi ídolo que no se limitaba al concepto de *grand guignol* inocente en el que siempre le había encuadrado. Había un nosequé obsceno en su semidesnudez exhibicionista, húmeda e impune… ¡Aquel fauno me invitaba a relamerme en lascivias inimaginables a mi corta edad! Y sin embargo…

Me saqué de la cabeza esa fotografía y me alejé del póster: de repente me resultaba inconcebible la sola idea de adquirirlo y colgarlo en mi habitación. Eso no significó que dejara de ser fan de Freddie, al contrario. Ya entonces había intuido que él era el Anticristo, el único icono dionisíaco que yo debía venerar.

Durante mis catorce y mis quince años exploré su discografía previa y me animé a comprar sus elepés con Queen en tiendas de segunda mano. También me pasaron casetes grabadas de algunos que no encontraba. Además, coleccioné todos los recortes de diarios y revistas que localicé sobre su carrera. Y me enfrenté a una realidad incontrovertible y escalofriante, quizás una premonición sobre mi propio futuro literario: toda la prensa en conjunto detestaba a Queen y en especial a Freddie Mercury.

Recuerdo particularmente una reseña de un disco de Queen, *A Kind of Magic*, en la que el periodista manifestaba su intenso deseo de que Brian May, el guitarrista y segundo compositor de la banda, la abandonase de una vez por todas y emprendiese una prometedora trayectoria por su cuenta, porque a juicio del plumilla era el único de los cuatro miembros con algo de talento en sus

venas.

Los críticos musicales odiaban a muerte a Freddie. Llegaban a acusarle de fascista por transmitir triunfalismo en sus letras: la opinión generalizada de las revistas del ramo era que se trataba de un patán, un advenedizo sin clase. Yo no entendía ese encono con él. Ahora pienso que se debía a su arrogancia, a su predilección por mostrar su lado frívolo. A que irrumpió como un vendaval sin filtros en un panteón de estrellas aristocráticas. Y a que, sencillamente, los humanos mediocres siempre odian a un semidiós.

Fue en otro de esos reportajes en prensa escrita, leído en la gozosa soledad de la biblioteca barberense, donde advertí un detalle que me desconcertó: sin concederle importancia, como si fuera *vox populi*, el autor del texto ponía sobre el tapete la sexualidad del líder de Queen. No recuerdo su expresión exacta al describirla —no resultaba peyorativa—, pero iba más allá de la recurrente «ambigüedad *glam*», que suponía a lo sumo todo lo que yo me había encontrado impreso hasta entonces en referencia al estilo excesivo de mi deidad. Claro que iba más allá: el artículo dejaba deslizar, sin mucho margen a la conjetura, la noción de que Freddie Mercury era homosexual.

Me quedé helado. Eso no podía ser. ¡Freddie, ¿maricón?! Yo amaba a Freddie. Lo amaba con todo mi ser. ¿Cómo iba a ser maricón? Si Freddie era maricón, ¿qué no sería su fan número uno, o sea yo? ¿El que tanto lo amaba?

Dios mío, seguramente entonces eso significaba que, por la regla de tres más elemental —tanto que casi parecía una regla de dos—, yo también era marica…

Mi padre me iba a matar.

El chico de la moto

Con la entrada en el Bachillerato, prendió en mí una metamorfosis que no conllevaba solamente el estirón corporal propio de la adolescencia: como si formase parte del mismo proceso, empecé además a volverme malo.

Bueno, más que malo, me dio por comportarme como un cínico y por relajarme en mi caza obsesiva de las mejores notas. Abandoné definitivamente mi piel antigua de empollón para adherirme a la del chico de vuelta de todo que, si no perdía la virginidad ni a tiros —ni tampoco se estrenaba con una triste paja—, al menos haría creer a los demás que el mundo se la repampinflaba.

El instituto de La Románica se levantaba, por pocos metros, en suelo sabadellense. Llegábamos a él tras caminar quince, veinte minutos a lo largo de una avenida con un desangelado paseo central y una alameda razonable que arrancaba detrás de mi edificio. El pinturero complejo educativo había sido construido junto a una ermita en ruinas —La Románica propiamente dicha—, muy frecuentada por yonquis para meterse su chute diario y comulgar con Dios en las alturas.

A medida que me hacía muchacho, el escepticismo y el sarcasmo se convirtieron en armas de vida. Consecuentemente, los profesores empezaron a tomarme tirria porque me las daba de listillo: como bienvenida al de Historia del Arte, por ejemplo, me nacía escribir en la pizarra, antes de que él entrara en la clase, mensajes como «El Arte es una mierda», sin disimular además mi letra. El pobre hombre miraba resignado aquellas consignas capullas en tiza y luego me miraba a mí, con ganas de atizarme.

Pero era la época en que ya no se podía.

Con la profesora de Historia, Cristina, entablé una suerte de romance intelectual, una desafiante relación de amor y odio. Era una profesora catalanoparlante, rubia de iris azules, piel irritada y

esclerótica inyectada en sangre, muy pasional y terrena, que como la mayoría de profesores fumaba en clase y cuya mundanidad y entrega hacían que me cayera muy bien.

Ella fue el primer adulto que me plantó cara en serio, en especial durante el segundo curso. Una tarde me llamó después de la clase y me echó una bronca monumental. En el último control, mi puntuación había bajado a mínimos inexcusables; pero eso no era lo que la sublevaba, pues solo se trataba del síntoma de algo más evidente, de un vicio ya casi crónico: mi falta de interés en esforzarme.

De algún modo, yo había empezado a verle las orejas al lobo de la vida. De pronto comprendí que no tenía por qué ser importante culminar una carrera académica o trufar mi etapa adulta de éxitos profesionales. Me asaltó la certeza de que, viniendo del barrio del que venía, enfrentarme al mundo que se abría ante mí iba a terminar conmigo. Y lo único que quería era lo que me estaba vedado: vivir por el instinto. Disfrutar los sentidos. Ser un hedonista.

En otra clase con la Cristina, me puse a discutir con ella y con otro alumno jodido, el Pastor, sobre el siglo XX y sus avances tecnológicos: mi teoría, que dejó boquiabiertos a todos mis compañeros, se resumía en que la evolución del ser humano había sido para peor y que rodearnos de máquinas y facilidades materiales solo nos había servido para aumentar nuestra infelicidad y aislarnos de las sensaciones genuinas. El Pastor, que no era tonto, se rio de mí y me espetó algo así como: «Entonces ¿qué preferirías? ¿Estar corriendo por el monte en taparrabos y cazando animales, en lugar de vivir cómodamente en una ciudad?». «Pues sí —le respondí —. Lo preferiría». Estaba convencido de que mi alma de cántaro hubiera sido mucho más feliz con una vida sencilla, primaria e instintiva. Claro que un tontolaba como yo no hubiera durado mucho en la inclemencia de un contexto primitivo.

En aquel momento la Cristina se afligió de veras por mí. Mi postura implicaba darle la espalda al conocimiento como herramienta de plenitud, y también como vehículo de una integración aceptable para mis condicionamientos socioculturales: el plan estándar de esfuerzos y recompensas no iba conmigo y ahora yo amenazaba con romper sus reglas.

Se atisbaban en mi actitud el abrazo juvenil del nihilismo y cierta jactancia en pro de la visceralidad y en detrimento del intelecto, así como una alarmante querencia por el lado salvaje de la vida.

Por suerte, mi madre me contagió una aversión paranoica hacia las drogas, porque por esas mismas razones muchos chavales de mi entorno se entregaron a su dulce veneno y no salieron con vida. Hubiera podido ser otro de esos zombis que, cincuenta metros más allá de nuestra aula, se cobijaban a la sombra de la ermita buscando epifanías en una vena útil.

En cuanto a mi relación con las chicas, en el insti continuaba siendo nula. Yo trataba de entenderme con ellas pero no sabía cómo. Lejos del calor que me infundían los veranos de Vilagarcía de Arousa y los estantes de revistas del Hogar del Libro, las chicas me seguían resultando extraterrestres. No había que ser un genio para deducir que mi desencanto vital procedía de mis malogrados proyectos de comunicación.

Un mediodía, una de las chavalas extravertidas de clase se me unió junto a varias de sus amigas de vuelta a Barberà y no paró de burlarse de mí durante todo el camino. Yo apretaba el paso para dejarlas atrás, pues no se me ocurría cómo reaccionar a sus pullas. Sencillamente su tono zumbón me bloqueaba. A medio recorrido, la chica me empujó de mentirijillas y me hizo la *trabanqueta*, una zancadilla leve que casi me tira al suelo. Mortificado de la vergüenza, respondí barriendo sus piernas con el empeine de mi bamba, hasta propinarle sin querer un puntapié en el tobillo. La chica, adolorida, me imprecó con razón e insultó sin medida.

Así era mi arrastrada vida de falso aspirante a «chico de la moto», ese estereotipo del muchacho malo y rebelde, adicto a una conducta salvaje y que se lleva de calle a las chicas sobre su ruidoso vehículo de dos ruedas. Solo que yo ni tenía moto, ni sabía conducirla, ni tenía chicas, ni sabía tratarlas.

Estaba más solo que la una.

La patita guapa

El primer año de BUP casi ligo.

Hasta entonces, y todavía durante una larga temporada que se extendió varios años, mi única estrategia de ligue con las chicas consistía en mirarlas intensamente: las escudriñaba con la vista fija y sin pestañear, irradiando por mis pupilas un supuesto encanto que se pretendía deudor de Rodolfo Valentino pero a buen seguro remitía más a Bela Lugosi. Trataba seriamente de pasmarlas a golpe de hipnosis donjuanesca y animarlas así a tomar la iniciativa en el planteamiento de algún ritual de cortejo cuyas claves ignoraba. Porque yo no habría reunido el valor de dar ese primer paso ni asistido por el mejor manual de seducción del mundo.

Pero las chicas no hacían ni puñetero caso a mis miradas, por supuesto. Salvo evitarlas con embarazo o enojo. Con una excepción. Esta chica sí me devolvía la mirada. Una mirada asustadiza, cierto, pero mirada al fin y al cabo. Y no, no era una mirada asustada de mí: era una mirada asustada de todo. Como la mía.

Estudiaba el mismo curso que yo, pero no compartíamos clase. Sí compartíamos el estatus de alumnos invisibles para el *ránking* de nombres populares en el insti. Físicamente destacaba por su pelo muy corto y sus protuberantes ojos castaños, casi a punto de salirse de las órbitas, como una hermana pequeña de Shelley Duval o una mayor de Lisa Simpson. No sé muy bien por qué me atraía tanto. Tenía la piel muy blanca y los labios muy rojos, siempre mojados de saliva. Creo que eso despertaba en mí cierta lascivia y ternura que se complementaban. A todas horas, cuando la veía, me entraban ganas de sorber su saliva y llenar su piel de solícitos muas. Estaba convencido de que olía muy guay.

Su círculo de amistades en el insti no era el mismo que el mío y jamás nos habíamos dirigido la palabra. Así que no sobraban las oportunidades de coincidir y entablar una charla casual. Nos

oteábamos precavidos desde la cafetería entre clase y clase o nos cruzábamos en el patio, pero ni una sola vez fuimos capaces de romper el hielo y conversar con naturalidad. Ella era tan tímida como yo. Así que solo nos mirábamos.

Tal vez su desamparo, reflejo del mío, me concedió la seguridad para transgredir las reglas sociales que desaconsejan acometer una conversación con alguien que no te ha sido formalmente presentado. Esa fue la primera ocasión que rompí la baraja de urbanidad entre adolescentes acomplejados y tendí un puente a cara descubierta. ¿El motivo? La pura desesperación.

Me decidí en la misma cafetería. La localicé en un rincón, sentada, bebiendo un zumo. Tomé aire, me planté delante de su mesa en dos zancadas y, sudando como un reo y la voz temblorosa, sin saludo ni gaitas, farfullé varias palabras expulsadas como si fuesen patatas ardiendo:

—¿T-te gustaría s-salir conmigo? Ah, hola…

Ella me miró con ojos como platos y, por un segundo, tuve la certeza de que la chavalina saldría corriendo del bar y no regresaría por el instituto nunca más. Pero no. Para mi terror, fijó su semblante espantado en el mío y musitó nada más y nada menos que sí:

—¿Qué?

—Que sí.

No sé cómo me sostuvieron las piernas. Me había soltado la única respuesta que no me esperaba. ¡Había dicho sí! La virgen, ¿y ahora qué? ¡Con las negativas sabía lidiar!

Improvisando sobre la temblequeante marcha, rebañé el valor en mis tripas para concertar una cita. Quedamos en vernos a la hora del recreo del día siguiente en una esquina del patio, junto a la última columna del voladizo. En cuanto ella me dijo vale, salí disparado de la cafetería y no me detuve hasta el descampado junto al insti.

Necesitaba saborear mi victoria, cantar «yuju» a solas. El pecho me golpeaba el corazón, o al revés. ¡Me había dicho sí! ¡¡¡Por fin iba a tener una cita de verdad!!! Me sentía como Rocky dando saltitos de euforia.

Al día siguiente, en efecto, nada más sonar el timbre que marcaba el inicio de la media hora de recreo, fui al lugar

convenido. ¿Quién sabía? Quizá íbamos a vivir por fin una historia de amor plena, nuestra primera historia de amor correspondido para ambos. Me conformaría incluso con que me dejara tomarla de la mano, su piel de nata era el tesoro más preciado por mí.

Bueno, pues no se presentó. Me pasé todo el recreo esperándola en vano.

Su decisión de no acudir a la cita volvió a pillarme con la guardia baja. Cuando no esperaba que me diera su consentimiento me lo dio, y cuando esperaba verla reunirse conmigo no lo hizo. Decididamente, yo no tenía suerte con las chicas.

Al recreo siguiente, me topé en el pasillo con esa muchacha culpable de un desengaño más en mi vida. Movido por el despecho, me acerqué a ella sin pensármelo dos veces y la increpé.

—¡¿Por qué no viniste ayer a la cita?!

Ella me dirigió su mirada asustada, marca de la casa, con un nuevo sobresalto impreso en los ojos. Al cabo de unos interminables segundos sin pronunciar palabra, durante los cuales me hubiera gustado blandir unas tenazas para extraerle la respuesta de la garganta, me dijo algo inaudito.

—¿No te estabas burlando de mí?

Sentí como si un camión me hubiera arrollado por detrás. No fui capaz de replicarle, así que finalmente cada uno se encaminó a su clase. Y el aturdimiento me duró un buen rato. Conque era eso, comprendí una vez volví en mí. La niña asustadiza no solo era tan asustadiza como yo, sino igual o más insegura. Tanto, que no podía concebir que un chico quisiera salir con ella. Se me cayó el alma al suelo. Aquella muchacha para mí preciosa estaba convencida de ser una patita fea. ¿Qué hubiera podido hacer yo para sacarla de su engaño?

No hice nada y nunca volvimos a hablarnos.

La historia concluyó así de penosamente, aunque de ella logré entresacar también una enseñanza positiva: por primera vez, me identifiqué con los sentimientos de una mujer y constaté que no eran distintos de los míos. De repente, cayó la máscara de la divinidad femenina: las chicas no eran diosas, eran personas como yo. Con sus deseos y sus miedos. Con sus inseguridades y sus apetencias. Disimulos y disfraces.

Hace mucho tiempo que olvidé su nombre, pero sigo pensando

que era una chica bonita.

El auto loco

Conforme mi radio vivencial se iba expandiendo entre el instituto, las tiendas del Baricentro y, un poco más tarde, mis primeras y tímidas salidas nocturnas por Sabadell, mi presencia en la plaza de la Unidad se hacía más incidental y esporádica. De tarde en tarde todavía me gustaba haraganear por allí con algunos amigos, pero no disponía de mucho tiempo y las compañías del parque tampoco eran las más convenientes. Mis padres dejaban caer de vez en cuando comentarios acerca de que el barrio comenzaba a resultarles turbulento e inseguro, que quizá fuera interesante emplear los ahorros conseguidos tras años de trabajo en comprar un pisito en la zona bien de Barberà.

Cuando bajaba al parque me juntaba con tres o cuatro excompañeros de EGB. Algunos le pegaban ya al fumoteo de hachís. Yo me sentaba a su lado en el banco de piedra y los veía dar caladas admirado, mientras ellos desgranaban chistes, ocurrencias o crónicas del vecindario.

En un día de esos, fuimos testigos de una pelea de gitanos. Estábamos el Pumbi, noble de corazón y chulillo de cojones, y el Queque, buen amigo de la guasa, más otro par de amigotes y yo. De súbito nos alertó un alboroto: en la acera del costado una pareja veinteañera de etnia megagitana se daba de gritos. O mejor dicho, los gritos los daba él. Le estaba metiendo una bronca a su chavala de patriarca y muy señor mío. Hasta vimos que se le iba un poco la mano… de lo contrario no nos hubiéramos atrevido a intervenir.

No sé de quién fue la idea de ir a separarles. Mía no, eso seguro, porque ni loco de atar me hubiera acercado a un gitano cabreado. Les teníamos pánico en el barrio. Era de conocimiento público que se movían con navaja en el bolsillo y listos para pendencia, aunque no fuera verdad. Había de todo, obvio, pero solo que hubiera de todo ya me los ponía de corbata. El caso es que alguno más valiente

que yo, incapaz a todo esto de presentar mucha batalla porque ninguno de nosotros rebasaba los quince años, se interpuso en el pleito de la pareja y encaró al gritón.

—Oye, tío, ¿qué pasa? Deja a la pobre chica, macho, que no es modo de tratarla.

Algo así le debió de decir. El gitano se puso gallito pero mis colegas más. Lógicamente, la cosa subió de tono, la reyerta se salió de madre y empezaron los típicos empujones, que tú tal, que tú más, que tú esto y aquello, y que la tuya peor.

Yo ya iba a retirarme discretamente, convencido de que no tardarían en llegar las cuchilladas, pero el número superior de adversarios persuadió al gitano de que resultaba mejor solución darse por derrotado y el piro.

Él se fue por un lado y la chica por otro.

Ufanos nos volvimos al parque, y hasta yo me autoengañé con la ilusión de haber contribuido con algún gruñido conminatorio al final feliz de tan peliagudo conflicto. Solo que aquello no fue el final.

Al rato de reemprender nuestra rutina de compadreo, los fumetas y yo escuchamos desde el banco el zumbido de un motor lejano que ganaba en intensidad. No tuvimos tiempo de cruzar palabra ni intercambiar impresiones: por la misma calle por la que nos habíamos enfrentado al gitano, se materializó este dentro de un seat rojo que remontaba la pista a velocidad claramente excesiva. De pronto, el gitano dio un volantazo y ¡se nos metió con el coche en el parque!

—¡Que vuelve el gitanarroooooo! —bramó uno.

Saltamos del banco como liebres y cada cual tomó la ruta de escape que le pareció más adecuada. Corrimos que nos las pelamos, dispersándonos en un santiamén, y el gitano sobre ruedas empezó a perseguir al chico que le había retado con mayor acritud. Yo busqué refugio rápido fuera de la plaza sin dejar de vigilar lo que sucedía. Comprobé así que los demás se habían parado en puntos diversos de la amplia explanada de arena —junto al poste de la canasta de baloncesto, tras unos bancos, o al amparo estratégico de unos macizos de arbustos—, para mi asombro más divertidos que asustados, contemplando en relativa tensión las evoluciones del buga vengativo que daba vueltas con la misma furia impotente con

que un toro resopla en pos de un bombero torero.

El seat completó varios desconsiderados derrapes alrededor del peñón dedicado al Che y, tras unas ágiles fintas de sus perseguidos, hizo un quiebro y acabó invadiendo un parterre con desnivel del que no supo salir. La primera reacción de los chavales fue echar a correr para sus casas, por si el otro salía armado del coche; pero la segunda reacción casi inmediata, tras constatar que el despechado no solo no salía armado sino que ni siquiera salía, fue armarse de valor y acudir todos allá, a responder en piña al gitano.

Sacaron al muy marrullero a empujones de detrás del volante y le arrearon la paliza de su vida. Mamporros, patadas, escupitajos, de todo menos caricias endilgaron al pobre diablo, quien terminó por huir derrengado de aquel campo de batalla, abandonando a sus espaldas su inútil utilitario y musitando el mayor exabrupto acuñado por mortal alguno contra el patriarcado: «¡Me cago en todo lo que se menea!».

Mis amigos habían vencido. Celebré con ellos tan contento que ni siquiera me arredré ante los picotazos de mi evidente cobardía. Solo pensaba en las cosas divertidas que pasaban en aquel puñetero barrio y que me hacían desear no mudarme jamás.

Mi primera amiga

Se llamaba Vane. Fue la primera chica que me tendió su mano sin ironías, sin reservas, sin miedo. O la primera a la que yo recibí de tal modo.

La conocí en el segundo curso del insti y se hizo cómplice habitual de gracietas y cotilleos, repartiéndose entre mi pupitre y el de otro amigo igual de friqui y empollón, el Manolo. Los dos nos partíamos de risa con el salero de ella, los tres terminábamos hablando largo y distendido en la última fila del aula.

Era andaluza, redonda de cara y merecedora de ese calificativo supremacista y perdonavidas a un tiempo que se aplica en castellano para decir que alguien es guapo: «agraciada». Más que gracia poseía gracejo, luz honesta en la mirada y un acabado respingón de heroína mofletuda de cómic de los años cincuenta. Rubia teñida y rizosa, seguía una moda tirando a siniestra pero sin pasarse, que éramos de pueblo. Andaba muy maquillada y muy consciente de su erotismo para el cariz papanatas de nuestra clase; su voluptuosidad natural, sus minifaldas negras y sus medias de rejilla formaban una alianza que la elevaban de categoría, la hacían adulta en la neutralidad general de atuendos.

Vane era repetidora, por tanto un año mayor que nosotros y se notaba un montón. Parecía la única persona real del trío: Manolo y yo sus escoltas teleñecos, felices de festejar a una chica tan mona que nos reía las monerías. Aunque para muchos fuéramos una Bella y dos Bestias, el retablo que componíamos se acercaba más al de una Blancanieves compartiendo su dulzura con dos rústicos que no rechazaban el rol de enanitos.

Pasaba de puntillas sarcásticas por sobre cualquier abordaje serio del tema sexual y lo envolvía con palabras de ligereza, con la risa a flor de boca. Y la risa era lo único que tenía de tonta. Estaba casi a todas horas de cachondeo, lo cual me hacía sospechar alguna

experiencia amarga. Pero en general se mostraba muy frontal en cualquier conversación, al menos ante dos moscardones inofensivos como el Hernán y el Manolo. Durante meses nos unió una amistad espontánea que feneció enseguida, cuando ella se mudó de ciudad.

Vane me acercó al mundo femenino real, me hizo ver que cuando menos podía ser amigo de algunas chicas y me abrió la posibilidad de entenderlas un poco. También me descubrió que podía obtener su complicidad haciéndolas reír, probablemente la mayor enseñanza posible para un chico de físico mediocre como el mío, sin aptitudes para el ámbito de la seducción.

Reía conmigo, con mis ocurrencias, y eso me hacía sentir bien. Me hacía sentir fabuloso. De hecho, un día hizo algo inestimable por mí: se meó encima.

Sucedió de vuelta del insti por aquel extenso paseo entre árboles, desde La Románica a Barberà. En esa ocasión habíamos salido más tarde que el resto, porque caminábamos solos en nuestro retorno al barrio. No sé qué le estaría explicando: algún chiste, alguna chorrada, seguramente una de esas historietas protagonizadas por mí mismo donde me ridiculizo sin piedad, a cambio de una limosna de carcajadas.

Las fui recolectando de ella sin mayor dificultad. Cuando ya llevábamos un buen trecho recorrido y reído, advertí que mi amiga lucía los mofletes colorados de tanto partirse el culo; y que cada pocos metros se detenía, se abrazaba a su carpeta y lloraba de hilaridad, repitiendo sin parar la cantinela:

—Que me meo, que me meo.

Yo pensé en todo momento que se trataba de una frase hecha. Así que seguí estimulando su jolgorio con mi verbo cual zona erógena. Y coseché más risas de Vane, hasta colmar su recipiente humano. Ahora se detenía cada tres pasos y todo el cuerpo le temblaba gelatinoso mientras apretaba esa afortunada carpeta contra sus senos amables y su índice buscaba la nariz para impedir con el tapón del nudillo una erupción incontrolada de mocos.

Yo solo andaba pendiente de eso, de que no moqueara la pobre, pues me hubiera dado cosa presenciar explicitada tan fisiológica actividad en un género al que aún estaba aprendiendo a desposeer de ribetes divinos y ascendencias cósmicas. Por eso tardé un segundo de más en advertir su riachuelo.

En efecto, mis incrédulos ojos sorprendieron de repente un chorrete de orina que le caía del hueco de la falda, hollando la arena del paseo como si a un viajero perdido en el Sáhara le sobrara el agua de la cantimplora. Me quedé embobado contemplándola, las piernas algo dobladas y separadas para no salpicarse, entregada todavía a una espiral de risa paralizante al tiempo que cedía a su vertido.

Me encantó ser testigo de ese incidente íntimo. No me sentí mal, ni tampoco excitado. Pero sí honradísimo de poder asistir a un acto de tal privacidad, casi un tabú en lo tocante al trato social entre sexos, que yo había hecho público con la única intervención de mi pico de oro. Si con mi labia alcanzaba semejantes cotas de poder… ¡qué no lograría con mi labio cuando me entrenara besando!

Y ese día respiré un poco menos asustado de las chicas.

Freddie 2

El descubrimiento a mis quince años de que Freddie Mercury era gay me aterrorizó. De repente me obsesioné con la posibilidad, o más bien la certeza, de que yo también lo fuera. Mi mente siempre había pecado de calenturienta y cualquier temor disparaba mi imaginación a niveles delirantes.

Luego, seis inviernos más tarde, un test psiquiátrico me diagnosticaría un apabullante principio de paranoia en toda regla, pero por aquel entonces, ¿qué sabía yo? Solo que el terror a ser homosexual me agarrotaba las neuronas. Ya veinteañero, también me poseyó la psicosis de ser un suicida, un asesino en serie, un sidoso, y así sucesivamente. ¡Yo lo era todo!

Todo lo que me diera miedo ser.

Pero recién llegado a la adolescencia, en plena construcción de mi sexualidad —o mejor dicho, en un estado de absoluta ignorancia para con todo lo referente al sexo—, mi cabeza demente se empecinaba en representarme, con su linterna mágica de placeres y horrores, uniendo mis labios a los de cada muchacho que me topase a lo largo del día, por el mero y sádico gusto de poner a prueba mis instintos. Mi taimado cerebro quería localizar en mi presunta entereza viril, la entereza que mi padre exigía de un hijo suyo, una fisura que demostrase que yo era tan gay como mi héroe musical, una respuesta sensual que me hiciera aceptar que morrearme con chicos podía transmitirme tanto deleite como cuando había soñado con besar a Alba tiempo atrás o a unas cuantas chicas no hacía tanto.

Y así fui padeciendo esa autonomía de mi psique, figurándome con impotencia morreos con todo quisque, hasta que al fin confirmé que sí, que había un chico al que no me hubiera importado besar en la boca. Un chico como yo, de quince años, al que encontré guapetón, y que para más inri, también se llamaba Freddie… Era

latinoamericano, creo que de Ecuador. Espigado, de rasgos andinos muy estilizados, facciones angulosas, ojos bonitos y un hocico de labios muy carnosos. Esos mullidos labios son los que convencieron a mi ¿falso? subconsciente… Me imaginaba juntándolos con los míos y pensaba: «Pues no se me hace desagradable la idea de besar a este chico». Además, desde mucho antes ya me gustaba su hermana —un año menor que nosotros y que también estudiaba en La Románica—, lo cual no dejaba de sentar un peligroso precedente porque se parecían bastante. La verdad, no encontraba ninguna reticencia en el simulacro mental de besar a cualquiera de los dos.

Constatarlo me abocó a la mayor de las depresiones: bastó que los labios del bello sudamericano no me resultaran imbesables para que yo solamente viviera pendiente de mi supuesta atracción hacia los hombres.

Jamás se me ocurrió comunicarle a Freddie 2 mis desvelos, porque el chico se comportaba con tanta naturalidad que igual mi mala pata hacía que él también fuera gay como yo y encima me quisiera besar como yo le quería besar a él. ¡Y entonces sí que el asunto devendría en una tragedia horrible!

De esa crisis salí. Dejé de imaginarme que me besaba con todos mis interlocutores con pene cuando, como siempre, me resigné a ser lo que temía ser. Cuando dije, vale, pues soy marica, qué le vamos a hacer, ya veremos cómo lidio con ello y cómo lo asimilo. Si al final lo voy a disfrutar y todo.

Sin embargo, ni lo disfruté ni logré erradicar la psicosis, porque debajo subyacía un recóndito complejo de hetero defectuoso: no en vano, aquel fue el más persistente de todos mis miedos ocultos y todavía late en mi ego un terror sordo a ser marica.

Cine de Medianoche

Gracias a Pilar Miró supe lo que era una paja. A ella le debo el despertar de mi autoerotismo. Si no estás familiarizado con su nombre, solo te diré que pasará a la historia como el mejor director general con que ha contado Radiotelevisión Española, pues como jefa de este ente público creó, a mediados de los ochenta, el espacio *Cine de Medianoche*, donde a un horario prudente programó largometrajes de alto contenido violento o erótico. Así, el nuevo formato debutó con la emisión en 1985 del *Deliverance* de John Boorman, filme que incluía la cruda puesta en escena de una violación homosexual. Y tras ese peliculón, siguieron otros títulos adultos de los más variados mimbres, para alegría de los adolescentes, dado que pronto el criterio de selección de *Cine de Medianoche* se decantó más por el sexo que por la violencia.

Yo me hacía el tonto y en las horas agónicas de cada viernes me quedaba a ver esas películas junto a mi padre: no solo *Deliverance*, también me zampé a su lado *Si don Juan fuese mujer*, con una Brigitte Bardot de macerado hechicero; *La bestia*, filmada por quien se convertiría en mi director erótico favorito, el polaco Walerian Borowczyk; *Portero de noche, La gran comilona, ¡Perros de paja!, ¡¡¡El sacerdote* de Eloy de la Iglesia!!! Y así maravillas varias, mientras mi hermano roncaba en la cama, agotado tras una provechosa jornada de carreras de fondo en el club deportivo local, la Unión Atlética. Aunque eso sí, las narices de papá se hincharon la noche en que con todo el morro pretendí sentarme con él a esperar la emisión del lujurioso *Calígula* de Tinto Brass.

Desde hacía dos años nuestra tele ya era a color: mi último llanto a mares frente a mi madre había tenido por objeto que no se conformara con un nuevo televisor en blanco y negro. Y durante el período en que *Cine de Medianoche* se mantuvo en antena, mis

padres cambiaron la ubicación del aparato desde la salita hasta el comedor, un ambiente que se hallaba más alejado de su dormitorio. Eso me proporcionó mayor privacidad y el marco adecuado para ensayar mi primera paja.

En no pocas ocasiones mi padre se acostaba antes de que empezara la cinta adulta. Minutos después, confiado en que él ya dormía, me deslizaba a ciegas por el pasillo y encendía la tele sin volumen para contemplar qué caramelo pecaminoso se ofrecía esa semana. Acto seguido me acariciaba la bragueta ante la golosina visual, pero sin saber todavía (¡con dieciséis años!) cómo culminar ese deseo a solas. Masajeaba mi sexo por instinto, puesto que nunca había visto una eyaculación ni tenía idea de en qué consistía.

No sabía nada del onanismo. Llevaba tiempo despertándome cada trimestre bajo las sacudidas de una polución nocturna, pero salvo el trauma de los primeros momentos en que elucubré que se trataba de alguna enfermedad grave, en adelante me acostumbré e incluso lo disfruté, porque no existía placer mayor que dormirse y que una simple fantasía desencadenara una corrida en sueños. Me levantaba enfangado, me limpiaba en el cuarto de baño y me volvía a acostar. Jamás imaginé, ni por asomo del prepucio, que uno podía precipitar esa corrida voluntariamente manipulando el pene. No había visto películas porno ni imágenes que así me lo sugirieran. Varias veces había oído que algunos chicos del barrio quedaban a pajearse en grupo viendo alguna peli en VHS, pero no alcanzaba a entender a qué se referían.

Para un chaval de mi generación, tenía delito. Si se hubiesen enterado, mis compañeros de clase hubieran exclamado al unísono: «¡Más tonto y no nace!».

15 de enero de 1988. Ese viernes inolvidable pusieron *Coto de caza* de Jordi Grau, con la arrojada Assumpta Serna interpretando a una abogada convencida de que «la sociedad es la culpable del crimen», hasta que la banda de un delincuente defendido por ella la rapta y la viola. Entonces la leguleya decide vengarse a escopetazo limpio. El filme contenía, en resumidas cuentas, toda la denuncia social que hiciera falta para justificar un festival de nudismo… que a ojos de la moral pública de las generaciones venideras resultaría escandaloso, pues la violación de marras parece más bien concebida como una escena con fines lubrificantes.

Loco por saber qué coño era el sexo, aquella sórdida secuencia fue la espoleta que inauguró con todas sus letras mi etapa onanista: en el instante en que la protagonista yace en el suelo, con su espesa mata púbica expuesta a la cámara, el apéndice entre mis manos hizo *churrup* y escupió un chorro que casi me provoca un desmayo del placer y del susto.

Esas memorables fecha y lefa marcaron mi descubrimiento de la masturbación y no me apeé de ella en años. Cada vez que volvía de clase, con el pretexto de hacer los deberes me metía en la salita o el dormitorio y me enzarzaba en sesiones pajilleras de un par de horas, dándole que te pego al manubrio, asistido por revistas que traía dentro de la carpeta o simplemente por la imaginación pura. Mi imposibilidad de solazarme en pareja me condenó a una dependencia solitaria y tardía. Enseguida desarrollé una inevitable repugnancia hacia esa pulsión macaca y hacia mí mismo, como ser incapaz de atraer ni satisfacer a ninguna chica.

Había más motivos para mi ojeriza a la paja: aquel abuso afectó a mi bienestar general. Me restaba aplomo y desenvolvimiento. Me sentía a disgusto con mi propio cuerpo, mi autoconfianza iba menguando cada año. Más tarde comprobé que se interponía en la naturalidad de mis encuentros íntimos y que renunciar a la masturbación me predisponía a ser mejor amante. Pero en 1988 esa renuncia y aun la mera posibilidad de ser amante de nadie aguardaban a años luz…

De lo que sí me abstuve rápidamente, a partir de mi puesta al día, fue de continuar viendo *Cine de Medianoche*. Porque en el transcurso de una de esas pícaras veladas, sentado en el sofá con el culo desnudo y el pijama arrollado en los tobillos, ya listo para la faena, la puerta esmerilada del comedor se abrió y apareció mi padre. Iba camino a la cocina para vaciar el cenicero y llenar el vaso de agua que colocaba siempre en su mesita.

Nada más irrumpir papá, me alcé como un muñeco con resorte y levanté los pantalones para cubrirme. Luego me senté y seguí mirando la tele como si nada. Hasta le saludé y todo. Mi padre se hizo el longuis y siguió andando, no dio muestras de haber visto un pito… Un minuto después regresó de la cocina y murmuró un buenas noches antes de perderse hacia su cuarto.

Qué ridículo espantoso: un chico de dieciséis años de ciudad

dormitorio, pillado por su papi entregándose con impericia a la novedosa práctica que todos sus amigos llevaban un lustro ejercitando.

Fue el momento más bochornoso de mi adolescencia.

Primeros morreos

En los períodos de entrepajas me consagré a un sinfín de salidas a discotecas para quinceañeros, y todos sus usuarios ya esgrimíamos el fervor gallináceo de la edad. Nuestras discos asequibles estaban en Sabadell y en cada una de ellas intenté ligar sin resultado.

La más famosa era el Albatros, que organizaba fiestas vespertinas, y también frecuenté el Cóncor y otras de nombres siempre exóticos y prometedores, pero nunca logré interesar a ninguna desconocida. El miedo continuaba paralizándome. ¿Dónde estribaba el truco de entrarle a alguien?

La primera chica con la que sí me enrollé fue una compañera de clase. No era Bárbara Carrera ni yo su Armand Assante, pero tenía una piel morena y suave, hasta cierto punto podía pasar por mulata tropical siendo más catalana que la crema. No sé de qué disco volvíamos, pongamos que del Albatros. A punto de despedirnos en mi portal, me dio por probar a besarla y ella se agarró a mí con frenesí de náufrago, los labios pegados como lapas. Me asustó un poco.

Ese morreo descoordinado no era lo que yo esperaba de un escarceo placentero. Tampoco encontré estimulante aquella violenta fricción. Sentía como si alguien se esmerara en restregarme una babosa en la boca. Vale decir que ni ella estaba en condiciones de mostrarse sensual —íbamos piripis los dos— ni yo conocía los pasos ni el ritmo a seguir en los besos con lengua: el terror a cagarla y la tensión con que nos abrazábamos no me dejaban pillarle el tranquillo a aquello, ni disfrutarlo como debiera. Ese ramalazo expansivo fue pasajero y la muchacha y yo nunca más volvimos a congeniar hasta ese extremo.

Transcurrió un tiempo considerable hasta que los hados se manifestaron favorables de nuevo a mi hambre de experiencias. Esta vez el escenario lo aportó un club perteneciente a la Zona

Hermética, antigua área industrial sabadellense repleta de telares sin uso y reciclada en barrio gremial del ocio nocturno. Aunque las horas en las que nuestra timorata pandilla pululaba por sus calles parecían más propicias al extravío que a la perdición.

Mi local preferido era el Mackintosh, porque ponían música española —Gabinete Caligari, Danza Invisible, Radio Futura, Siniestro Total,
N'Gai
N'Gai
y demás grupos del terruño con nombre compuesto— y a mí, en mi recién estrenada identidad juvenil, el rollo roquerillo me molaba. Pero aquella noche optamos por una disco más grande que se llamaba Manderley, una nave de cemento en la que pinchaban temas bailables. Acudí allí en compañía del David, el Carles, el Máximo y el Lucas. Los de siempre. Todos tan ansiosos de conocer chicas como asustados de conocerlas realmente. Rabiosos de que no fuera a liarse alguno por fin con una.

Yo, como cada noche de juerga, buscaba desde la barra prenderme con la mirada de alguna alma caritativa, porque a fin de cuentas era lo único que sabía hacer. Tomar una birra, acodarme chuleta y mirar las chavalas bailar.

Y esa noche me tocó la lotería.

Una chicarrona empezó a fijarse en mí. Bailaba con otra amiga y a cada rato me lanzaba un reojo complacido. Vestía una blusa extragrande de un blanco impoluto, su melena restallaba azabache a la luz de los focos, el rostro ovalado y sugerente. Una obesa preciosa de cara.

Me disuadían un poco las dimensiones de su corpachón, pero nuevas miradas me fueron convenciendo de que no era mala candidata. Y, después de todo, ¿acaso contaba con otras candidatas, buenas o malas? No es que yo estuviera muy cotizado…

Para sorpresa de mis amigos, me dirigí a velocidad de crucero hacia la chavalota. Sonaba un lento y le propuse bailar. Ella aceptó. Le tomé la mano y puse la otra sobre su caderón. Empezamos a movernos torpes al compás de la balada.

No tardamos mucho en comenzar a besarnos, porque hablar tampoco hablamos. Creo que el hecho de que fuera gorda y no esbelta y codiciada me animó a besarla más decidido. O tal vez

sentí que yo era Mercury y ella mi Caballé.

Esta vez el morreo fue gustoso. De cerca seguía pareciéndome muy guapa y besaba requetebién. Y olía que te cagas. Esa noche fue la primera que empecé a disfrutar besando.

De tanto en tanto un ridículo pundonor masculino me hacía echar la vista atrás y confirmar que mis colegas se estaban partiendo el pecho a mi costa. Su pitorreo afectaba mi precaria seguridad en mí mismo, se reían de mí porque la chica estaba gorda. ¡Pero era una gorda guapa! Y era amable y gentil. Y me gustaba estar entre sus brazos de panadera.

En el declive de la noche, su amiga también nos observaba a pie de barra, con expresión de «Querida, podías haberte conseguido algo mejor que eso…». Pero no me importaba: mi pareja de ese baile de madrugada era un sol. Ella me dio autoestima unas horas.

Porque lo habitual durante toda mi adolescencia había sido y fue llevar una vida nocturna profusa en anhelos estériles y conatos de seducción fracasados, con estrépito de vasos rotos. Esas veladas de fiesta terminaban irremisiblemente conmigo retornando frustrado y a pie a casa. A las diez, once, doce o tres de la madrugada llegaba caminando a Barberà desde Sabadell, y cruzaba la plaza de la Unidad manteniendo adrede la vista baja, como un soldado vencido.

No quería distinguir en el balcón de mi piso la silueta asomada de mi madre aguardando mi llegada, asaltada por la preocupación de toda madre ante los primeros revoloteos de su hijo trasnochador. Mamá se apostaba pacientemente tras la baranda, quietecita y sufriente, a la intemperie, toda una estampa tanguera, ojo avizor por si me veía aparecer en el confín de la plaza, volviendo solitario pero entero al nido familiar.

Yo hacía como que no la veía y ella, tras asegurarse de que sí era su pequeño el que atravesaba el parque, ya se metía en el piso, discreta y aliviada. Entonces yo suspiraba tranquilo y miraba, agradecido, hacia el balcón.

A mamá no le importaba que volviera derrotado otra noche más.

Primer escándalo público

Por más que mi grupo de colegas se esforzara en escalarla, nuestros cuerpos en efervescencia chocaban inevitablemente contra la pared de la indiferencia femenina. Qué pesadilla de pubertad. Ya estábamos completamente desesperados. Yo en concreto tenía la moral por los suelos: al déficit de chicas dispuestas se sumaba el odio que sentía hacia mí mismo. Me dolía tener que resignarme al recurso de la masturbación. El sobeteo de mis genitales desgastaba mi amor propio.

A ese estado de cabreo acumulado se debió sin duda mi extravagante comportamiento durante un viaje de fin de semana que la clase entera hizo a Salou, vivero de suecas y chuloplayas en la costa catalana, un vestigio del turisteo que explotó en los años sesenta. Nos instalamos en unas barracas con pundonor de *bungalows* y los chicos nos retamos como gallitos, excitados ante el saboreo anticipado de esas veladas en libertad, mientras las chicas, supongo, hacían sus propias apuestas. Nada especial iba a suceder, por descontado. Los únicos que sacaron algo en provecho desde el primer día fueron los gamberros de la clase, lanzándose a registrar los cuartos de baño para robar las colonias y bebérselas a morro, sus sucedáneos de *gin tonics*.

La noche del sábado terminamos todos mezclados pero no revueltos ni mucho menos fundidos en una discoteca pachanguera cualquiera, bailando por no hacer otra cosa, por no atrevernos a hacer nada más. Yo me senté con mi refresco en un rincón a oscuras, el caballerito de la triste figura, todavía el acné jodiendo la cara, las gafas de cegato reduciendo mis ojos a su mínima expresión y con aquel pelucho montaraz que no era capaz de peinar hacia atrás ni a tiros.

Se suponía que estábamos pasándolo bien, pero yo sentía que mi vida era miserable y me constaba que casi todos los demás también

se sentían así. Sabía en qué estaban pensando los chicos y estaba relativamente seguro de que muchas chicas pensaban lo mismo. Por qué bailábamos aquella mierda de música cuando hubiéramos podido querernos un rato, descubrirnos un poco unos a los otros, explorarnos una minucia al menos y disfrutar lo que nos tocaba por derecho de edad. ¿Adónde se había escabullido esa libertad sexual que tanto se cacareaba desde las películas y los telediarios? Llevábamos casi una década en un estado de derecho laico y sin embargo parecíamos todos más castos que el Papa. ¿Es que se daba por sentado que, como había libertad, ya todo el mundo debía tener superado ese enojoso lastre del deseo carnal?

Me asaltó un huracán de furia ante tanta hipocresía. Todo a mi alrededor era un simulacro de danza ritual sustitutiva del sexo. Una fuerza interior, que desde entonces siempre me ha abocado al desastre y dado al traste con mis pretensiones de ser un tipo presentable, me obligó a ponerme en pie y abalanzarme obcecado hacia la pista de baile.

Y bailé.

Bailé frenético y adopté una gestualidad tan desmedida que pronto capitalizó la atención de todos mis compañeros. Los demás bailongos se pararon a mirarme, las chicas rieron al borde del escándalo. Y es que mi baile era obsceno: empecé a sacudir el cuerpo espasmódicamente, al ritmo del pum pum pum, mientras mi mano derecha emprendía un remedo de masturbación, yendo y viniendo desde la bragueta hasta la altura del pecho.

Un asombro indignado se instaló a mi alrededor durante los minutos de mi pantomima. Aquel fue el primero de muchos exhibicionismos obtusos con los que, de un modo u otro, me he ganado a lo largo de mi vida la repulsa pública y la animadversión general.

Queremos follar, era lo único que yo deseaba comunicar.

Otra cosa es que mi punto de vista gustara, o mi forma de expresarlo. Durante el viaje de vuelta en el autocar, ninguna chica me dirigió la mirada y mucho menos la palabra.

Los chicos nos volvimos a casa una vez más con los huevos llenos y las manos vacías. Bueno, yo al menos me traje conmigo el póster de Sade Adu.

Del insti a la uni

Mis depresiones fueron incrementándose en intensidad y frecuencia, aunque no sé si tengo derecho a denominarlas así. Llamémoslas más bien fases breves de letargia y tristeza. Periódicamente sentía la necesidad de recogerme en mi habitación y no salir de ella en horas. Leía mucho y cuando me notaba muy melancólico, ponía mis discos y terminaba llorando en una catarsis de andar por casa. Era una compulsión enfermiza, un cúmulo de penas que buscaba desahogarse a solas.

Empecé a tomarle aversión a los libros. Mis camaradas inanimados de toda la infancia y pubertad me parecían ahora un obstáculo irrisorio en mi único objetivo cierto: vivir. Nunca fui muy consciente de hasta qué punto hacía acopio de libros, tebeos y series por el placer exclusivo de colgarme de cosas que me permitieran ignorar mis propios problemas.

A los doce años había coleccionado todo *El Coyote* de José Mallorquí, sus ciento noventa y seis novelas, y leído la mitad de ellas. A los trece, me animé a comprar las novelitas semanales de *Jerry Cotton*, esa versión alemana y mercenaria de los detectives estadounidenses. A los catorce, descubrí en la librería los cómics de superhéroes y me hice pertinaz seguidor de *Alpha Flight*, los mutantes canadienses de la Marvel creados por mi primer ídolo de la historieta, John Byrne. Al año siguiente me pegué a los folletines de televisión como *Falcon Crest*, que veía entre las clases de la mañana y la tarde con mi madre al lado… Toda ficción popular me resultaba dignísima de ser consumida y estudiada.

Me encantaba auparme a todos los carromatos de escapismo coleccionable que pasaran delante de mí, cualquier propuesta ficcional que me proporcionara una huida de esa realidad cada día más ominosa. Y cada pocas semanas, con mayor frecuencia

conforme mis hormonas sexuales se iban alterando, me metía en mi cuarto a lagrimear. Solamente Freddie Mercury y Julio Iglesias me entendían. ¿El porvenir? Un agujero insondable que deseaba succionarme entero, y yo no sabía la razón.

Mis notas fueron a peor.

De los sobresalientes en primaria no quedó ni el sobre: de repente, pasé de puros notables al inicio de mi etapa bachiller a notables apuros al final de esta, síntoma de que ahora los estudios me interesaban menos y la vida más. Las notas aún podía controlarlas a poco que pusiera empeño.

Pero la vida no se dejaba.

Había remontado el Bachillerato en la confianza de que más adelante emprendería la carrera de Filología, porque para eso los libros iban a ser mi futuro, lo mío. De pronto tuve la certeza de que si me lanzaba por ese derrotero universitario acabaría por suicidarme. Estaba harto de ver la vida pasar desde el patio de butacas. O desde la butaca de lecturas, que es lo mismo.

Iba a morir ahogado en las prosas de Unamuno y Clarín como el niño de *Amarcord* se asfixia en las tetas de la matrona. Por ellos y mil autores realistas más, por los señorones serios y castos que cada oficialismo ensalza para que nos estafen con su aire encuadernado y su desprecio a la imaginación, se hubiera desvanecido mi último deseo de escribir y vivir. Hubiera perecido literaria y literalmente en la sequedad peninsular, en las pedregosas páginas de cojudos solemnes ¡que tampoco habían vivido! Por cada Aldecoa o Valle-Inclán, qué excesivo el peaje para mi sed de emociones.

Para ser hijo de proletario, mi educación se desarrollaba en el interior de una burbuja de principito. Y yo solo ansiaba emular a papá, un sonriente truhán capaz de las mayores proezas libertinas, según nos narraba entre lágrimas de risa mi madre; ese tosco aprendiz de carpintero de Fabero del Bierzo que, apenas alfabetizado, se embadurnaba las manos de obrero con azúcar y aceite para suavizarlas y contarle a las chicas que trabajaba en una oficina. Y cuando no había aceite, se las meaba y el truco le funcionaba igual. ¡Por qué las cosas no eran así de sencillas en el presente!

Hasta que un sábado mi padre nos pidió a Jean y a mí que lo acompañáramos a su taller en Barcelona, para ayudarle con un

mueble que debía entregar a tiempo. Invertimos toda la mañana y la tarde en cortar y lijar la madera, y en sostener las piezas sobre la mesa mientras mi padre les pasaba el buril… Ese día terminamos como él, con la nariz obturada de serrín y las manos despellejadas por la aspereza de los tablones y los aguijonazos de las astillas. Y esa noche juré como Escarlata
O'Hara
que jamás volvería a pisar un taller de carpintería ni a realizar ninguna tarea profesional que requiriera un esfuerzo físico. Lo mío sería trabajar con la mente y sentado o tumbado… O no sería.

Imagino que lo mismo le sucedió a mi padre cuando bajó a los trece años a ayudar al suyo a la mina y se vio de pronto atrapado en las entrañas de aquel infierno negro, tal vez como mi abuelo, estirado en el suelo y picando contra un techo de roca a medio metro de la cara tiznada. ¿A quién no le iba a dar claustrofobia allí metido? Papá tampoco retornó a la mina. Su carpintería debió de ser para él lo que el teclado de un ordenador para mí: el medio más cómodo de ganarse el pan en relación a nuestras posibilidades.

Por mi parte, en las postrimerías de BUP empecé a decantarme por el periodismo como luz posible al final del túnel de mi indecisión. Nunca consideré ese oficio una ocupación vocacional. Me apunté a estudiarlo en la universidad porque pensé que me obligaría a salir de mí mismo y a entrar en contacto con otras personas y otras vivencias.

Fue la mejor decisión que tomé en mi vida.

El bárbaro de Barberà

Cada mañana, si disponía de tiempo y energía, iba caminando desde casa: atravesaba Ciudad Badía y luego subía una loma con paciencia de senderista, para acabar desembocando en el aparcamiento al aire libre de la meseta donde se ubicaba el complejo universitario. Y desde ahí, a patearme una a una las diferentes facultades hasta llegar a la «mía», una inmensa mole de ladrillo rojo y techos de cristal en lo alto de una escalinata de piedra, similar a la del templo de Thulsa Doom. ¡La facultad de Ciencias de la Información de la Universitat Autònoma de Barcelona!

Mi madre estaba orgullosa, porque sus dos hijos ya estudiaban una carrera en la uni. Yo me sentía todo un Conan el Bárbaro cuando accedía a aquel templo de civilizados aspirantes a cronistas metropolitanos. Y a la vez saboreaba cierta investidura figurada de nuevo rico expueblerino, intuyendo que el lema del futuro monarca se aplicaba perfectamente a mí: «Y ahí llegó Conan, el cimmerio, el pelo negro, los ojos sombríos, la espada en la mano, ladrón, saqueador, asesino, de gigantescas melancolías y gigantescos pesares, para pisotear con sus sandalias los tronos enjoyados de la tierra». Ese era yo tal cual, hasta mis guedejas lucían asalvajadas y negras, solo que en lugar de avanzar espada en mano aferraba mi carpeta de plácidos estudios con el rezo final del Conan fílmico grafiteado en típex sobre su cubierta.

Siempre que realicé ese trayecto a pie, me entretenía en ojear el elemento femenino con que me cruzaba por las instalaciones uaberas. Varias mañanas me fijé lelo perdido en una muchacha de apariencia pija que solía retozar entre columnas y bancas del pasillo con algunas compañeras de mi curso. Nunca me atreví a decirle nada, la deseé de lejos, como expresaban las canciones cursis de cantantes melódicos que aún me gustaban.

Fuera de clase, mi sitio favorito para pasar el rato era la

Hemeroteca, un archivo cultural gigantesco, un espacio de provecho incalculable para un provinciano como yo. Allí leía las noticias nefastas sobre la evolución de la enfermedad de Freddie Mercury, gracias a la prensa inglesa que llegaba puntualmente. También descubrí un alijo de números de la revista *Photo*, publicación francesa hasta entonces desconocida por mí donde posaban desnudas un montón de modelos y actrices europeas, que entendían el despelotarse en sus páginas como un acto de reafirmación chic, que afilaba su carisma y realce social. Llegué a fotocopiar en la misma hemeroteca algunos de esos desnudos de diosas deseadas e inalcanzables como Grace Jones o Valérie Kaprisky.

Y así fue como di de bruces con mi reverso oscuro.

Una mañana bajé al sótano donde se hallaba la hemeroteca y, antes de entrar, a un metro de la puerta acristalada, fui testigo de una escena que me trastornó: un chico de mi edad, también «gafotas», también con pinta de no haber salido de casa de mamá en toda su puñetera vida, sudoroso y mugriento, se encontraba sentado a una mesa situada frente a la entrada principal, ofreciendo un espectáculo estrambótico a todos los que nos acercábamos por el pasillo.

Desde cualquier ángulo a través de la cristalera que limitaba el recinto se podía apreciar cómo, bajo el tablero, la mano del chaval apretaba su entrepierna como una esponja. Los ojos exorbitados no se despegaban de un mamotreto abierto a su rostro, purpúreo de la tensión. El tío al menos se guardaba mucho de bajarse la cremallera y todos sus manoseos los practicaba por encima del pantalón de pana… pero la suya era la mesa más visible de todas.

Epatado ante su falta de disimulo, entré y pasé al lado de la mesa, echándole un reojo al volapié: el volumen contenía un manojo de *Libs* encuadernados, la revista erótica de la Transición. La hemeroteca albergaba otros tesoros adultos como ese, colecciones completas de publicaciones apetitosas como el *Interviú*, o el primer *Primera Línea*, o el mentado *Lib*, consignadas como material de consulta que había que solicitar específicamente al encargado de la sala.

Aquel chico se tocaba el badajo horas enteras frente a esa mesa y lo vi en numerosas ocasiones durante un porrón de meses. Me dio mucha pena, porque aunque yo era más discreto y no concebía otro

escenario para masturbarme que mi casa, no dejaba de sentirme solidario con su patetismo. También, de un modo ruin, le estaba agradecido por demostrarme que todavía existía un escalón inferior, más humillado y mísero, para los practicantes de mi vicio. Por muy bárbaro que me proclamara, la espada solo la desenvainaba en privado y a solas, a la compungida espera, como él, de que alguien la acogiera y tratara con mimo.

Al poco de entrar en la uni, además, asumí un cambio que hizo bastante por mí: me puse lentes de contacto. Tenían por fuerza que ser rígidas y diminutas, lentillas duras las llamaban entonces, porque mi lagrimal era escaso y no daba para más, pero mejoraron muchísimo mi imagen. De pronto, sin gafas, mis ojos se veían enormes. Mi piel ya no supuraba grasa y acné, y mi pelo rizado suponía ahora un marco juguetón para un rostro que había acabado con cierto donaire el proceso del estirón y el aterrizaje forzoso en la mayoría de edad.

De un día para otro, ya no era solo un mirón, ahora también me miraban. ¡Tocaba aprender cómo abordar a esas chicas!

Si localizaba a alguna que me hacía ojitos, trataba de animarme a ligar con ella entregándome a recitar varias veces el mantra de mi carpeta, ritual con el que me obligaba a abandonar mi blindaje interno. Mi único credo entonces era la Palabra de Conan, plegaria dirigida al dios de la guerra que conocía de memoria y me permitía armarme de valor ante una acción arriesgada: «Crom, jamás te había rezado antes, no sirvo para ello. Nadie, ni siquiera tú, recordarás si fuimos hombres buenos o malos, por qué luchamos o por qué morimos… No, lo único que importa es que dos se enfrentan a muchos: eso es lo que importa. ¡El valor te agrada, Crom! Concédeme pues una petición: concédeme la venganza. Y si no me escuchas, ¡vete al infierno!». Esa filosofía básica (¡el mundo es de los valientes!) me alentó a invitar a varias estudiantes a salir, tartamudeante y en modo psicópata… siempre con resultados adversos. «¡Vamos! ¡Conan nunca daría su polla a torcer!», me chirlideaba yo.

Mediado el curso, apareció otra candidata a obtener mis favores, o eso pensé. Sin comerlo ni beberlo, me hice amigo de una estudiante que empezó a sentarse siempre a mi lado, al parecer se sentía segura conmigo. Yo sabía que ella hacía *ballet*, muchos días

venía en mallas y efectuaba ejercicios de relajación en su silla mientras esperábamos al profesor de turno.

A mí me gustaba mucho, y creo que yo a ella un algo, aunque fuese con vistas a nada. A un tonteo inofensivo. Tenía el pelo cortito y negro, la piel muy blanca, de catalana de estirpe, lo cual le confería un exotismo especial. Llegamos a congeniar bastante y hasta flirteé con la idea de proponerle salir juntos. A tal fin recité mi plegaria de Conan un par de ocasiones, pero no me decidí a consumar el impulso de cortejarla. En casa me pajeaba imaginando sus piecitos de bailarina catalanufa y fina en mi boca.

Una mañana que ella se ausentó del aula, nuestro grupo habitual de amigos comentó cierto escándalo político que podría salpicarla. Yo no entendí nada. ¿Un escándalo político? ¿De qué estaban hablando? Si solo hacía *ballet*.

Me miraron boquiabiertos.

—Pero ¿no sabes quién es ella?

—Pues Mireia, quién va a ser.

Se quedaron todos blancos, más blancos que Mireia. Me costó un huevo convencerles de que revelaran su secreto.

—¿¿¿Se puede saber quién es???

Era Mireia Pujol i Ferrusola, la hija del *president* de la Generalitat de Catalunya. Ahora palidecí yo. ¿Me había hecho amigo de la hija de un estadista derechón que odiaba a muerte el castellano, a los inmigrantes y a los charnegos?

Sinceramente, no me importó. Ella me resultaba encantadora y quería seguir siendo su amigo, aunque no me veía ya de futuro consorte, cierto. Nuestro noviazgo no hubiera sido muy bien acogido por nuestras familias, pertenecíamos a dos mundos irreconciliables. Mi ensoñación romántica terminó de romperse al cabo de nada. Algo debió de percibir Mireia en mi repentino envaramento involuntario, porque un día dejó de sentarse conmigo. Nuestra afable relación se volatilizó sin más y no volvimos a tratarnos.

En el momento en que escribo estas líneas, más escándalos de corrupción, otros nuevos, han ensuciado a la familia Pujol. Y me he sentido muy triste. Como un Tío Tom que se apesadumbra al averiguar que la única ama sureña que le trató con gentileza está a punto de ser ajusticiada por los libertadores yanquis con los que

tampoco se identifica.

Mireia era tan guapa. Y fue tan buena conmigo… que hubiera renunciado a mi herencia bárbara por ella. Hubiera sido feliz su amante esclavo charnego, tendido como un perro a sus bonitos y suculentos pies.

Tu primer maltrato, chispas

A los dieciocho años presencié una agresión contra una mujer. Curiosamente no fue en Barberà, zona salvaje asumida, sino en territorio «civilizado»…

Sucedió en un bar nocturno de Salou. Mis amigos y yo pasábamos de acampada algún fin de semana allí, infructuosamente emperrados en ligar con alguna turista bondadosa, como un destacamento de Alfredos Landas suicidas.

Esa noche en el bar, entre risas y cervezas y ya resignados a ligar una buena curda, dejé a mis colegas sentados a una mesa y me fui a hacer cola al pasillo de los urinarios.

Entonces los vi: me fijé en ella porque me la había cruzado alguna vez por los corredores de la facultad. Era la que me parecía pija, una chica bonita y a la que no me había atrevido a acercarme en los descansos de las clases porque a mis ojos exudaba demasiada distinción.

Delante de ella estaba plantado un muchachote rubio, alto y fornido, más guapo y varios años mayor que yo, marcando pectoral de gimnasio en una camiseta ceñida. Me llamó la atención lo fuerte que le estaba gritando a mi compañera de uni, justo frente al escusado femenino. Se diría una escena de celos, pero de una virulencia fuera de lo común para cualquier espectador. Yo no podría hacer eso, pensé: no podría hablarle con esa violencia. Con tanto tío deseando hablarle dulce, esta va y escoge al más agresivo, seguí pensando simplemente, atento a que se abriera la puerta del lavabo para hombres.

La chica discutía y se dejaba zarandear por los hombros a apenas dos metros de nuestra cola. Los más jóvenes que aguardábamos allí nos alarmamos. De pronto, el tipo la asió de los brazos y la empujó con brusquedad contra la puerta. El golpetazo de la espalda de ella contra la hoja de madera nos puso a todos muy

tensos y algunos chavales atemorizados desertaron del puesto de espera.

Pero lo siguiente que él hizo dejó el pasillo vacío y a mí de piedra. Sin que nadie lo viera venir, sin previo aviso, un viscoso escupitajo brotó de sus labios y se estrelló contra la cara de la chica.

Ella retrocedió asustada y yo también.

Fui la única persona que permaneció en el pasillo, nadie más quiso quedarse a defender los derechos de la agredida… Tras la desbandada de testigos y posibles aliados, comprendí que se trataba de mí contra aquel gigante. Pero yo era un chico endeble, estudioso y —no deja de tener su importancia— COBARDE, que apenas había abandonado sus sempiternos libros unos días para aventurarse a probar el agua helada de la atrayente piscina del mundo, sumergiendo su dedo gordo con muy poca convicción.

En ese trance solo se me ocurrió que aquello debía pararse, como fuera. Intenté pedir ayuda apelando a mi única arma: el sentido común. A la entrada del pasillo había más chicos reunidos y los abordé con urgencia, contándoles atropelladamente la situación y animándoles a que detuviéramos juntos aquella trifulca y el abuso contra aquella muchacha.

Por toda respuesta, uno de ellos se adelantó y me empujó hacia atrás sin ningún miramiento. Los demás le secundaron y empezaron a propinarme golpes en el pecho. En unos segundos me vi acorralado contra la pared, mientras el primer muchacho esgrimía a la altura de mi cabeza un casco de motero.

—¿Quién mierda eres tú para meterte donde no te llaman? —me gritó—. Lo que discutan mi hermano y su novia es asunto suyo, ¿vale?

Entre insultos y empujones, el chaval y sus amigotes me expulsaron del pasillo. Pero mi gran error, lo peor de todo lo que me dio por hacer esa noche y en medio de ese chaparrón de palos, fue echar la vista atrás y sorprender la mirada que la chica me dirigía en ese instante: en sus ojos solo había indiferencia. No parecían importarle los restos de saliva en su cara.

La pandilla me largó del local como echan a los borrachos en las pelis. Tuve que alejarme unos metros, tambaleante, un alfeñique asaltado por un acceso de llanto y temblores. Me sentía vulgar y ultrajado. No había dado la talla, era uno más entre la masa

cobarde. Era un mierda que se había rajado a la primera. Era un mierda.

Mis amigos acudieron en grupo en cuanto advirtieron el incidente: convulso de frustración, les conté lo sucedido y se quedaron a mi lado. Tantos lustros después, nunca más han mencionado aquella noche y se lo agradezco.

Porque aquella noche lloré delante del Carles, del David, del Lucas y del Máximo no como llora un chaval que anhela ser un adulto, sino como llora un niño abrumado, de nuevo impotente ante el funcionamiento del mundo.

Mientras yo lloraba, la chica salió del bar con el chico y se fueron juntos en la moto de él.

Salieron cogidos de la mano.

Martine

Nuestra historia supuso mi primer exitoso fracaso.

Al finalizar el curso universitario, Carles y tres amigos más de los tiempos de primaria decidimos hacer juntos un viaje de estreno por Europa. Usamos el billete de Interraíl, que por un precio fijo permitía explorar, a lo largo de un mes entero, porciones jugosas del continente con un solo pasaje de tren. Mis padres no pusieron impedimento alguno en que realizara un trayecto que me alejaría de ellos todo agosto: como siempre, mamá se comía sola sus miedos.

Nuestra primera escala ferroviaria fue en París, y allí ya entreví la tónica general del periplo: mis compañeros se morían por visitar todos los museos y todos los monumentos, por cumplir lo que se supone que un turista reglamentario debe ver sin falta. Mi recuerdo primero de la capital francesa es una siesta que me pegué en el césped bajo la Torre Eiffel, mientras ellos la subían afanosamente.

Mi natural anárquico chocó con la disposición ortodoxa del grupo a que el viaje discurriera como una mera misión turística. Por suerte, un caluroso mediodía nos dimos un respiro en el barrio de Trocadero. En una de sus socorridas fuentes, junto a un parque cosido por túneles y catacumbas plagadas de sintechos durmiendo la mona, nos unimos a la chavalería que se bañaba desacomplejadamente en sus aguas. Yo me senté a la orilla de la pileta para mojarme las piernas y, amorrado como estaba, obcequé la mirada en la chica más a mano.

En esta ocasión mis ojos se enredaron con los de una parisina. Nuestro contacto ocular duró tanto que, perplejo de que no retirara su vista de la mía, reuní el valor para abordarla: ¡al fin y al cabo estaba en Europa! Si no me sentía libre allá, no lo haría en ningún lugar. Me metí en el agua, caminé hacia la joven y empecé a chapurrearle en *spanglish* mientras ella me respondía en

afrofrench.

Se llamaba Martine (¡como mi madre!) y era de origen senegalés. Tenía diecisiete años y me pareció una de las diosas inalcanzables de la revista franchute *Photo* que fotocopiaba en la uni. Comprendí que había encontrado mi propia Emanuelle Negra. No sé qué demonios farfullamos, cada uno envuelto en su propio impermeable idiomático, pero por la luz de su mirada y por los brincos que los cervatillos de sus amigas propinaban en torno, confirmé que estaba contenta de conocerme. Yo también lo estaba.

Pero la travesía interrailera debía proseguir: me dejó sus datos y prometí vagamente contactarla algún día. De nuevo imaginaba el desarrollo de un afecto platónico ¡y a distancia! que nunca llegaría a nada más. Estaba acostumbrado y no me importaba.

En Amsterdam, los cinco miembros de la expedición visitamos el museo Van Gogh, en nuestra buena fe por acatar las rutas más convencionales, y así procedimos también con Brujas y el resto de las ciudades previstas en nuestro itinerario. Para cuando a la tercera semana de excursión mochilera descendimos del tren en Budapest, yo ya no podía más: estaba harto de la curiosidad cultural de mis amigos y de seguir el manual del perfecto turista. Si yo había salido a Europa era para liberarme, no para continuar siendo el impecable muchacho civilizado que juega a despistar la sublimación de sus apetitos reprimidos con un barniz banal de chico Disney visitando el Louvre y haciendo oh ante la Mona Lisa.

Obviamente, había fantaseado todo el tiempo con volver a París y tratar de ver a Martine para confirmar nuestro romance. ¿Había sido solo un tonteo o su sonrisa presagiaba el germen de un idilio serio? Necesitaba averiguarlo.

Una madrugada desperté a Carles en nuestro hostal budapestiano y le dije que me largaba. Le informé de mis planes y le pedí que cuando los demás estuvieran despiertos les explicara mi decisión. Él siempre me comprendió bien y no se aturdió con mi resolutiva partida. Todo quedó aclarado y en buenos términos, así que tomé un tren a primera hora de la mañana. Mi intención era terminar en París, pero con una pequeña parada de por medio. Quería recalar por mi cuenta en Landquart para pasar unos días en casa de mis tíos de Suiza, Gian y Balbi.

Así lo hice y, confortado por haber retomado el contacto con

unos primos que echaba de menos y una tía que todavía representaba mi ideal de feminidad, afronté mi destino parisino con mayor confianza y las pilas afectivas cargadas. Sin embargo, no las tenía todas conmigo: ¿podría volver a coincidir con Martine durante mi último finde de Interraíl y reanudar nuestra escaramuza sentimental en ese escaso plazo? ¿Querría ella quedar conmigo? ¿Me permitiría besarla y pasear por París de la mano? ¿Podríamos hacernos pareja formal y tal vez luego establecer una relación a distancia? Mi natural fantasioso me traicionaba: con ella no me dolía ser casto y romántico.

Nada más regresar a París, llamé al número de teléfono que Martine me había confiado y una voz gruesa de hombre me informó de que su hija no estaba. Me temí lo peor… No, no, insistió el padre, ella vendrá. Solo tenía que probar a llamar más tarde. Colgué no muy seguro de lo escuchado, siempre había sido un negado para el francés. Pero horas después logré dar con ella y me indicó un lugar para vernos a la tarde siguiente, la última que yo podía quedarme en París.

Por lo complicado que se nos hacía entendernos, resolvimos citarnos no muy lejos de donde nos habíamos conocido, y el reencuentro arrancó mejor imposible, con sonrisas de embriaguez sensual. Yo la cogí de la mano y eché a pasear con ella, listo para representar mi mejor papel de novio bucólico propenso a las carreritas felices a cámara lenta. ¡Íbamos a vivir los dos nuestro amor verdadero! Pero al parecer ella tenía otros planes. Al primer beso inocente, su palma marroncita se posó en mi entrepierna y ahí fue cuando advertí que Martine venía dispuesta a darme una lección.

Siguió una refriega de cuerpos y una búsqueda frenética de algún rincón apartado, dos adolescentes deseándose a trompicones de peonza y a la caza de callejas, portalones, hasta amagamos el colarnos en un hostal. ¡En París!

No hubo manera: acabamos en los pasajes subterráneos del parque contiguo a la fuente donde semanas atrás ninguno de los dos diera sus ojos a torcer.

Sóc diferent

A principios de los años noventa, la carrera de Periodismo contaba con un desarrollo deficiente en su selección de materias impartidas y su metodología de enseñanza. Aquel era todavía un oficio que se aprendía trabajando en él, no estudiándolo en un aula. De esa aula, el que no sabía redactar salía igual de memo. Ya fuera por mi excelencia o nulidad en ese campo, pasé mi primer año universitario casi por entero en el bar de la facultad.

Sin embargo, tras mi descorche sexual en París, me reincorporé a la carrera más convencido que nunca de que, en efecto, debía usar el periodismo para abrazar la vida real y abandonar el cerco de libros tras el que siempre me había parapetado. Definitivamente, mi estancia en el mundo tendría un cariz hedonista y para costearlo debía hallar el modo de ser solvente gracias a este plausible oficio. Eso implicaba aprender lo máximo posible en las clases y ganar la mayor experiencia en el ámbito laboral.

Por suerte y porque espabilé a tiempo, enseguida conseguí compaginar los estudios con mis primeros pinitos profesionales para dos medios periodísticos del panorama comarcal: el *Diari de Sabadell* y la emisora municipal Radio Barberà.

En el diario empecé escribiendo artículos divulgativos sobre figuras vallesanas del cómic y de disciplinas aledañas. Me lo pasé muy bien entrevistando a artistas como Carles Hierro «Iron», uno de los más grandes dibujantes que ha dado Cataluña; al bonachón Francesc Mateu, ilustrador de la factoría Disney; o a uno de mis ídolos de infancia, Salvador Fabà, autor de las evocativas ilustraciones estilo wéstern que engalanaban las portadas ochenteras de las novelas de *El Coyote*.

Poco después acepté el reto de escribir un cuento de ficción al día en las páginas de cultura del rotativo sabadellense, durante dos agostos consecutivos, con ilustraciones de Carlos Gambarte,

descacharrante autor de cómics empadronado en Ciudad Badía. Fue una experiencia de fogueo gloriosa para alguien que deseaba ganarse la vida como escritor *pulp* en una época en que el *pulp* ya no existía. En paralelo, conocí lo que era el ambiente de redacción de un diario regional, asistí al compañerismo y también a las rencillas de mis colegas veteranos en su pugna por hacerse con una poltrona fija, y resolví que jamás permanecería en un puesto de trabajo si sentía que ya no aprendía nada nuevo en él.

En Radio Barberà disfruté desde el primer día. Tenía mi propio programa semanal de cómics, lo cual era una chulada en sí mismo, puesto que a finales de los años ochenta no abundaban los espacios radiofónicos ni televisivos dedicados a su divulgación. Ello me permitió convertirme tempranamente en una presencia familiar para el mundillo tebeístico español, dado que el sector apoyaba todo medio que fomentara la historieta, por minoritario y anecdótico que fuese. Yo hablaba de novedades editoriales y entrevistaba a autores, incluso ofrecía la posibilidad de que los aficionados pudieran conocer a sus creadores favoritos mediante concursos en directo. Como complemento práctico de mis estudios, en Radio Barberà también ejercí la crítica cinematográfica, pasé por informativos y, por más que hubiera jurado que nunca me vería en esa tesitura, hasta di el pego como locutor de deportes…

A mis diecinueve años, la voz se me había hecho grave y varonil y me auguraba un futuro amable en las ondas. Si le hubiera dedicado más interés y tiempo, quizá podría haberme labrado una carrera sólida en el medio radiofónico. No ayudó que un verano, en plena jornada laboral como redactor de informativos, fuera a entrevistar en pantalones cortos al sempiterno alcalde de Barberà —veintitrés años de nada se tiró al frente del consistorio—, un exprofesor socialista con pinta de duque pasmado; a los cinco minutos de concluido nuestro encuentro, una llamada furiosa del propio alcalde a mi jefe, al parecer motivada por mi desenfadada vestimenta, supuso mi degradación a periodista deportivo. Ya en mi nuevo puesto, me tocó cubrir el *derby* futbolístico local, Barberà vs. Andalucía, desde el terreno de juego; no supe ni llevar la cuenta de los córners concedidos a cada equipo y terminé confesando en directo que yo de aquello, ni idea. Quedó claro que no servía para esas lides.

Sin embargo, lo que me alejó definitivamente de la radio fue asumir que mi pasión mayor era escribir ficción. Desde niño tuve claro que sería escritor, pero a los catorce años se cruzaron los tebeos en mi vida y no me soltaron: en 1992, a medio recorrido de mi carrera universitaria, me ofrecieron el puesto de redactor jefe en una editorial barcelonesa de comix para supervivientes. Con solo veinte años, la cultura *underground* me acogió en su seno.

Y casi de inmediato, también empezaron a lloverme propuestas para intervenir en medios de comunicación como experto en historietas y opinador de lo que se terciara.

Fue así como asistí a un programa de debate en TV3, la televisión pública catalana, como invitado de banquillo: o sea, tertuliano de segunda categoría, el que se sienta entre el público y complementa con su opinión la voz preferencial de los invitados de mesa. El asunto de fondo era el bilingüismo.

Nunca he guardado el menor respeto por ninguna bandera ni causa patriótica de un lado u otro. En aquel entonces, no había salido de un entorno semisalvaje y creía que casi todo el mundo aceptaría afablemente mi juego irreverente de joven incendiario, antigregario por naturaleza, con alguna que otra experiencia en darse cabezazos contra la pared. Mi única ideología era la alergia a las imposiciones. Sí es verdad que esos días andaba muy escamado.

Hacía poco unos productores televisivos me habían llamado a la redacción, precisamente de un programa cultural de TV3, para pedirme que les enviara algún autor de cómics con novedad editorial bajo el brazo, con el fin de ser entrevistado en plató. Yo les propuse a Jaime Martín, dibujante de
L'Hospitalet
de Llobregat que sacaba por entonces nuevo álbum, y de entrada les pareció el candidato idóneo. Pero cuando me preguntaron específicamente si Martín hablaba catalán y les respondí que no, automáticamente lo descartaron. ¡No les importaba que Martín fuera catalán! Según su impúdico criterio, expresarse en lengua catalana constituía una condición *sine qua non* para ser aceptado como sujeto digno de entrevista. Al tratarse de una televisión pública, pensé que no tenían derecho a ser discriminatorios, así que consideré lógica una pequeña *vendetta*.

Comparecí en el programa nocturno en directo acompañado del

Carles, que siempre suponía una garantía para aportar *seny* y serenidad a las situaciones tensas. Los presentadores eran dos caras habituales del *establishment* tevetresero, tradicionalistas conservadores muy conniventes con el régimen pujolista. Nada más iniciarse el debate, me presentaron y me dirigieron una pregunta. Yo me levanté de mi silla en medio del respetable y lancé mi primera y única bomba de mecha corta dispuesto a autoinmolarme, como tantas veces en mi accidentada carrera ulterior de terrorista mediático. Pese a ser perfecto bilingüe, les dije esto:

—Buenas noches. Voy a hablar en castellano para que me entiendan en mi pueblo.

Rumor de mal rollito entre público y tertulianos. Los presentadores, desconcertados ante el olor a pólvora, me preguntaron ya con semblante medio descompuesto:

— ets, si es pot saber?

D'on

—De Barberà del Vallès.

La bomba estalló con mayor virulencia de la que había previsto y todos salimos salpicados de mierda. Señores catalanistas de pro se alzaron airados desde las gradas sin parar de insultarme, los contertulios adoptaron expresiones de condescendiente desdén, y los presentadores decidieron quitarme la palabra.

Cuando se restableció el orden, comenzaron a hablar los demás invitados sin tener en cuenta mi *boutade*. En el monitor vi que cada vez que la cámara efectuaba un barrido del público, me evitaba de forma deliberada. En varias ocasiones levanté la mano para opinar sobre alguna otra cuestión, esforzándome en que los dos moderadores del *show* repararan en mí, pero los gachós pasaban olímpicamente —al fin y al cabo era nuestro año olímpico— de mi jeta, fingían no verme. Llegó un momento en que me cabreé bastante ante ese modo descarado de hacerme el vacío.

Y a la media hora, la sala de control impuso una interrupción para ir a publicidad.

—Vámonos de aquí, tío, que les den por culo —mascullé al oído de Carles, más asustado de lo que deseaba traslucir.

En qué berenjenales le metía, a él que era el único catalanoparlante de la pandilla. Sin embargo, en medio de aquel esperpento y en caliente, el barberense Carles estaba casi tan

escandalizado como yo o más. Le asqueaba la hipocresía de nuestros anfitriones y le había impresionado la manera en que las cámaras habían esquivado mi presencia.

Bajé los peldaños de las gradas metálicas para abordar la puerta de salida, custodiada por un segurata de producción.

—Lo siento, pero no puedes abandonar el plató hasta que termine el programa —me soltó el segurata en su castellano materno, como que era de Murcia o Albacete.

—Están negándome el turno de palabra, así que me largo por mis cojones —le dije yo.

Y, en efecto, al entender que hablábamos en la misma frecuencia, se hizo a un lado y nos dejó marchar.

Resolví no volver a intervenir en público sobre cuestiones políticas enfocadas en serio. No me arrepiento. Nunca he querido perder un segundo de mi vida en odios y lo que hoy mantiene unido a mi país es el odio. Un odio de siglos que vuelve y vuelve y vuelve. Todos somos peones de un latido de la tierra que rige el nuestro y nos hace bailar su danza. Pero yo digo que baile su tía. Prefiero renunciar a esas dos patrias impuestas que solo sirven para enfrentar. Las dos son mentira.

Aquella noche noventera, sin embargo, fui tan intolerante como aquellos a los que pretendía satirizar con mi chiste excluyente, con el que falté al respeto a todos los ciudadanos de Barberà. Contribuí a incrementar un tipo de tensión que nunca lleva a nada.

Con todo, esa misma semana me llamaron los chicos de producción del programa para disculparse.

—Tío, lo que te han hecho no tiene perdón —me dijeron por teléfono—. Aquí estamos escandalizados, qué manera de censurarte. Te queremos ofrecer una reparación, así que se nos ha ocurrido que el mejor modo de enmendar esto es invitarte al nuevo programa de Jordi González y que lo inicies tú con tu opinión.

Acepté porque me sorprendió la buena fe que aquellos muchachos ponían en mí. Quedamos en que acudiría en calidad de opinador secundario de nuevo, pero esta vez con el privilegio de abrir el programa en primer plano, brindando mi punto de vista personal en directo sobre el tema a discutir: en este caso, la materia a debate era «Los jóvenes y la política». Pese a mi resolución de no volver a intervenir en público sobre cuestiones políticas enfocadas

en serio… no pude resistirme a hacer un experimento.

Y así, efectivamente, la noche señalada salimos al aire y la cámara empezó a transmitir mi imagen a toda pantalla para Cataluña entera. Yo, muy solemne, muy seguro de mí mismo y con esa arrogancia lumpen que hace que caiga tan mal a la gente, desgrané mi opinión tunante en una sola frase:

—Hola, pues yo opino que en realidad a los jóvenes nos importa muy poco la política y lo entiendo perfectamente, porque lo único que queremos es follar.

Lo dije en catalán, pero lo mismo dio: les jodió igual.

Esa vez ni me llamaron para disculparse ni para volver a invitarme a un nuevo programa.

Los nuevos ricos

A los veintiún años, ya contaba con un trabajo fijo en Ediciones La Cúpula dirigiendo dos revistas de cómic: *El Víbora* y *Kiss Comix*, la contracultural y la pornográfica, respectivamente. Fue entonces cuando mis padres anunciaron su intención de mudarse a la zona «alta» de Barberà. Y de llevarme a mí con ellos, claro. Habían ahorrado lo suficiente para, junto al dinero obtenido de la venta prevista de su pisito de Anselmo Clavé, comprar uno más grande en territorio casi burgués, una franja residencial que lindaba con Sabadell.

Me sentó fatal la noticia. Bueno o malo, el de la plaza de la Unidad era mi barrio y allí se había forjado mi carácter. Además me encantaba lo populoso del lugar, la mezcla de orígenes, la campechanía de la gente al tratarse en la calle, el desenfado en las formas y hasta el buen humor del personal para convivir con su cabreo perenne.

El barrio donde mis padres querían que nos instaláramos no era ni barrio. Era uno de esos tramos de edificios nuevos y chalets bonitos donde apenas hay establecimientos comerciales, solo vecinos que se han comprado una casa con todo lo que robaron haciendo el taxi. No había vida de vecindario. Pero precisamente eso, el no tener que aguantar vecinos gritones, poder ignorarlos en la escalera y continuar tu día a día en un enclave casi aséptico, resumía lo que para mis padres comportaba mejorar su calidad de vida y subir en el escalafón de clase. Ahora ya no eran clase media-baja, sino media acomodada. O cómodamente media.

Las razones profundas del cambio de domicilio se hallaban en el hartazgo de mi madre, que durante años se había visto obligada a soportar malos modos y cuchicheos en su escalera de vecinos. Mamá siempre tuvo la piel muy fina para los cotilleos y los modales groseros, y no sabía disimular su disgusto si sospechaba que estaban

chafardeando de ella a sus espaldas. Más de una vez se enredó en algún rifirrafe con alguna vecina y, en vez de zanjar la disputa y comenzar de cero, prefería que la relación se emponzoñase hasta que las partes implicadas dejaban de hablarse.

Así que convenció a mi padre para que mejoraran su estatus. Contaban con todo el derecho, claro, para eso habían llevado una existencia de un rigor casi monacal durante más de veinte años. Consideraban su decisión un paso adelante en el incremento de la comodidad familiar, y por tanto esperaban que Jean y yo los acompañáramos…

Por mi parte, la perspectiva de mudarme a otro sitio aún más aislado en Barberà me deprimía profundamente, máxime cuando en mí ya hervían las ansias de independizarme a la primera oportunidad. No efectuar ese salto de emancipación antes de la mudanza inminente me irritaba como si esta augurase una sorda amenaza, la de no verme capaz de abandonar nunca el nido progenitor. Pero antes de intentarlo, quería terminar la uni, que cada año se me hacía más cuesta arriba, porque era cada año más consciente de la inutilidad de aquel título en liza; lo único claro es que hasta que no me zafara de esa carga de los estudios y me licenciara, no podría plantearme una vida autónoma. Y, por descontado, mi sentido de la responsabilidad para con mi madre aplacaba en mí toda loca idea de dejar inconclusa la carrera.

Irónicamente, mucho antes de que pudiera intuir cuándo me atrevería a salir del cascarón de mi clan, e incluso antes de que mis padres hicieran efectivo su cambio de domicilio… la vida decidió por mí.

La vida siempre te alcanza.

El corazón se rebela

Sobremesa de sábado en mi colchón. Una tarde más, estirado en la cama. Al lado, la de mi hermano, que seguramente estará con su novia en la cama de otro piso.

Estoy escuchando el *Promise* de Sade en el radiocasete y como siempre me produce una ligera modorra. Echo una breve siesta, pienso en qué albergará el futuro para mí, en si he vivido demasiado encerrado en mis libros y cómics, en si debería ya quitar de la pared los pósteres con el supergrupo de Alpha Flight y con el culo de Boris Vallejo como acto consciente de madurez.

En que si al fin perdí mi virginidad por qué sigo teniéndole miedo al sexo… ¿o será al compromiso?

Inesperado, siento algo raro en el pecho. El corazón da un traspié. Como un redoble a destiempo. Como si el mecanismo de mi respiración se hubiera dislocado un breve segundo, como cuando un vagón se sale del riel y provoca un desajuste entre los demás vagones, que siguen avanzando atropellados pero a sabiendas de que se avecina un completo descarrilamiento.

El miedo acelera el proceso: de improviso mi corazón se dispara de revoluciones y late brioso por libre. No puedo respirar. Los latidos van por un lado, las boqueadas por otro, a ritmos disonantes. Y yo mirando.

De golpe y porrazo, un golpe y un porrazo dentro del tórax. ¡Estoy teniendo un infarto! Aspiro a la desesperada, varias veces, hasta que me convenzo de que no, no puedo tomar aire. Es un ataque al corazón en toda regla y el resultado será mi muerte inmediata.

Mis padres están en el comedor, tomando el café y viendo la tele juntos, como cualquier fin de semana. ¿Qué hago? ¿Los aviso de que me estoy muriendo? ¿Les jodo su tarde sabatina?

Pero ¿para qué preocuparles? Si el desenlace va a ser mi

defunción, ¿por qué causarles un trauma asustándoles y dándoles falsas esperanzas al precipitar que me descubran en fase pataleante? ¿Es que acaso deseo que me vean morir? Mejor no los aviso, me recuesto simplemente a aguardar que el corazón haga kaput y que descubran ya mi cadáver, será más rápido, limpio y menos trágico para ellos.

Sufrirán menos así.

Me tiendo otra vez sobre la cama, esperando que la ausencia de correlación entre mis conatos de bocanadas y la salida de eje de mi corazón llegue al final de su cuerda… y este me explote o se detenga por implosión.

Pasan minutos. Ya debería estar muerto. ¿Piticlín, piticlín, con el Infierno?

Si no puedo respirar, ¿por qué no me asfixio? Estoy convencido de que mis esfuerzos por aprehender aire por boca y nariz son vanos, en cambio no noto los primeros signos de una conclusión fatal, un fallecimiento irrevocable o, como mínimo, un desfallecimiento reversible. Sigo mirando, incluso viendo, sigo moviéndome. Sigo sudando. ¡Sigo vivo! Sin duda el proceso de aletargamiento y deceso de un infartado resulta mucho más lento de lo que tenía entendido…

Y así me debato intranquilamente media hora aproximada. Hasta que me convenzo de que no. No. Por más trompicones y volteretas a destiempo que protagonice mi corazón partido en su caja torácica, no va a reventar del todo. Y lo que estoy sufriendo no es infarto. Ya hace un rato largo que estaría muerto.

Hmmmm…

Tal vez sí debería avisar a mis padres, entonces.

Salí al comedor en pijama y pantuflas. Alzaron la vista extrañados, estaba demacrado como un muerto no viviente y no me atrevía a moverme mucho por si mi cuerpo estallaba.

—No… no sé lo que me pasa… el corazón se me ha disparado y no para. ¡Tengo miedo a morirme!

Debió de impresionarles mi entrada en escena, mis labios cerosos balbuceando, porque lo siguiente que recuerdo es a mi padre bajándome en brazos a la ambulancia. Todavía llevaba puesto el pijama y me dio mucha vergüenza que los vecinos y algún amigo del barrio me vieran así, no solamente por el pijama en sí… ¡sobre

todo por ir en brazos de mi padre! Parecía una damisela en apuros.

A mis veintiuno, era todavía un pobre niño en apuros.

En el hospital nos aclararon que no, que no, que nada de infarto. Una simple taquicardia y vas que te matas, producto de un ataque de pánico, tal vez por culpa de un estrés excesivo.

¿Estrés, yo?

El médico que me atendió era un catalán-catalán con el pelo rizado y una bonita nariz con pecas y se rio cuando le pregunté si aquello era grave.

—Tranquil, que no et moriràs pas d'això!

Esa respuesta me jodió tanto como la taquicardia.

Me jodió su pachorra, después de lo que yo había pasado. Me hubiera gustado que empatizara más. Seguramente lo hacía, pero no supo expresarlo. Se fue, haciendo oídos sordos a mi histerismo, con su nariz bonita y sus pecas a otra parte. Y yo allí solo, con mi nariz fea y mi ataque de ansiedad feísimo.

Volví a casa hecho un flan. Vale, la cosa era reversible, ¿y qué? Mis padres me sentaron en el sofá del comedor y me ofrecieron infusiones mientras parlamentaban con mi hermano sobre las posibles causas de mi crisis nerviosa. Conforme ellos hablaban, yo percibía en mi cuerpo una invasión paulatina de algo peor que el pánico: una certeza negra y viscosa de que iba a morir. Tal vez no entonces, pero pronto. Mi cerebro gritaba que me iba a morir y que si no moría hoy, él se encargaría de matarme mañana. Lo tenía dentro ya. Tenía el mal dentro.

El enemigo se había metido en mí.

El miedo enemigo que me penetró durante esa media hora que había yacido paralizado y esperando mi asfixia sobre la cama, se quedó en mí un año entero. Ese miedo instalado provocó que no confiara en mi cuerpo ni en mi mente por muchos meses. El cuerpo se me desmandaba, me asaltaban temblores continuos; la mente me decía cosas odiosas que no quería oír: todo lo que no quisiera oír, me lo decía. Que yo me iba a matar, o que iba a matar a alguien, o que estaba loco como una chota y acabaría fatal.

Pasé varios días enteros en cama, aterrorizado de mí mismo. Luego traté de reemprender mi vida normal, pero no podía más que ofrecer un pálido disimulo de que todo iba bien. Por dentro era un

terremoto sin fin y no sabía dónde sujetarme. Evité conscientemente explicar a mis padres lo que me sucedía, porque yo mismo no le hallaba explicación y porque los hubiera destrozado.

Básicamente, una voz en mi interior me ordenaba que tenía que matarme. Me hablaba dos, tres, doce horas al día.

A todas horas.

Era una gelatina andante. No podía cruzar frente a una ventana sin pensar que me arrojaría por ella. O veía un cuchillo y me autoconvencía de que lo aferraría y se lo clavaría a alguien. O iba a la estación de tren a esperar el que me llevaba a la editorial barcelonesa y me alejaba hasta el límite exterior del andén para no lanzarme contra las vías a su paso…

La psicóloga a sueldo del municipio me recetó antidepresivos, de esos que te hacen orinar fosforito. Empecé a mear mucho, a temblar más y a sentir embotado el cerebro. Y al sentirlo embotado, me atacaban pavores más extremos. Tuve que dejar la medicación a las dos semanas.

Acudí entonces a un psiquiatra, que me recetó un prozac al día. Cuando le comuniqué mis reparos hacia ese medicamento, tan temible según *Nación Prozac* y otras fuentes coetáneas por su capacidad de crear adicción y sus efectos secundarios nocivos, el muy zascandil sonrió y en un tono bufonesco a lo Javier Gurruchaga exclamó:

—¡Qué adicción ni qué adicción! Yo me tomo medio prózac al día… ¡¡¡y estoy de puta madre!!!

Descarté también la opción del prózac.

Y me resigné. Estaba resuelto a morir, pero a morir sin químicos alienantes de por medio.

Las únicas horas en que respiraba aliviado eran aquellas en las que mi cerebro se rendía ante la voz incordiante y tirana. Entonces, cuando yo decía conscientemente en mi interior que sí, que vale, que me quería matar, que la voz tenía razón, que lo haría pronto, y si no mataría a alguien, solo entonces parecía la voz quedarse satisfecha, calmarse y desaparecer por un rato. Pero no pasaba ni un día entero que la voz volvía a resonar exigiendo su tributo de sufrimiento y terror.

Me hicieron un test psiquiátrico y el resultado fue que padecía «principio de paranoia». ¿Solo principio? En mi opinión, estaba

como una puta cabra, listo para que me encerraran en la celda más segura del más horrible manicomio.

Una de las preguntas del test planteaba si yo creía que mi problema tenía solución. Respondí que no, que yo sabía que terminaría matándome. Lo escribí convencido.

Me sentía el protagonista de una de esas películas espantosas —en el buen sentido— que ruedan los italianos sobre crímenes enigmáticos, en las que casi siempre el protagonista es el asesino y que suelen acabar mal.

Durante esa lóbrega etapa tuvo lugar la mudanza al nuevo piso de la zona alta de Barberà, por Can Llobet, debajo de Sabadell Sur. Y aunque era amplio, luminoso y ponía a mis padres de muy buen humor, no recuerdo que causara en mí ninguna impresión especial ni me ilusionara un ápice.

Mi batalla mental conmigo mismo duró un año con todos sus meses y tal vez alguno más. Desconozco si algún día hubiera sido capaz de suicidarme o de infligir daño a alguien digno de mi aprecio, pero en ese período mis miedos se multiplicaron por mil, y desde luego los más profundos siempre estaban relacionados con agredirme o lastimar a otra persona.

Curiosamente solo me animé a sincerarme con la novia de mi hermano, Belén, su futura exesposa. Una tarde ella entró en mi habitación, mi nuevo cuarto individual de donde yo no salía casi nunca, y le supliqué que me escuchara: le conté que estaba mal del tarro, que tenía miedo a matarme o a asesinar a alguien, a mis padres o a mi hermano o a alguien más también querido o a cualquier desconocido. Creo que la dejé aún más asustada de lo que estaba yo…

Tenía mi cerebro hecho cisco.

¿Cómo logré salir de ese pozo psicológico sin fondo? Igual que salí del barrio de la plaza de la Unidad.

Sin darme cuenta.

Un día decidí apuntarme a yoga, no sé por qué. Supongo que lo entreví como un último recurso. Viajé en los trenes catalanes hasta Sant Cugat y allí busqué la dirección de la escuela que un conocido me había recomendado.

Una chica joven y su esposo eran los profesores. Ella me explicó el espíritu que animaba su centro orientalista, el funcionamiento de

las clases y sus horarios, los efectos relajantes de la práctica del yoga. También me aconsejó varios ejercicios iniciales de respiración para novatos. La respiración era el secreto.

En conjunto y de algún modo, me contagió la confianza para comunicarle en qué consistía mi trastorno mental. Tras escucharme atenta, la muchacha se limitó a decirme sonriente, con una entonación sosegada:

—Tu único problema es que tienes miedo de tus propios pensamientos. No les tengas miedo a tus pensamientos. Los pensamientos verbales son construcciones que en realidad no responden a nada. Tú puedes vivir toda tu vida sin pensamientos conscientes ni construidos verbalmente. Tu pensamiento real y racional no es el verbal que crees escuchar en tu cabeza. Esos pensamientos dañinos que tú escuchas los crea tu miedo, el miedo radical que sufriste con tu ataque de pánico. Cuando dejes de temer a tus pensamientos, verás que no pueden hacerte ningún daño y te reirás.

Y de pronto, tal como vino, mi miedo desapareció.

¡Hijos de puta psicólogos, hijos de puta psiquiatras!

Ese mismo día salí de allí sabiendo que nada malo me iba a suceder y que no iba a provocar tampoco ningún mal en mí ni en los demás. Dejé de tenerle miedo a mi cabeza.

Caminados unos cien metros desde la escuela, de regreso a la estación de tren, colapsé. Tambaleante, tuve que detenerme y sentarme en un banquito de piedra, para poder llorar. Me deshice así de la angustia acumulada durante el año transcurrido en tinieblas.

Lloré, lloré y lloré sin parar de reír.

El año que siguió fue el más feliz de mi vida.

Elegía por Baricentro

Durante todo ese tiempo, mi noviazgo con el Baricentro continuó siendo ejemplar, especialmente desde que abrieron una sala multicines prototípica de los noventa que me permitía ver los principales estrenos sin necesidad de desplazarme hasta Sabadell, aunque ahora ya tuviera los cuartos para pagarme también el autobús.

Al Baricentro seguí yendo a pie, incluso cuando en Radio Barberà me nombraron crítico mayor del reino y llegaron a un acuerdo con los cines del centro comercial para que pudiera asistir gratis a todas sus proyecciones.

La mejor película que contemplé en ese período breve pero intenso fue *El guardaespaldas* de Mick Jackson, con Kevin Costner y Whitney Houston, así que ya te puedes imaginar mi valía como crítico de cine. El responsable de la cadena multisalas era un señor cincuentón, bigotudo y malencarado, de esos que solo saben hablar de negocios y van directos al grano, que estiran la chaqueta del traje mientras conversan y te tasan al mirarte. Reconozco que me ponía un poco.

Esa etapa de crítico en el Baricentro resultó de lo más amena, porque además no había ningún otro profesional del sector que hiciera su labor por allí. Todavía no me tocaba meterme en los pases de prensa de los cines barceloneses, a soportar las carcajadas afectadas, los irónicos chasquidos de lengua y los resoplidos soberbios de algunos colegas, eternamente convencidos de que su opinión encierra más valor que toda una película y con el temor íntimo de que no sea así.

En los cines del Baricentro estaba yo solito y podía permanecer dentro de mi burbuja sin irrupciones, disfrutando de otros mundos que no requerían de mi intervención activa para gozar de sentido. En esas salas oscuras todavía acariciaba intactos mis sueños, los que

irían fracasando en rachas sucesivas. Pero tampoco sospechaba que un año después, con dos décadas de vida, viajaría en soledad a los Estados Unidos gracias a los ahorros obtenidos por mi trabajo para Radio Barberà y el *Diari de Sabadell*, con el objetivo de averiguar por qué casi toda la cultura que me apasionaba procedía de aquel imperio romano del siglo XX; y que recorrería en bus su relieve sureño de costa a costa, hasta recalar en San Diego, sede de la convención de cómic más importante del mundo.

No resulta casual que las polaroids mentales más entrañables de aquel viaje se correspondan con mi visita a otro centro comercial, el sandieguino Westfield Horton Plaza, que transité alborozado un fin de semana entero. Durante esas cuarenta y ocho horas casi continuas entré en una de las salas de los United Artists Theatres para asistir a una sesión de estreno del *Unforgiven* de Clint Eastwood, que a la postre me sirvió para sacarme el crédito definitivo en la asignatura de cine; también compré una casete de A-ha para mi *walkman* en la tienda de discos preceptiva, además de descubrir que toda la música pop que me gustaba —Wham!, Frankie Goes To Hollywood, Tears for Fears— se agrupaba allí etiquetada bajo una sola categoría: «Gay Music»; me agencié mis primeras novelas en inglés, el *We the Living* de Ayn Rand, *The Plumed Serpent* de D. H. Lawrence y *The Progress of Julius* de Daphne du Maurier; almorcé manjares picantones de comida rápida en restaurantes mexicanos; y admiré el sinuoso diseño neocolonial del *mall*, casi una risueña puesta al día en tonos pasteles del poblado del primer *Planeta de los simios*. Reconozco que el Westfield Horton Plaza era más bonito que el Baricentro, pero también nació más tarde, a mediados de los ochenta: tuvieron tiempo de pensárselo más.

Desde aquella primera aventura norteamericana, la vida me ha deparado muchos reveses, que he compensado escapando de mí mismo por medio mundo… y de un país de países que se odian con todo su amor.

Allá donde me encontrara (Lima, Seattle, Berlín), he visitado sus centros comerciales y en toda ocasión he respirado en ellos una sensación de pertenencia, paseando con la comodidad de un

aborigen apátrida entre sus múltiples escaparates repletos de cosas inútiles y contemplando como un paisaje familiar esos microcosmos por explorar de maravillas prescindibles.

Hasta no hace mucho, criticar los centros comerciales constituía un deporte practicado con asiduidad en España, porque supuestamente eran un símbolo ineludible del capitalismo salvaje. Hoy por el contrario mucha gente confiesa que los echa de menos, puesto que se están convirtiendo en un patrón obsoleto dentro del esquema vivencial de las ciudades. El sistema se renueva. Los centros comerciales de toda la vida empiezan a decaer, como todo, y a ser cerrados. Internet está cambiando el modelo de consumo. Ahora resulta que vamos a añorar nuestros Hipercor, nuestros Parquesur, Puerto Venecia, La Maquinista, como añoramos las películas juveniles de los años ochenta o los bocadillos de Nocilla. Ahora nos vence la nostalgia: defendemos lo que vivimos de niños.

Nunca he sido hipócrita: amé y amaré los centros comerciales. Ellos han sido benignos y generosos conmigo. Y me han proporcionado formidables sensaciones.

Dures el tiempo que dures: gracias, Baricentro.

Fuiste lo mejor del extrarradio.

Epílogo

Mamá me lo ha contado esta mañana entristecida, la mañana y ella.

El primer conato de que algo no andaba bien en la azotea de mi viejo es que se perdió volviendo del Baricentro en coche. Le acompañaba mi ex, Melina, con quien mis padres siguen teniendo una relación estupenda. Cuando llegó a casa, papá no supo explicar qué le había sucedido. Simplemente no había sabido encontrar el camino de regreso, pese a que durante las últimas tres décadas nunca dejó de tomar la misma ruta, cuarenta y cuatro fines de semana al año.

Empecé a conectar anécdotas significativas que en su momento no me habían suscitado mayor recelo: recordé el día festivo que yo iba con papá en el coche y casi atropella a una mujer que empujaba el carrito de su bebé por un paso de cebra. Mi padre no frenó, siguió impasible adelante para mi horror, y la chica tuvo que acelerar sus zancadas. El coche la rebasó a medio metro de su espalda y su sorpresa fue tal que ni para insultarnos reunió fuerzas. Entonces no entendí la inconsciencia de mi padre; ahora creo que ahí ya empezaba a manifestarse una senilidad prematura como avanzadilla de esa alianza de cuatro enfermedades mentales que constriñe su cráneo.

Acabo de llegar a Barberà y todavía no me he repuesto de las doce horas de vuelo desde el Perú. Venciendo mi aprensión a los aviones, vengo a estar con papá y mamá varias temporadas por año. Ya he dormido la siesta y más tarde cenaré algo que me prepare ella, siempre reina de la cocina, con cáncer o sin él. Al acostarme horas antes en la cama, todo empezó a temblar y me incorporé asustado, pensando que se trataba de un sismo. Luego recordé que no estaba en Lima, sino en Barcelona. Aquí no hay terremotos. Era simplemente la inercia de un cuerpo mecido por las turbulencias del

avión, que me siguen acompañando.

Son tiempos de turbulencias. Y uno ya no puede fingir que el aeropuerto al que nos dirigimos no es el final de la vida.

A la mañana siguiente, temprano, voy a hacerme un análisis de sangre al ambulatorio local. En Perú me esquilmarían las clínicas privadas. La enfermera pasa lista al grupo improvisado de barberenses madrugadores. Un nombre me trae ecos familiares y la sangre que me iban a extraer se me hiela cuando caigo en el motivo. «Así se llama el Tiñoso», pienso asustado. He reconocido incluso su segundo apellido. Por suerte, nadie responde. El tipo no se ha presentado. Sin querer, suspiro de alivio, y al darme cuenta me cabreo con mi miedo. Si apareciera el Tiñoso, ¿volveríamos a retomar los roles de abusador y abusado? No quiero contestarme. Siento como si con mi regreso a Barberà renaciera la obligación de interpretar un personaje que yo ya había enterrado.

El viernes acompaño a mis padres al Hospital Clínic, donde cada semana examinan a mamá y le hacen seguimiento de sus análisis y medicación. Resulto un pobre sustituto de Jean en mi rol asistencial, él siempre mucho más capacitado para las cuestiones prácticas y mucho más espléndido en su cesión de tiempo a los demás: yo solo sé aportar un tímido sostén presencial, voluntarioso pero inútil. Desde que vuelvo a estar aquí, cuando Jean no puede ausentarse del trabajo y no hay coche que valga, papá, mamá y yo tomamos el tren, bajamos en Sants y allí pillamos el metro, que en dos paradas nos deja delante del hospital. Es una suerte que quede tan relativamente cerca y que le estén aplicando a mi madre un tratamiento no agresivo que evita la quimioterapia directa.

En el tiempo que he escrito este libro, su salud ha mejorado. Aquel índice de 30 grados de malignidad en la sangre que había bajado a 20, ahora le ha disminuido hasta 6. Los médicos confían en que pueda vivir así muchos más años.

Le paso el brazo por los hombros. Estamos haciendo tiempo, paseando los tres por los alrededores del hospital. Ya ha entregado sus pruebas y hay que esperar un par de horas a que el doctor le haga la valoración y decida si solicita más análisis. Los ojos algo acuosos, mira las calles barcelonesas con la sorpresa de descubrir rincones inéditos de una gran ciudad que en realidad nunca conoció demasiado. Yo todavía no me repongo del estupor que me ha

causado su confusión ante un rótulo catalán en el metro: una pegatina que decía FINS AVIAT en la puerta del torniquete de salida la interpretó como una indicación de «averiado» y dobló contrariada para salir por otro pasillo, hasta que le expliqué que aquel comunicado simplemente era un «hasta pronto», un mensaje municipal de buena voluntad.

—Me he pasado la vida trabajando y ahorrando: bordando con mala luz, cocinando, limpiando, tejiendo ropa para todos. Hasta le hice vestidos de regalo a la abuela Rosalía, y ella misma reconocía que nunca había vestido tan bien. Siempre confié en que los dos tendríamos una vejez cómoda y con salud. Y tanto sacrificio para esto. Míralo.

Nos volvemos a papá. Anda detrás de nosotros, ensimismado. Nos mira y a mi madre le sale un amago de ternura:

—¿Qué, Marcelino? Hoy tienes el día serio, ¿eh?

Es un chascarrillo para provocarle una sonrisa, porque en la vida cotidiana mamá siempre le llama Marce. Decirle «Marcelino» crea una distancia cómica de espectadora casual: mi padre sonríe como un niño, nunca había sonreído tanto antes de caer enfermo. Mi madre sonríe también y le acaricia la mejilla.

Esta vez él no la aparta.

Mi madre está amargada porque, con cáncer y todo, sabe que va a tener que cargar con dos enfermedades: la suya y la de mi padre. Es demasiado orgullosa para dejarse ayudar por nadie y quiere demasiado a papá para meterlo en una residencia. El Ayuntamiento le facilitaba una chica de la limpieza cuyo sueldo se cubre casi totalmente con dinero público, pero a los dos días mamá la echó, con su amabilidad de siempre, por perezosa; por su parte, la asistenta que enviaron a sacar de paseo a papá se aburría en el sofá del comedor y fue ella quien finalmente se fue a paseo, ante la terca negativa de Marce a salir de casa sin Tina.

Así que Tina va a tener que apechugar. O sea, va a tener que hacer lo que ha hecho toda su vida.

Aunque ya no pueda hacerlo.

Mi ex no deja de sorprenderse con la entrega incondicional de mi madre a la tarea de cuidar a papá. «¡Eso es amor!», me dice siempre. Y tiene razón, pero es que mamá ha sido así toda la vida. Hay algo muy cierto: una mujer de hoy hubiera abandonado a mi

padre ¡estando sano! al mes de emparejarse con él. Una esposa con décadas de vida en común lo hubiera internado en algún centro para ancianos y se hubiera concentrado en disfrutar un poco de ella misma. Pero mamá aguantó, aguantó y sigue aguantando, con un masoquismo al parecer hereditario.

Comemos en el restaurante sencillo donde ellos comen cada viernes. Los diez minutos previos, papá se queda sentado en la terraza fumando su cigarrillo, eso no lo perdona, mientras mamá y yo consultamos el menú. Antes mi padre solo comía bistecs con patatas fritas. Ahora come de todo, hasta verdura. ¡Y le encantan los dulces! Extrañas secuelas las del Alzheimer, que lo vuelven más risueño, tolerante y abierto de mente… Un día, en esta misma galaxia y en un futuro cercano, el reino del olvido le hará dejar de fumar, para pasmo de su familia.

Es como si la enfermedad acabara con todo en él, también con las barreras que uno construye de adulto para protegerse de la vida que te acaba matando, en su caso desarmando primero sus defensas y desnudándolo emocionalmente hasta hacerle renacer hecho un crío vulnerable y encantador.

Nos volvemos a Barberà entrada la tarde. Da tiempo para una cerveza en la terraza del chino. «Una Molly», pide mi padre con inusitada soltura al dueño. Le pregunto a mamá si es una cerveza nueva y ella ríe.

—Ya verás.

El dueño trae mi caña, el zumo de mamá y una botella de cerveza: una Moritz.

—Al principio —explica mamá—, yo me creía que se equivocaba de marca, que no tenía sentido, pero el chino dijo «¡Sí, una Molly, una Molly, yo tlaigo!». Y era la Moritz. Tu padre ya lo pronunciaba como el chino.

La anécdota despierta en mí risa y asombro. ¡Qué capacidad de adaptación la de papá! A eso se le llama integrarse en la realidad de un país.

Ya en casa, mi padre se acuesta en el dormitorio pequeño a leer, como hizo toda la vida. ¿Qué leerá, qué retendrá, qué entenderá de lo que lee ahora?

Me siento al lado de mi madre en el sofá para ver *Sálvame*. Le gustan los chismorreos catódicos. Yo no puedo exponerme más de

dos horas a la radiación telebasuril, porque corro el riesgo de sufrir un derrame cerebral y sobre todo moral, pero me agrada comentar las noticias del corazón con ella, es un modo de compartir y al mismo tiempo de mantenerla distraída.

Luego entra papá y seguimos viendo la tele mientras comemos pipas. Mi madre y yo siempre de blablablá, mi padre sonríe cuando le interpelamos. Eventualmente dejará las pipas, no así los concursos de la tele, empalmando uno tras otro como Tarzán sus lianas.

A las nueve de la noche, mamá prepara la cena. Huevos fritos con calamares a la romana, o jamoncito serrano cortado fino, o gambas saladas o sobras de ensaladilla rusa o de croquetas o de arroz con conejo, todo lo que sabe que me gusta y no es fácil conseguir en Lima. Ceno yo solo, porque mi padre ahora cena más tarde y a mi madre no le quedan muchas ganas ni fuerzas para comer un bocado. Pero se sienta conmigo y seguimos hablando.

Hablamos de su hermano Jose. Ya hace tres años que murió. Me dice que le hubiera gustado entenderle mejor.

—Perdóname, Marti —repite que le decía en la cama del hospital—. No fui bueno contigo. Perdóname.

Y se le llenan los ojos de lágrimas. Mi madre nunca entendió a Jose, es cierto. Yo le entendí muy bien, su rabia, sus ganas de poner a prueba a todo el mundo. Mi madre no soportaba esa agresividad. Otra manera de agresividad, tal vez más frontal que la de los Migoya. Y más autodestructiva.

Un pesar dócil aletea en la cocina. Hace poco la cambiaron y le incrustaron unos focos al techo que proyectan una luz demasiado intensa. Ahora en vez de cocina parece una sala de interrogatorio. Lo peor de todo es que me estoy acostumbrando.

Cambio de tema y le cuento cosas del Perú, lo bien que estoy allí, para que se alegre, o al menos para que no se preocupe tanto. Lo considerados que son conmigo los peruanos, lo sencilla que es la vida, lo rico que está el pescado. Cualquier tópico que la calme y que le aparte la atención del negro presente.

En ese momento entra papá, en calzoncillos y camiseta interior de tirantes, una visión un poco grotesca a la que he tenido que habituarme. Se dirige con franqueza impetuosa, como siempre, a mi madre:

—Petisa, ¿dónde está el mando de la tele?

—Ay, Marce, ¿dónde va a estar? Donde siempre o donde te lo hayas dejado olvidado tú. Siempre te lo tengo que buscar o arreglar yo todo, hijo mío, a ver si no te despistas tanto…

Mamá sale renegona al salón para buscarle el mando, que seguramente se habrá quedado escondido debajo de algún cojín, y agradezco que se vaya un ratito, porque las lágrimas se han agolpado sin avisar en mis ojos. Por un segundo, oír a mi padre llamar a mi madre «Petisa», con ese cariño y ternura implícitos con que lo ha hecho toda la vida, me ha devuelto al papá de siempre, al hombre seguro y recio, empecinado y asocial, que solo muestra su cara amable con los de su clan y, especialmente, con la mujer que le ha aguantado desde los veintiuno y que se lo ha dado todo.

Papá lo sigue sabiendo. Por mucha amnesia que le dé, seguirá sabiendo que ella se lo ha dado todo.

Las lágrimas salpican sobre el plato y mamá ha vuelto. No me he terminado aún las patatas, pero salgo disparado al cuarto de baño para disimular el reguero, aunque ella ya se ha dado cuenta.

Me echo agua del lavabo en los ojos. Por más que quiera fingir, el blanco enrojecido me delatará. Vuelvo a la cocina y sigo con el plato. Mamá mira la tele para darme tiempo a reponerme.

Pero mis ojos no paran, rocían la cena. No puedo evitar ver y oír a mi padre, al padre que la vida me ha robado, diciendo otra vez «Petisa». Esa palabra ha sido lo único que me lo ha traído intacto por un segundo.

Y papá se ha vuelto a ir. Y cada día se irá un poco más.

Ahí me quedo, lagrimeando sentado a la mesa, mientras a mi lado mi madre mira la tele aguantándose también las ganas de llorar.

Mastico el último bocado con la vista cegada, sé que a mamá le gusta que deje el plato limpio, y al fin mantengo a raya el llanto pensando en que mañana tendremos más motivos para alegrarnos, porque mamá, papá, Jean y yo seremos otra vez la familia de siempre.

Mañana es sábado y toca ir juntos al Baricentro.

Gratitudes y descargos

Siempre he creído que los vicios íntimos deben airearse y las preocupaciones sociales mantenerse en el ámbito de lo privado, para reducir al máximo la hipocresía humana. Tal creencia me ha traído muchos problemas con la sociedad bien pensante y sus adalides públicos. Un escritor puede escribir mal, pero no puede escribir con miedo. Si te has sentido ofendido moralmente por mi obra, te ofrezco mis sinceras disculpas. Mi obra, no.

Mi agradecimiento primero va dirigido a Luis Solano, quien me contagió su fe de que a alguien le podría interesar lo que un chavalito de barrio hubiera vivido en los márgenes arrabaleros de Barcelona y la historia personal de su mamá. Luis oyó de mis labios la anécdota que da forma al prólogo de esta obra y vio en ella un libro entero. A mí no se me hubiera ocurrido ni viviendo cien años.

En segundo lugar, gracias a Jaume Bonfill, el editor de este fresco (vaya el sustantivo por mí y por la obra). Ha sido un viaje arduo y tormentoso, por cuanto revolver en las propias heces con mentalidad adulta nunca resulta tan agradable como cuando uno lo hace de bebé. Las metáforas son los ropajes de la literatura y escribir sin metáforas expone al autor en toda su escualidez personal, pero al menos este *striptease* ha sido efectuado ante los ojos más fiables.

En tercer lugar, dos amigos, casi hermanos, merecen gratitudes equiparables a las ya expresadas, y eso que son escritores: Llucia Ramis y Enrique Planas me mimaron y animaron desde ambos lados del charco para que esta obra no zozobrara a media travesía. Saben que cuentan con mi lealtad.

Obviamente, gracias a mis padres, Tina y Marce, y a mi hermano Jean, por ser una familia atípica para un escritor: una familia unida

y feliz. Muchas veces fantaseé con mil desgracias en mi infancia, porque en el fondo uno se resiste a pensar que como autor pueda llegar lejos sin haber echado a volar desde un nido roto que le sirva de trauma y acicate. Bueno, mi nido de partida ha sido idóneo. Gracias también a Melina Ramírez Ojeda por seguir incorporada a esa insólita familia por gusto propio.

Y gracias a las mujeres que me han regalado su amor en todas las fases del monstruo.

Hernán Migoya (Ponferrada, 1971) es escritor y guionista de cómics y de cine. Posee una de las carreras más originales y corrosivas del panorama artístico español. Tras su sonado debut literario con *Todas putas* (2003), ha publicado las novelas *Observamos cómo cae Octavio* (2005), *Quítame tus sucias manos de encima* (2010) y *Una, grande y zombi* (2011), los volúmenes de relatos *Putas es poco* (2007) y *Hazañas eróticas del Cuarentón hijoputa* (2018, en coautoría con el ilustrador Santiago Sequeiros), así como la radiografía sexual *Deshacer las Américas* (2016). Como guionista de cómics, es autor de más de una veintena de álbumes y novelas gráficas de éxito, además de haber dirigido, entre 1992 y 1998, la legendaria revista *El Víbora*. Destacan entre sus últimos títulos *Nuevas Hazañas Bélicas* (2019), con historias sobre la Guerra Civil para más de veinte dibujantes españoles de primera fila, y Carvalho, las adaptaciones a las viñetas y con dibujos de Bartolomé Seguí del popular personaje de Manuel Vázquez Montalbán. Su obra gráfica ha sido editada en medio mundo y ha obtenido, entre otros, el Premio al Mejor Guion del Salón Internacional del Cómic de Barcelona. Como guionista de cine también ha hecho cosas. Actualmente vive entre Barcelona y Lima.